



Pippo Corigliano

---

# CUANDO DIOS ESTÁ CONTENTO

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

RIALP

PIPPO CORIGLIANO

# CUANDO DIOS ESTÁ CONTENTO

El secreto de la felicidad

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

# Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Introducción](#)

[I. La felicidad tal como suele entenderse](#)

[II Las personas felices](#)

[III. Mi experiencia](#)

[IV. El camino de la felicidad](#)

[V. Otras personas felices](#)

[VI El sufrimiento](#)

[VII. Recorrer el camino de la felicidad](#)

[VIII. Las pequeñas felicidades](#)

[Conclusión](#)

[Créditos](#)

*Si eres un hombre, eres capaz de amar a Dios.*

PROVERBIO MEDIEVAL

Os hago una pregunta. Pero pensad antes de responder. Entre la gente que conocéis, ¿quiénes son las personas que funcionan? ¿Esos que se echan a la espalda el peso de su propia vida, y lo hacen con una sonrisa, y quizá son también esos en los que os habéis apoyado, o habéis deseado hacerlo, cuando, como Forrest Gump, estabais «un poco cansaditos»? No sé vosotros, pero los que yo conozco son cristianos. Y dudo sinceramente que haya otros, personas que funcionen de verdad, maravillosamente, sonriendo, fieles a su propia llamada, a su pequeño puesto de combate. No porque los cristianos sean más valientes que los demás, sino porque se apoyan en Aquel que nos ha dicho: «Sin mí no podéis hacer nada». Y nada quiere decir nada, no alguna cosa, ni poco ni mucho.

COSTANZA MIRIANO

## INTRODUCCIÓN

Vivimos en una época en la que ya nadie cree en las teorías, en los sistemas de pensamiento que deberían resolver los problemas de la humanidad. Y así es en efecto. Han sido tantas las desilusiones provocadas por las ideologías que ya solo nos fiamos de lo que podemos ver y tocar con las manos. Se cree solo en la experiencia del vecino. Sería largo enumerar las ilusiones mentirosas que hemos dejado atrás, pienso en el marxismo, en el nazismo, y también en el capitalismo triunfante que presumía de bastarse a sí mismo: las vanas promesas de felicidad, los «nuevos derechos» que se ofrecían por doquier están cediendo el paso a los deberes que comporta la crisis económica.

Nada de ilusiones, por tanto, ninguna veleidosa promesa de felicidad. No nos queda más que pensar cada uno en su propia vida y sacar provecho de las experiencias de otros. Pero entonces, ¿quién puede ser feliz?

La respuesta no puede encontrarse en frasecillas de almanaque. La respuesta, para mí, está en las personas felices con las que me he encontrado. La respuesta está en mi propia experiencia personal de la felicidad. Este libro nace como un viaje, un viaje de experiencias para compartir con el lector a la búsqueda de las vidas de todos los que he conocido y que me han enriquecido con su felicidad. Una felicidad relativa, claro está. No existe el Paraíso en la tierra, eso lo sé, y los que han pretendido instaurarlo han sembrado el terror.

Es necesario por tanto contentarse, e intentar comprender cuál es el camino de la verdadera felicidad.

Una persona feliz de las que he encontrado, por ejemplo, es Pina Cannas, una valiente empleada del hogar, tan valiente como para dar clases, desde hace años, en una escuela de hostelería. Pina ha escogido vivir célibe para dedicarse a los demás, como Jesús. Esta es en resumen su historia, tal como la cuenta ella misma:

«Somos cinco hermanos, tres varones y dos mujeres... Mi pueblo es Terralba, en la provincia de Oristano, no lejos del mar. Mi madre, por el contrario, proviene de un pueblecito de montaña y, cada fin de semana, íbamos todos a ver a los abuelos, apretujados en un Fiat 850. Mi abuelo era pastor y a nosotros los niños nos gustaba mucho andar por aquella granja llena de animales, con rebaños de ovejas y el pajar donde buscábamos los huevos. Tengo bonitos recuerdos de la infancia porque siempre

fuimos una familia unida. Se hacían muchas excursiones con los parientes –formábamos una caravana de cuatro o cinco coches– y gracias a mis padres he conocido bien Cerdeña...

»En 1980 participé en un curso de verano de orientación que tenía lugar en la escuela de hostelería Samara de Milán. Asistí no porque me interesase particularmente ese tipo de trabajo, sino porque tenía la oportunidad de viajar, conocer gente, sentirme en libertad. En casa, mi padre era muy estricto con las salidas: al ponerse el sol también me tenía que recoger yo. En el camino de vuelta a casa veía salir de la suya a los demás. Quería ir a la discoteca, pero me encontraba con la respuesta de que era demasiado joven. Alguna vez iba a escondidas. La única vez que me dio permiso mi padre fue cuando llegó al pueblo un cantante que tenía mucho éxito por entonces, Alberto Camerini. Dos de mis amigos vinieron a casa para invitarme y mi padre no dijo nada. “¡Milagro!”, pensé. Aquella fue la primera y la última vez que pude ir tranquila a la discoteca. Eran las vacaciones de Navidad, acabadas las cuales volví a Samara...

»Me preguntaba qué era lo que no iba bien en mí: bueno, solo aparentaba seguir las actividades formativas de tipo religioso, pero no me sentía tan mala por eso... En abril se comenzó a hablar del viaje a Roma para participar en el congreso Univ, un encuentro internacional de estudiantes con audiencia del Papa. Había estado ya el año anterior y me quedó grabada la figura de Juan Pablo II, tanto es así que comencé a rezar por él (por entonces había sufrido ya el atentado). También en Roma me hice la rebelde, me hablaban de vocación, pero yo no la sentía claramente dentro de mí. Por eso digo que, si no se tiene dentro la vocación, nadie puede influenciarte desde fuera: es una cosa imposible...

»Entre abril y mayo había un retiro espiritual de tres días y decidí acudir. Volví contentísima y estoy convencida de que intervino la Virgen con su intercesión, porque desde entonces no tuve tranquilidad: no comía, no dormía, ya no me divertía bromear con las demás... Fue un tiempo de forcejeo, y comprendía que era el Señor quien me lo pedía, no otros. Nadie podía convencerme desde fuera. Fueron bellos momentos porque se trataba del encuentro personal con Jesús, una cosa maravillosa que no se puede explicar...

Sentía también el deseo de casarme, de divertirme, pasar unas buenas vacaciones en el mar, la discoteca, los muchachos... Y concluía: “Jesús, te digo que no, basta”. Y al mismo tiempo: “Virgencita, el mes de mayo está a punto de acabar, dame una respuesta”. Llegó el 20 de mayo, me llamó mi madre para recordarme que era el cumpleaños de mi padre y me dijo: “Hija mía, me han dicho que estás cambiada, ¡estoy contenta!”, y se puso a llorar. A mí también me dieron ganas de llorar, colgué el teléfono y entré en el oratorio. “Basta, Jesús, ya entiendo. Te digo que sí, basta”. Cuando la cosa es así, no se puede resistir, no se puede. Me acuerdo de que, en cuanto dije sí, sentí dentro de mí una paz tan grande que no es posible explicar y que no cambiaría por ninguna cosa en el mundo...

»Así que decidí fiarme de Dios y sigo teniendo dentro la misma resolución; en las situaciones difíciles en que pueda encontrarme –porque la vida no es toda rosas y flores–

me dirijo al Señor y le digo que me fío de Él, porque sé que Él me ha llamado, ha elegido un camino preciso para mí conociendo todos mis defectos. Así en muchas ocasiones le digo: “Señor confío en ti. Estoy dentro de un túnel, pero sé que tú me sacarás de aquí”. Y en la medida en que digo: “No sé qué hacer, no tengo fuerzas, no sé a quién acudir sino a ti”, recibo enseguida una luz. Esto yo lo gritaría, porque es propiamente así. La vida vivida así es una cosa maravillosa que no cambiaría por nada del mundo, aunque me rompiera la cabeza. La tranquilidad y la serenidad que se recibe son algo sobrehumano, porque si Dios llama a alguien no lo abandona nunca.

»De joven era todavía una niña, pero me impresionó mucho que una pudiera santificarse en el trabajo profesional, que se pudiese encontrar a Dios en las situaciones de cada día. Se me abrieron horizontes nuevos, pensé en las cosas que desde siempre me habían gustado y soñaba realizar: viajes, los barcos, los cruceros, la música, el canto, el mar. Dios está en todas partes y podemos santificarnos también en las diversiones, al estar con las personas a las que queremos, al hacer una excursión. Con Dios no hay límites. Este descubrimiento me hizo sentirme como si estuviese en la cima de una montaña viendo un panorama desconocido...

»Mi trabajo ha sido siempre el de los servicios de sala y bar, siempre he tratado de realizarlo con cariño, un cariño que se puede mostrar también en el modo de poner un plato: se puede hacer de morros, sin cuidar a la persona, o mirando a los ojos, intentando captar si está satisfecho con el servicio...

»Me ayuda muchísimo pensar en mi madre, no cuando éramos pequeños, sino ahora que me doy cuenta del valor de mi vocación. Nunca la vi lamentarse por las cosas que tenía que hacer cada día, todos los días, atendiendo al marido y a los hijos. Tengo siempre presente su sentido de la entrega al preparar con esmero una comida, con atención, con la tostada hecha en el momento justo para que esté bien caliente, con el pensamiento en el plato preferido de cada uno. Me ayuda el ejemplo de quien sabe decir sí hasta el último detalle, cuando se está cansada y quizá hay que preparar un termo con una manzanilla para un enfermo. Son momentos en los que conviene un pensamiento sobrenatural, porque humanamente las ganas están a cero. “Jesús, quiero preparar esta manzanilla para ti”, y así le añado ese nuevo ingrediente del cariño. La persona que recibe la manzanilla no llegará nunca a saberlo. Me ayuda tanto saber que Dios me ve siempre y conoce mis luchas, mis esfuerzos, sabe que quizá tras una reacción de desgana viene un esfuerzo de voluntad. Al contrario de los hombres, Él ve todas estas cosas, y yo sé que está contento. Y yo estoy contenta cuando sé que Dios está contento...».

Aquí me detengo porque estoy conmovido. Me conmueve pensar que en esta frase —«Yo estoy contenta cuando sé que Dios está contento»— se contiene toda la teología, la historia del occidente cristiano, el *Pater Noster*, el Antiguo y el Nuevo Testamento, los tratados de ascética y mística, las vidas de los santos.

«Yo estoy contento cuando sé que Dios está contento» es una frase que querría repetirme muchas veces al día, porque toda la santidad está aquí, en pensar que cuando Dios me juzgue pueda decir: «Siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,

21). Pienso que no merezco la invitación del Señor, pero la afirmación de esta mujer me ayuda a perseverar en ese camino.

Una última intervención de Pina a propósito de Juan Pablo II:

«El Señor me ha dado la gracia de tener muchas ocasiones de estar cerca de Juan Pablo II, de hablarle personalmente, de decirle muchas veces que lo quería. Él me gustaba porque sabía estar con todos y no rechazaba a nadie, no tenía preferencias de personas y no cerraba las puertas a nadie, tampoco a los que no le querían. Esto me conmovía mucho, y en la vida cotidiana me sirve para no excluir a nadie de mi amistad. Por eso tengo tantas amistades, porque la gente se siente querida. Y tanto más con quienes viven conmigo; trato de querer cada día a las personas tal como son y darles todo el cariño posible e imaginable, sin esperar correspondencia. Esto es lo más bonito: cuesta conseguirlo, pero cuando se logra, la alegría no te la quita nadie».

En estas palabras hay sencillas pero profundas verdades: «Tengo tantas amistades porque la gente se siente querida». Para quien se lamenta porque tiene pocos amigos, aquí está la fórmula ganadora: empezar por querer, sin esperar nada.

Y es bonito lo que Pina dice de quienes viven con ella: les dedica un «tanto más», a diferencia de quien es amable con los extraños y brusco con quien tiene cerca. El secreto está en ser amable «tanto más con quienes viven conmigo», aceptándolos «tal como son» y dándoles «todo el cariño posible e imaginable, sin esperar correspondencia». Esta es la clave de esa particular felicidad. «Esto es lo más bonito: cuesta conseguirlo, pero cuando se logra, la alegría no te la quita nadie».

Se entiende que aquí no hay teorías, máximas o consejos, es la vida vivida que da frutos sabrosos.

# I

## LA FELICIDAD TAL COMO SUELE ENTENDERSE

¿Cuál es el secreto de la felicidad para la cultura dominante? He probado a teclear en Google y he descubierto que a la voz «secreto de la felicidad» corresponden unos 702.000 resultados: una prueba informática, si fuese necesaria, de que el hombre está siempre a la búsqueda de la felicidad.

El primer resultado conduce a un cuento extraído de la novela *El alquimista*, de Paulo Coelho. Se habla de un chico que quiere preguntar a un sabio cuál es precisamente el secreto de la felicidad. A diferencia de lo acostumbrado (en general los sabios suelen ser presentados como indigentes), este sabio era muy rico: disponía de un gran castillo con jardines floridos y estancias lujosamente decoradas. Después de una larga espera, el muchacho pudo hacer su pregunta al viejo. El sabio le dio una cucharilla en la que echó dos gotas de aceite y le dijo que diese una vuelta por su castillo para admirar todas sus bellezas, pero sin dejar caer las dos gotas de aceite de la cucharilla. El chico recorrió el castillo y volvió a presentarse al sabio con las dos gotas de aceite en la cucharilla. Este le preguntó entonces qué había visto. El muchacho contestó que había estado tan concentrado en conservar el aceite en la cucharilla que no había visto nada. El sabio le dijo que volviese a dar la vuelta y mirase a su alrededor, pues para fiarse de un hombre hay que conocer su casa. Al volver el chico comentó admirado que había apreciado las flores de los jardines, las montañas de los alrededores, los tapices, los cuadros, los pergaminos de la biblioteca, el mobiliario y los espejos del castillo. «Pero ¿dónde están las gotas de aceite», preguntó entonces el sabio. El joven confesó que se había distraído ante tantas bellezas y las había dejado caer. «Ya», respondió el sabio, «el secreto de la felicidad está en admirar todas las bellezas sin dejar caer las gotas de aceite». Esta, más o menos, es la breve síntesis del cuento de Coelho.

Es un apólogo que dice algunas verdades. Para conocer al propietario de aquella preciosa mansión era necesario contemplar todas las riquezas que guardaba. Pero, al hacerlo, no había que dejar caer las gotas de aceite de la cucharilla: en otras palabras, hay que abrir el propio espíritu a las maravillas que nos rodean y solo así conoceremos al Creador, haciendo eso, no se puede descuidar el pequeño encargo que nos ha dado el gran Señor, representado en este caso por las dos gotas de aceite.

Se trata de una imagen bella y eficaz que, sin embargo, no basta para desvelarme el

secreto de la felicidad.

El segundo resultado que aparece en Google es una entrevista a Omar Falworth, autor de algunos libros sobre el tema, que cree ser uno de los hombres más felices del mundo, y afirma que su felicidad se debe a «un pensamiento positivo de fondo, que tengo dentro de mí, que he cultivado lo largo de los años y que me permite reaccionar ante los imprevistos y los eventos negativos de la vida diaria». La entrevista es rica, pero me recuerda al barón de Münchhausen, que creía alcanzar la luna cabalgando sobre una bala de cañón, dándose empuje de vez en cuando. Ser feliz porque se ha decidido serlo me parece un poco pobre.

Si tuviésemos todavía ganas de consejos, podemos leer el tercer resultado más visitado que contiene una máxima de León Tolstoi: «El secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere, sino en querer siempre lo que se hace».

En este punto experimento ya una cierta hartura y suspendo la búsqueda. A medida que pasan los años, me parecen inadecuadas más máximas, dichos y consejos sobre la felicidad. Cuando era chico mi madre me hablaba de Vittorio Alfieri, que decía: «Quiere, quiere siempre, quiere fortísimamente». Me contaba que Alfieri de joven se hacía amarrar a una silla para seguir estudiando hasta que no podía más. Esto, al menos, era lo que contaba mi madre. Inútil decir que Vittorio Alfieri no se presentaba así como un tipo simpático, y no era por cierto mi modelo de vida. Con el tiempo aprendí que había sido un personaje de cierta relevancia en el ámbito literario, pero que no había dejado una huella decisiva en la historia de la humanidad.

Quizá para alcanzar la felicidad se necesita algo más que un conjunto de máximas. Pensándolo bien, en las páginas que encontré en la *web* no se dicen cosas equivocadas. El cuentecito de Coelho, como ya he dicho, contiene algunas verdades. E incluso las tesis de aquel señor que dice que hay que pensar positivo son sensatas. Además añade que saber amar significa aceptar al otro como es sin presionarlo ni constreñirlo a hacer lo que nosotros queremos. Muy cierto también esto, pero ¿es suficiente para darme el secreto de la felicidad?

También Tolstoi acierta cuando dice que debemos desear hacer lo que nos toca hacer. Tiene razón, ¡ay del que hace las cosas contra su voluntad!, es una garantía de infelicidad. Y tampoco Vittorio Alfieri andaba equivocado diciendo que hay que reforzar la voluntad, aunque amarrarse a la silla puede ir bien para un «señorito» piamontés del mil setecientos, pero no me parece un criterio pedagógico adecuado a nuestros tiempos.

Una idea es segura. Todas estas máximas y consejos pueden hacer más sabrosa la vida, pero ciertamente no son el secreto de la felicidad. Este secreto debo encontrarlo dentro de mí, solo allí puede estar. Pero, como sucede con todas las verdades profundas, conviene abordar el asunto poco a poco para comprenderlo mejor.

Mi viaje interior hacia la felicidad comienza por tanto con un examen de conciencia: ¿cuándo me siento feliz? Reflexionando un poco, encuentro la respuesta: «Cuando estoy a gusto con las personas que amo». Quizá no parece una gran respuesta. Es una respuesta «simpática» pero, pensándolo bien, contiene en sí más significado de lo que parece.

Antes de profundizar en el asunto, sin embargo, quisiera pasar revista a los espejismos que el modo común de pensar, impuesto por los medios de comunicación, presenta como metas de la felicidad.

## LA SALUD

«Cuando estoy a gusto con las personas que amo». Estar con ellas es ciertamente un momento feliz, pero ¿es el momento más feliz? ¿No será quizá más atractivo tener buena salud, estar en forma y, posiblemente, tener una presencia física bella? ¿Con el vientre plano y los músculos bien visibles o, si se trata de una mujer, con una línea sutil y una hermosura de cubierta de revista?

Massimo Troisi, el cómico napolitano desaparecido prematuramente, precisaba que «*a salute è a primma cosa*», la salud es lo primero.

Pensar de ese modo forma ya parte del estilo de vida dominante: semanarios y programas de televisión nos proponen esto como modelo de felicidad. Pero, pero... Marilyn Monroe era una de las mujeres más bellas de su tiempo, y acabó suicidándose. Como ella, muchas personas gritan su infelicidad con el suicidio, aun estando en óptima salud física.

Viene la sospecha de que el bienestar y la belleza no bastan. Se ve cada vez más claro que el secreto de la felicidad está en un corazón contento.

## EL CORAZÓN

Pues eso, el corazón. ¡Cuántas canciones, poesías, novelas nos hablan de él! La palabra «corazón» resuena de modo mágico en todas las lenguas: *il cuore*, en italiano, ‘*o core* en napolitano que, en este caso, pretende ser representativo de toda la italianidad. *Deep in my hearth* recitan tantas canciones inglesas, a las que corresponde el francés *dans mon coeur*. El corazón al fin se convierte en el verdadero árbitro de la felicidad. Y es allí donde anidan las enfermedades psicológicas más perniciosas y angustiosas. Quien ha estado cerca de personas deprimidas ha experimentado el deseo impotente de transmitirles un poco de alegría. El corazón de estas personas llora, y parece imposible hacerlo reír.

Tengo un amigo, un tipo tranquilo e inteligente, que ha pasado un periodo de depresión. Me ha contado que su mujer le curó la depresión... ¡haciéndole cosquillas en la planta de los pies! Que fuese siempre así de fácil. Pienso, sin embargo, que el episodio es instructivo: no era solo por las cosquillas por lo que se curaba mi amigo, sino gracias a la cariñosa presencia de quien tenía a su lado, que sabía encontrar remedios desconocidos para la medicina oficial.

El corazón es el verdadero centro de la personalidad. No es solo el receptáculo de los sentimientos que van y vienen, es también la sede donde se toman decisiones generosas,

donde se decide, cuando es necesario, ser heroico. Es el corazón quien afronta las dificultades de la vida. No es casualidad que se considere el corazón de una madre como una fuerza invencible. Recuerdo un cuento lacrimógeno que leí cuando era niño en un libro de la escuela elemental. Un hijo degenerado, por motivos que no recuerdo, mata a la madre y le arranca el corazón. Después huye, y mientras corre por un carril accidentado, tropieza y cae. El corazón de la madre se le escapa de la mano y, cuando cae a tierra, el corazón le susurra una frase: «Hijo mío, ¿te has hecho daño?».

Me parece que algunos cuentos no se deberían dar a leer a los niños, porque son mucho más impresionantes que los dibujos animados japoneses. No obstante, el mensaje de aquel cuento me ha quedado en la memoria porque, a su modo, hace comprender la actitud constante e inmutable de una buena madre.

Del mismo modo el Corazón de Jesús y el Corazón de María son para los creyentes un seguro de la misericordia divina.

Estuve recientemente en el pueblo de origen de mi padre, en Calabria, donde el último domingo de julio se celebra la fiesta *d'o core e' Gesù* con una solemnidad muy particular. En las primeras horas de la mañana, los habitantes despiertan por las explosiones aquí y allá de los petardos que parecen truenos. Luego ataca la banda, que da lo mejor de sí antes y después de la Santa Misa. Más tarde llevan en procesión por las calles del pueblo, siempre acompañadas por la banda, las imágenes de Jesús y de la Virgen que muestran en la mano izquierda un corazón rojo y llameante. Por la tarde los puestos de comidas variadas y juegos para los niños muestran sus atractivos en el paseo marítimo, bajo una galería de luces. Al fin, a media noche, los fuegos artificiales son cada año más fantasiosos y sugestivos. Este año ocurrió además un episodio imprevisto, convertido en tema dominante de los comentarios en la playa del pueblo. Una excavadora estaba colocando una cucaña que se proyectaba hacia el mar para los juegos de habilidad de los jóvenes. Ocurrió algo al motor de la excavadora, que se puso en marcha sin que los dos conductores consiguiesen detenerla. La excavadora siguió avanzando hacia el mar, que en aquel punto alcanza enseguida profundidad. Los dos conductores dejaron sus puestos, pues de otro modo hubieran acabado bajo el agua ante la marcha imparable de la máquina, que se hundió a 33 metros de profundidad. Un episodio que hizo aún más memorable la fiesta.

Fe y humanidad, tradición y actualidad, devoción y folclore, todo concurre a recordar que el Dios de los cristianos tiene un corazón y que es bueno recordárselo y tener confianza.

En conclusión, por tanto, hay que tener cuidado con el corazón: puede conducir al desastre, pero es la puerta de acceso a la felicidad.

## EL SEXO

Según la visión de la vida que nos transmiten la televisión, la radio, los periódicos e internet, existe un verdadero y propio talismán de la felicidad: el sexo.

Si se piensa de este modo, el éxtasis, el culmen de la felicidad, se obtiene solo en el instante del placer sexual. En los Estados Unidos hay clínicas para liberarse de semejante obsesión y este hecho explica ya cómo en realidad el sexo no trae ninguna felicidad, sino solo la satisfacción pasajera de un momento. La continua búsqueda de ese tipo de placer puede compararse por tanto a la adicción a la droga.

Quizá la verdad resida en que en nosotros existe el anhelo de amar y ser amado; un deseo que acaba por rebajarse al nivel animal si se reduce solo al sexo. Entendámonos, no se trata de una idea de nuestro tiempo: ya desde hace siglos la cultura occidental ha dibujado la figura de *Don Juan*, como paradigma de quien se ve atraído obsesivamente por el sexo. Por cierto que *Don Juan* tiene más estilo que el último actor de Hollywood que debe liberarse de la idea fija del sexo, pero la diferencia no es tanta.

El personaje de *Don Juan* vuelve a menudo en la literatura. Es magistral el *Don Giovanni* de Mozart, con libreto de Lorenzo Da Ponte. Allí el criado Leporello explica las gestas de su patrón –el propio Don Giovanni– a Doña Elvira, seducida y abandonada. Leporello intenta, a su modo, consolar a la desventurada mostrando el elenco de las «conquistas» de su amo:

Madamina, este es el catálogo  
de las bellas que amó mi patrón;  
es una lista que he hecho yo:  
observadlo y leedlo conmigo.  
En Italia, seiscientas cuarenta,  
En Alemania, doscientas treintaiuna,  
cien en Francia, en Turquía noventaiuna,  
pero en España son ya mil y tres.

Naturalmente Don Giovanni tiene el triste fin de quien vive usando a los demás. Como triste es el fin que tienen quienes, en la vida real, imitan a su modo a Don Giovanni. Entre los más famosos, el veneciano Giacomo Casanova, cuya vida parece más desventurada que aventurera, y el marqués Donatien-Alphonse-François De Sade, que bien representó la búsqueda del placer a costa de la vida y la salud de los demás. Le llaman el «divino marqués», pero no se entiende cómo puede ser eso; más bien se le podría llamar el «marqués diabólico», muerto pobre, solo y loco después de una vida de excesos.

No, el sexo como fin único de la vida y meta de llegada de la felicidad no funciona. Hay que buscar en otra parte, teniendo siempre claro que, en el marco de un amor estable, el sexo tiene otro valor. Es una demostración de cariño y lleva en sí un gran significado.

He conocido personalmente a dos santos, Juan Pablo II y san Josemaría Escrivá, y los dos consideraban el amor físico entre los esposos una cosa sagrada. Decía san Josemaría que el lecho conyugal «es un altar». Pero aquí ya no estamos en el ámbito del sexo sino del amor, que bien merece una más alta consideración.

## EL PODER

El otro ídolo de nuestro tiempo, y de todos los tiempos, es el poder. El ansia de ejercer el poder se manifiesta de mil modos diversos: existe el poder del presidente de la República, el del jefe de la oficina o el del padre de familia.

La carrera por el poder viene representada en la vida pública, de un modo casi caricaturesco, en el momento de las elecciones. Las paredes, los puentes, las vallas publicitarias de las ciudades se llenan de caras que nos invitan a votarles.

Todos son buenos, por favor. ¡Ay de nosotros si no fuesen libres las elecciones y no pudiésemos conocer al menos las caras de los candidatos! También hay aquí, sin embargo, algo ridículo en la ilusión de pretender ocupar un puesto en la administración pública «para cambiar las cosas», cuando luego se acaba por repetir: «¡Vota a Antonio! ¡Vota a Antonio!», como Totò en la película en que interpreta al candidato Antonio La Trippa.

El símbolo del poder sigue siendo la figura de Napoleón. No es casual que los paranoicos crean ser Napoleón y, como estamos todos un poco locos, llega también para nosotros el momento en que, para nuestro colete, nos hemos creído napoleones. Pero bueno, ¿quién ha sido Napoleón? Un genial militar, un sin par estratega, un ambicioso con grandes ideas, y nada más. ¿Y al final qué ha conseguido? Millares de jóvenes, no solo franceses, perdieron la vida por un sueño, por una ambición. Y el pobre emperador murió triste y solo.

No pretendo aquí redimensionar a una figura que, en todo caso, ha dejado huella en la historia, pero querría reflexionar sobre la pobreza que llevan consigo tantos sueños de gloria. Solo recuerdos, como un montoncito de ceniza en la palma de la mano. ¿Dónde está la felicidad prometida? ¿Dónde la grandeza eterna?

## EL DINERO

También la riqueza, tradicionalmente, es considerada una fuente de felicidad. Y en efecto, cuando hay dinero, la vida se simplifica. En realidad, se simplifica por una parte, pero se complica por otra. Ya no puedes estar seguro de las intenciones de las personas que se te acercan. Surgen, en pequeño, las luchas y las sospechas descritas en los libros de historia o en las tragedias de Shakespeare, donde incluso los parientes más cercanos se convierten en puñaladas en el costado.

Cierto y verdad que cuando falta el dinero se sufre. Sobre todo si no se tienen medios para cuidar y sustentar a las personas a las que se quiere. Parece claro entonces que el dinero en esos momentos puede ser un instrumento para hacer cosas buenas. A este propósito me viene a la cabeza la frase de Jesús: «No podéis servir a Dios y a Mammona» (Lc 16, 13). El término «Mammona» viene a significar la seguridad

económica, que en sí no debe ser considerada un mal. Acaba siéndolo, sin embargo, si esta seguridad se transforma en un ídolo en lugar de Dios. Eso sucede cuando se vive como si el dinero fuese un fin y no un medio.

Un amigo mío escritor, que no tiene hijos, ha vendido muchos libros que le han supuesto buenas ganancias. Un día hizo un regalo a un sobrino suyo, que le contestó: «Gracias. Pero cuando te mueras, todo lo que tienes será para nosotros». Mi amigo se dio cuenta de que el niño habría oído eso de sus padres, y decidió destinar una buena parte de su dinero a una fundación que, además de hacer el bien en África, servirá para redimensionar la codicia de sus parientes.

El ansia de vivir solo para el dinero y la consecuente capacidad de procurárselo está bien personificada en un célebre personaje de Walt Disney, el tío Gilito. Gilito no gasta un centavo y vive austeramente, como un pobre. Su único consuelo es nadar en los dólares. Es probable que Gilito recuerde la figura de John Davison Rockefeller, el hombre más rico de todos los tiempos, quien, después de una infancia de privaciones, se aplicó intensamente a hacer dinero. Recogía del suelo hasta un alfiler para que no se perdiese, estudiaba cómo ahorrar el plomo necesario para soldar sus barriles de petróleo y se las arreglaba para que quebraran sus competidores, para comprar después a bajo coste sus empresas. Un estilo sin prejuicios, considerado con frecuencia un modelo por los grandes capitalistas. Hay una fotografía que nos lo muestra ya anciano: da más miedo que una película de Hitchcock en el momento de máximo suspense.

La felicidad que procura el dinero es relativa. Jesús dedica al asunto la parábola llamada del «rico insensato»: un hombre, que ha tenido una gran cosecha, decide construir silos para conservar el grano y vivir seguro durante años, comiendo y bebiendo sin hacer nada. Vale la pena releerla:

Las tierras de un hombre rico dieron mucho fruto. Y pensaba para sí: «¿Qué haré, pues no tengo dónde almacenar mi cosecha? Y dijo: «Esto haré: destruiré mis graneros y los construiré mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces diré a mi alma: alma, tienes ya muchos bienes almacenados para largos años: descansa, come, bebe y pásalo bien». Pero Dios le dijo: «¡Insensato!, esta misma noche te pedirán tu alma. Y lo que has preparado, ¿para quién será?». Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios (*Lc 12, 16-21*).

## LA BELLEZA

«El derecho a ser bellos» fue el título que sugerí hace tiempo para un congreso de cirugía plástica. El congreso era de carácter científico, pero el interés por el tema era tal que el principal diario italiano le dedicó un gran titular en primera página. El asunto debía interesar a un amplio público desde el momento que, hoy como ayer, los hombres y las mujeres aspiran a ser guapos. Hay una infinidad de empresas que viven para la industria de la belleza. Cremas, curas de adelgazamiento, centros de belleza: muchas

energías puestas en juego para tener un cuerpo diez.

Parecería que todos quisieran convertirse en modelos para revistas ilustradas. Se acaba por pensar que si se pusiera el mismo interés en ser más buenos, laboriosos y comprensivos, se viviría en el mundo en condiciones idílicas. Pero no: la guerra a la celulitis, al envejecimiento, al decadente tono muscular sigue siendo el interés prevalente para tantos hombres y mujeres. Creo que los maridos preferirían una mujer con un poco más de barriguita y un poco menos de nerviosismo o que tantas novias querrían un muchacho algo menos Mister Universo y un poco más cariñoso...

La belleza física tiene su importancia, pero nuestra cultura tiende a menudo a sobrevalorarla. Quizá actrices de talento como Greta Garbo o Brigitte Bardot se retiraron de la escena porque ya no eran tan bellas como antes, mientras que si hubiesen continuado trabajando, probablemente serían todavía muy apreciadas.

Este tema, sin embargo, no se agota con la referencia a la belleza personal. Existe una belleza, en efecto, que eleva el espíritu y enriquece la interioridad. Para los griegos, las Musas, hijas de Zeus y de la diosa de la memoria, Mnemosine, eran inspiradoras de las artes que maravillaban a los hombres, volviéndolos más sensibles, civiles y respetuosos de la divinidad. Las Sirenas, en cambio, fascinaban a los marinos con sus voces para hacerlos naufragar: los escollos desde los que cantaban estaban sembrados de huesos humanos... La belleza lleva a Dios, pero puede también conducir a la perdición si está vacía de significado.

Hoy la música es un arte muy difundido. «Vivo para ella», canta Andrea Bocelli, interpretando los gustos de tantos de nuestra época. La música actúa sobre nuestra sensibilidad y la estimula a afinarse. Tal vez no sea casualidad que los pueblos más «musicales» sean también los más simpáticos: los napolitanos, naturalmente, luego los andaluces, los irlandeses... Pero no se puede vivir únicamente de la música, se necesita algo más. Podríamos continuar con las otras artes, pero llegaríamos a la misma conclusión: la belleza sola no basta.

Mi amiga Paola Grossi Grondi, artista de gran mérito, organizó en el 2000 una especie de encuentro-festival de todas las artes con el título «A la búsqueda de la belleza». En una de las sesiones habló el alcalde de Pienza, ciudad construida según los criterios de la belleza renacentista, la belleza más evidente y reconocida. Pues bien, el alcalde dijo que en Pienza los suicidios eran más numerosos que en otras ciudades, dejando desconcertada a mi amiga, que tiene mucha confianza en los efectos positivos de la belleza. Una confirmación experimental de que ella sola no basta.

## EL BAILE

Otra fuente de felicidad es el baile. Quién sabe por qué en la cultura occidental el baile se ha quedado en el gueto de las discotecas, con la relativa aura de sospecha que rodea esos lugares. Los más ancianos consiguen bailar en cualquier local, pero como media, el baile en Europa ha desaparecido de la vida de todos los días. Quizá por eso estamos

tristes. Y pensar que en los pueblos de origen de nuestros abuelos el baile popular era una diversión habitual. Por lo demás, echando la mirada atrás, no hay pueblo que no tenga sus bailes tradicionales.

De joven estuve en las Antillas y allí, como en casi toda América Latina, todos llevan la danza en la sangre. Incluso cuando hay poco que comer, si suena una musiquilla por la calle, el que va en bicicleta se para, deja la bici y se pone a bailar. Habría que comprender por qué el baile da tanta alegría, pero en todo caso un dato es cierto: bailar sienta bien y nos hace felices. Naturalmente hablamos de una felicidad relativa, porque uno no puede pasarse la vida a ritmo de mambo, aunque de vez en cuando un bailoteo nos hace mejores...

## APARECER

Una meta considerada por todos, y no solo por las chicas que quieren «montar el número», es aparecer: en televisión, en los periódicos, en todas partes. Y en el vértice de este deseo está el querer hacer la actriz o el actor. Entendámonos, no es que el oficio de actor sea solo fruto de las ganas de figurar. La vocación profesional de Al Pacino, Kenneth Branagh o de tantos otros actores no está en discusión. El ansia de aparecer esta ahí, y todos lo podemos constatar: el actor es, por otra parte, el que «actúa» en público, lo dice la misma palabra. El deseo de ser visto y aplaudido, en cualquier modo, se insinúa en los corazones y en las mentes como forma disimulada de orgullo y egocentrismo.

Soy amigo de un conocido abogado que tiene como clientes muchas estrellas del cine y de la televisión. Me decía, sonriente y dolorido a un tiempo, que no hay vida más angustiada que la del actor. Siempre con el temor de que el teléfono enmudezca, siempre dependiendo de la variable atención de la opinión pública.

Todo esto invita a un examen de conciencia: ¿qué hay detrás de mi deseo de aparecer? ¿Una tarea que cumplir o la frivolidad de ser reconocido y admirado? Seguramente no está aquí el secreto de la felicidad.

## LA COMIDA

Una fuente indudable de satisfacción es la comida, y sobre todo la buena comida. No solo «espagueti abundantes aunque sin condimentar», como decía Totò, sino también esos platos que además de alimentarnos nos ponen más contentos después de haberlos degustado.

En la película *Ratatouille*, el terrible crítico gastronómico Ego queda conquistado no por un plato elaborado, sino por una pitanza que le recuerda su infancia: era, en efecto, su madre quien le preparaba aquel plato. La comida, resumiendo, no habla solo al cuerpo sino también al alma. Es una señal de cariño.

Cuando la mujer se preocupa más de la belleza y de la limpieza de la casa que de la buena comida para el marido y los hijos, se da una posible causa de crisis matrimonial. La comida se consume rápidamente, después de lo cual hay que pensar de nuevo en la próxima. Solo un cariño vivo puede sostener a quien debe cocinar para almuerzo, cena y desayuno. Del mismo modo, incluso el partidario más apresurado del *fast food*, cuando está en casa, sufre si la comida no está preparada teniendo en cuenta sus gustos. Los hombres –quiero decir los varones– parece que no se dan cuenta de esas cosas, pero rápidamente nace el mal humor si la menestra está salada, la verdura no está bien cocida o los espagueti no están *al dente*...

Eduardo De Filippo ha escrito una poesía en napolitano en la que describe una queja del marido por el ragú que su joven mujer le prepara. «El ragú que a mí me gusta», dice en sustancia, «era el que me hacía mi madre. Desde que me casé contigo no he dicho nada por no hablar. Si está bien así, como tú quieres, no vamos a discutir. Yo no quiero crear dificultades, pero las vamos a tener con esta costumbre tuya. ¿Tú qué dices, esto es ragú? Y yo me lo como porque tengo que comer. ¿Me dejas decir una palabra? Esto es carne con tomate».

Se intuye el profundo disgusto del marido, que no quiere discutir, pero no soporta ese modo de hacer el ragú, llamándolo además como la exquisita pitanza que le hacía su madre. «No, esto no es mi ragú, esto es carne con tomate».

Así pues, incluso los que no somos refinados en la cuestión culinaria, podemos estar apegados a algunos gustos de valor evocativo. No es casual que todos los pueblos tengan una cocina propia que los identifica. Sobre todo en Italia, donde cada región tiene un vastísimo número de platos típicos, y no solo en las localidades más ricas. Casi se podría decir que la calidad de la cocina es inversamente proporcional al producto interior bruto del lugar donde se encuentra...

En conclusión, por tanto, la comida produce felicidad, pero no es ciertamente el secreto de la felicidad. Cuando era niño ya existía un libro de recetas de cocina titulado *El talismán de la felicidad*, pero estaba claro que ni siquiera su autor se lo creía de veras: vivir para comer se ha considerado siempre envilecedor, no digno de una persona, frente al comer para vivir.

## EL TRABAJO

A un napolitano como yo le parece increíble, pero hay personas que se sumergen en el trabajo y buscan allí su satisfacción. Es inútil decir que trabajar a gusto es una cosa estupenda, pero no puede agotar el propio horizonte de vida.

Me gusta hacer referencia a la familia de Nazaret y pensar que no es posible concebir a un san José fanático de la carpintería hasta el punto de olvidar a la propia familia. Se comprende que es un contrasentido: imaginamos a san José como un excelente carpintero, equilibrado y justo en sus pretensiones de retribución, y no conseguimos verlo concentrado exclusivamente en su trabajo.

Sin embargo, hay personas que agotan todas sus energías en el trabajo o en el estudio. Mujeres que se casan con la empresa, directores o trabajadores estajanovistas que no saben cultivar la esfera de los afectos e intereses personales. Me ha chocado que santo Tomás, cuando habla de la virtud de la «estudiosidad», la justa aplicación al estudio, la considera parte de la virtud de la templanza. Se ve que alguien como él, si se hubiese dejado llevar, se habría sumergido totalmente en el estudio. Y no, incluso santo Tomás sostiene que en el estudio y en el trabajo hay que guardar el equilibrio.

No es el momento de hablar de la belleza del trabajo, no es este el punto. El trabajo no puede serlo todo. Y a su modo lo demuestra también Totò, cuando en la película *El comandante* interpreta a un general que, una vez retirado, nadie le hace caso porque ya no lleva el uniforme.

## EL AUTOMÓVIL

¿Quién de nosotros no ha deseado u objeto, un instrumento que pueda mejorar su estilo de vida? De pequeños todos hemos experimentado fuertes deseos de este tipo.

Recuerdo todavía con alegría mezclada de sorpresa cuando mi padre me compró una bicicleta, una de esas con ruedecillas laterales, cuando tenía apenas cuatro años. Estábamos en 1946, eran los años de austeridad en los que se tomaba aún la leche en polvo de los americanos. Antes de entonces, nadie había comprado nada solo para mí. Por eso quedé sorprendido y me dediqué gozoso a pedalear por los jardines de Piazza della Vittoria, en Génova. Recuerdo también la emoción cuando un primo mayor quitó las ruedecillas laterales y comencé a rodar solo, sin que me sostuvieran. La bicicleta era una Bianchi, la marca de Coppi. Desde entonces me convertí en un hinchado suyo, más que de Bartali. Aquel regalo fue inolvidable para mí.

Desde entonces hasta ahora he deseado muchas cosas y, por fortuna, he conseguido solo una pequeña parte de mis deseos. Todos nos inclinamos a desear cualquier cosa. El campesino sueña con un tractor, el estudiante con un *smartphone*, el empleado con un coche de media cilindrada, la señora con un auto bicolor, el bien situado con una barca, el rico con un yate, el jeque sueña con el yate mayor del mundo, con cuadros a bordo de Picasso y Van Gogh...

Todos tienen deseos y cuando se cumplen se dan cuenta de que sí, poseen una buena cosa, pero la vida continúa más o menos como antes.

## CONCLUSIÓN

Se podría seguir adelante todavía un buen trecho. Esta vuelta por las ilusiones contemporáneas quizá ha servido para reflexionar y considerar que muchas cosas buenas alegran nuestra vida y tienen un cierto valor, pero ninguna tiene un valor absoluto.

La mayor puntuación, al menos en lo que se refiere a mi experiencia, se la lleva la

alegría de tener un corazón que sabe querer. Y aquí hago una pausa porque hemos llegado a las orillas del gran mar que se llama amor.

## II

### LAS PERSONAS FELICES

Vengamos a las personas felices que he conocido.

Por ejemplo, Costanza Miriano, una madre trabajadora que es el prototipo de la mujer moderna (admitiendo que haya uno). Es periodista de un telediario de la Rai, vive en una gran ciudad como Roma, tiene cuatro hijos y un marido al que (¡atención!) trata de «respetar y honrar», como se promete cuando uno se casa. Costanza corre por deporte, tiene una marca respetable en el maratón (su récord es de 3 horas y 15 minutos para hacer 42,195 kilómetros, ¡una cosa seria!), pero, como todas las madres que trabajan, corre también en la vida cotidiana detrás de una serie interminable de quehaceres, logrando sumarle la participación en la Santa Misa en momentos variables de la jornada.

Costanza tiene un talento que ha hecho fructificar: sabe poner su propio arte de la comunicación al servicio de una concepción sólida de la vida. Se atreve a transmitir con buen humor un modo de ser sano, o sea contra corriente. Su primer libro tiene un título chocante: *Sposati e sii sottomesa* (Cásate y sé sumisa). Un título hasta tal punto ajeno a lo «políticamente correcto» que resulta también interesante para el mundo mediático, que suele rechazar a quien dice una atrocidad semejante. Por el contrario su libro ha calado, gracias también a la difusión clandestina de los «adeptos» del sentido común.

Costanza es una persona feliz que siembra serenidad. Naturalmente se trata de una felicidad y una serenidad dinámicas, que siempre se ponen en discusión. Vale la pena leer su libro porque contiene un hilo de Ariadna que conduce fuera del laberinto de la desorientación general.

He conocido también a una muchacha de veinte años, Sissi, que ha escrito a su padre una preciosa carta por su cumpleaños. Soy amigo del padre, un emprendedor de esos que tienen siete vidas y «hacen una y piensan ciento». Un día me dijo: «Para mí la más bella del mundo es mi mujer». Está frase me impresionó mucho y, aunque su mujer me pide que no la repita, me agrada recordarla porque en aquel momento comprendí que me las había con un hombre de verdad. Así, de ser conocidos, nos convertimos en amigos.

No era solo una frase bonita, lo decía en serio. Gregorio –así se llama mi amigo–

cuando llega a casa por la tarde, desconecta el teléfono y para él no existe más que la familia. No se trata de un cuadro idílico, como el de algunos anuncios de televisión; es el relato sencillo de un estilo de vida.

El mismo estilo que llevó a la hija más pequeña, veinteañera, a escribirle a su padre una carta por su cincuenta cumpleaños. La transcribo ahora, casi completa:

«Querido papá:

Por fin te escribo estas líneas para intentar decirte no todo, pero al menos una parte de lo que siento y pienso de ti. Estoy orgullosa de ti como padre, como marido y como hombre, siempre has sido un padre y un marido con el que nunca nos ha faltado nada: siempre presente, cariñoso, atento, disponible, juguetón, alegre y sonriente. Eres la persona a la que más quiero en el mundo, junto con mamá obviamente, porque te has hecho de la nada sin la ayuda de nadie con un único objetivo, el de dar a tu familia un futuro sereno y feliz.

»Estoy segura de que muchos me envidian porque querrían tener un padre como tú, y más todavía, en estos momentos, cuando me doy cuenta de la fortuna que tengo, porque ser afortunado en la vida no quiere decir tener dinero o fama, sino tener una estupenda familia que esté a tu lado cuando la necesitas y todavía más cerca cuando no la necesitas. El mérito de cómo soy ahora es todo tuyo y de mamá: me habéis enseñado qué significa ser generosa, altruista para quienes lo necesitan más, he aprendido la palabra “familia”, pero sobre todo me habéis enseñado qué quiere decir ser querida infinitamente, incesantemente e incondicionalmente. Sois y seréis las únicas personas que no me juzgarán por lo que hago o por cómo soy; las únicas que no me abandonarán nunca por cualquier cosa que haga, por justa o equivocada que sea. Cuántas veces os he fallado y me habéis dado de nuevo confianza, son demasiadas las veces, y por eso os estaré siempre agradecida. De ti he aprendido tanto, y mi objetivo en la vida es ser como tú y crear una familia como la nuestra.

»Cuando alguien me pregunta qué quiero ser de mayor, pienso en ti y en todo el empeño que pones en tu trabajo. Sé que es duro y fatigoso, pero probablemente lo es mucho más de lo que podemos imaginar, porque eres tú quien, para que no veamos los nervios y el stress de todos los días, nos lo presentas mucho más sencillo de lo que es, sin que notemos nada cuando llegas a casa. Me has enseñado tanto de la vida: que las cosas más importantes son la salud, la familia, la instrucción y la felicidad, y viviendo cada día he comprendido que ser feliz no es una condición eterna sino momentos de vida.

»Me has enseñado que no existe el “quiero”, sino el “querría”, que no existe el “no puedo”. Me has consentido en cada cosa, desde la más material a la más abstracta, y en el amor que me das, porque estoy segura de que en mi vida será difícil encontrar una persona que me dé todo el amor que me das tú cada día. Las palabras que te escribo son limitadas, porque tendría que inventarlas de nuevo para describirte, pero no existen palabras tan bellas y puras...

»Te deseo toda la fortuna posible en el trabajo, aunque no la necesitas porque eres un

tren sin paradas. No te desmoralices nunca y pon cada vez el corazón en lo que hagas, estoy segura de que encontrarás siempre la fuerza para ir adelante cada día.

»Cada día que pasa me doy más cuenta de la suerte que he tenido de contar con dos ángeles como tú y mamá; juntos sois mi fuerza y juntos me habéis criado hablándome y enseñándome a escuchar.

»Una cosa, sin embargo, querido papá, la he descubierto yo: ¡el amor que siento por vosotros es infinito!

»TE QUIERO.

Sissi»

Esta carta me conmueve. A quien no haya tenido una suerte semejante puede suscitarle un poco de envidia. Es indiscutible: se trata de la carta de una muchacha feliz, ella lo dice expresamente. Feliz hasta el punto de alcanzar rasgos poéticos: «Las palabras que te escribo son limitadas, porque tendría que inventarlas de nuevo para describirte, pero no existen palabras tan bellas y puras...». Estamos en el dulce estilo nuevo. Es un testimonio de que la familia, bien vivida, es fuente de felicidad y de prosperidad para toda la sociedad. El carácter de esta muchacha es evidentemente sólido y será capaz de difundir a su vez amor y empeño.

La carta es un poco un texto de pedagogía, porque la confianza que los padres supieron demostrar a la hija, en toda circunstancia, ha dado sus frutos: «Cuántas veces os he fallado y me habéis dado de nuevo confianza, son demasiadas las veces, y por eso os estaré siempre agradecida». Su carácter es el de una persona sabia («Ser afortunado en la vida no quiere decir tener dinero o fama, sino tener una estupenda familia que esté a tu lado») y capaz de altruismo. Ha recibido gratuitamente y sabe dar gratis, porque ha crecido en la escuela del amor: «Me habéis enseñado qué significa ser generosa, altruista para quienes lo necesitan más, he aprendido la palabra “familia”, pero sobre todo me habéis enseñado qué quiere decir ser querida infinitamente, incesantemente e incondicionalmente».

Me gusta luego su insistencia sobre la alegría del padre. Me confirma en la idea de que la alegría es formativa. Una persona contenta enseña muchas cosas. Transmite la humildad de contentarse y la capacidad de mirar serenamente a los demás, dándose cuenta de sus necesidades. Por eso hay que hablar de felicidad, porque las personas que saben ser felices son fuertes y generosas. El padre de esta muchacha es así: fuerte y generoso. La consecuencia es que ella, aunque no oculta que ha sido mimada, sabe decir «querría» más que «quiero».

En fin, la carta transmite con todo una certeza: el amor es contagioso. «Una cosa, sin embargo, querido papá, la he descubierto yo: ¡el amor que siento por vosotros es infinito!»

A despecho de quien piensa que el romanticismo se ha acabado y que ya no existen historias de amor, debo confesar un asunto particular. El marido de «la mujer más bella del mundo» mejoró en su actividad cuando conoció a su futura mujer. Estaba completamente enamorado, se empeñó en merecer a la futura esposa y se convirtió en

empresario, acometiendo objetivos cada vez más audaces. Emprendedor por amor. ¿Quién hubiese dicho que en nuestro tiempo pudieran existir semejantes historias con estos resultados? *Ah l'ammore che fa fá!* dice la canción bien conocida.

Hace poco me llegó otra historia que refiere un feliz gesto de amor. De Calabria suelen llegar malas noticias. En 1977 me encontraba con Indro Montanelli en Pamplona y le pedí que firmara una postal para mi hermana. «¿Y dónde está tu hermana?», me preguntó. Le respondí :«En Catanzaro». «¡En Ca-tan-za-ro!», dijo maravillado, separando las sílabas. «¿Y qué hace en Catanzaro?», preguntó.

Mi hermana estuvo algunos años en esa ciudad con su marido, jefe de bomberos, y encontró allí los mejores amigos de su vida, y otro tanto les ha ocurrido a sus hijos.

En el mismo Catanzaro se ha inaugurado recientemente una parroquia en un gran centro comercial. Se trata de la primera parroquia que se pone en Europa en uno de estos lugares, abiertos y concurridísimos incluso en domingo.

La idea de una iglesia en semejante contexto se le ocurrió al padre de un amigo mío empresario. Le pidió a su hijo que realizara el proyecto antes de su muerte. El mérito del obispo de Catanzaro ha sido el de secundar la idea y atribuir a la iglesia la dignidad de parroquia. Floriano, el hijo empresario, es un hombre inteligente y bueno, capaz de verdadera amistad. Ha construido la iglesia con tecnología innovativa, sin desnaturalizar la fisonomía religiosa del edificio. La torre es de vidrio, e incluso el retablo es en realidad una vidriera retroiluminada (realizada por mi amiga Paola Grossi Grondi) que representa a san Maximiliano Kolbe en oración, en un paisaje parecido al de los alrededores.

Una buena idea, bien realizada por gente buena. Esas son las buenas noticias que pueden llegarnos de Calabria, si se presta atención, porque allí donde hay personas buenas se difunde siempre en torno a ellas belleza y felicidad.

Otro personaje feliz que conozco es Rafael, «Rafa» para todos, un amigo periodista español.

Su familia es de Granada, en Andalucía, tierra mediterránea: la historia, el sol, los pueblos que se han sucedido han dado a esa tierra un carácter muy particular. Las tradiciones están vivas y confieren al ambiente un color que va más allá del simple folclore. Baste pensar en los nombres de las ciudades: Sevilla, Córdoba, Málaga. Son nombres que cuentan algo, que expresan un clima. Los andaluces son alegres y desenvueltos, además de capaces de profundos apasionamientos. Su carácter es abierto, y mi amigo Rafa no es una excepción. Muchas veces telefona a la familia, numerosa como aún es frecuente por allí. La conversación está hecha de risas, se oye solo una carcajada continua. Naturalmente los problemas no faltan, en Granada como en cualquier parte; oírlo hablar y reír por teléfono, sin embargo, me confirma que buena parte de la alegría que llevamos dentro depende de la perspectiva desde la que afrontamos la realidad.

Incluso en los momentos de intenso trabajo o de una cierta formalidad, mi amigo Rafa

está siempre dispuesto a una mirada de interés, a una sonrisa.

Tengo un verdadero deber respecto a una familia de amigos que diré que son también felices. Él es ingeniero y se ocupa de actividades didácticas profesionales, siempre con la sonrisa en los labios y con un evidente entusiasmo por su propio trabajo. Ella es la hija de otros amigos napolitanos; su característica principal es un dulcísimo rostro y sobre todo una eterna calma que le impide perder la paciencia.

«Annalisa, hemos tenido un contratiempo y llegaremos con una hora de retraso». «Ah! Bueno, aprovecharé para hacer mientras la compra».

Sacar adelante a cinco hijos no es tarea fácil y, para redondear los ingresos, ella trabaja en un asilo mientras los hijos están en la escuela. Cuando las cosas se me complican, pienso en ellos, en cómo afrontarían la situación...

Hay otro personaje que me parece un modelo de vida feliz, bien gastada: el nonagenario Ettore Bernabei.

La historia de Ettore se enraíza en el mil ochocientos romano. El abuelo era un ardoroso anticlerical y, para no recurrir a los nombres de santos, llamaba a los hijos por el número de su nacimiento: Primo, Seconda, etc... El padre de Ettore se llamaba Quinto, en realidad era el decimocuarto, pero había tomado el nombre de un hermano muerto. Quinto manifestó bien pronto una sensibilidad religiosa y por lo demás era de ideas monárquicas. Por eso lo echaron de casa y, con la ayuda de su madre, encontró alojamiento en Florencia, donde se empleó como ferroviario. Ettore nació así florentino y, desde pequeño, mostró un marcado interés por las vivencias humanas. Miraba con atención desde la ventana lo que ocurría en la calle, y su espíritu de observación era tan agudo que una amiga de su madre le dijo una vez: «Este niño llegará a ser director del “Corriere della Sera”», una profecía que casi se cumpliría. Recibió la formación católica de don Raffaele Bensi, un sacerdote que se dedicó a los jóvenes florentinos, amigo del cardenal de Florencia Elia Dalla Costa y de Giovanni Battista Montini, el futuro papa Pablo VI, entonces capellán de la Federación de universitarios católicos.

El joven Ettore aprendió a conjugar una profunda fe en Dios (a las seis de la mañana iba con otros compañeros a enseñar catecismo a los obreros) con la capacidad de discernir los sucesos de este mundo, y maduró así en él un sentido de desconfianza hacia el fascismo. Hay un episodio que describe bien su actitud. Cuando Mussolini declaró la guerra, la radio estaba transmitiendo su discurso mientras toda la familia Bernabei se encontraba sentada a la mesa; Ettore, con el acostumbrado acento florentino, exclamó: «¡Esperemos que se pierda!» Su padre y su hermano se indignaron hasta e punto volcarle encima la mesa...

La guerra le costó no pocos sacrificios, pero lo hizo madurar en el conocimiento del alma humana. Al final del conflicto se enamoró de una estudiante de Puglia, un año menor que él, y se casó con ella. Entre tanto se vio implicado con otros jóvenes católicos en los avatares de la naciente Democracia cristiana y conoció de cerca a Alcide De Gasperi, Giorgio La Pira, Giuseppe Dossetti y al amigo de su vida, Amintore Fanfani.

Comenzó a trabajar como periodista y pronto se convirtió en el director del «Giornale del Mattino» de Florencia. La política de aquellos tiempos era fervorosa, en algunos aspectos entusiasmante, aunque llena de conflictos. La presencia comunista era fuerte y amenazadora, pero aquellos jóvenes democristianos estaban preparados y tenían las ideas claras. En 1948 Italia superó la amenaza comunista y se encaminó a un periodo de creciente prosperidad, gracias al trabajo de todos los italianos, guiados por aquellos políticos, en su mayoría católicos, que llevaron al país en 1960 a convertirse en la cuarta potencia económica mundial; la Italia pobre y agrícola, privada de materias primas y destruida por la guerra, había vivido su «milagro económico», que no era otro que el fruto del trabajo incansable de tantas personas.

En 1960 Ettore, ya desde algún tiempo director del «Popolo», el periódico de la Democracia cristiana, fue nombrado director general de la Rai. En cierto modo se cumplía así la profecía de la amiga de su madre; la responsabilidad que le aguardaba no era sin embargo fácil. Con paciencia eliminó las incrustaciones del periodo precedente, bien presentes aún en el corazón de la Rai, y promovió a jóvenes capaces, que procedían de diversos ambientes (no solo católicos) y que habían ganado las oposiciones.

La Rai de entonces se convierte en la amiga de familia de los italianos. Unificó el país, dio esperanza, afrontó los problemas sociales, divirtió a la gente mandándola a dormir no más tarde de las once, por que al día siguiente había que ir a trabajar. Muchos recuerdan todavía la musiquilla que anunciaba el fin de la programación y que acompañaba la imagen de una antena que bajaba. Quizá también se iba a dormir aquella antena, quién sabe... Los personajes televisivos de la época han permanecido en la memoria de todos los italianos y les recuerdan tiempos que quizá eran complicados pero que ahora nos parecen limpios, sanos, sencillos y sólidos.

Pocos saben que por entonces la vida familiar de Bernabei fue de todo menos fácil. Después del primer hijo su mujer, Elisa, cayó en una profunda depresión que la dejó inmóvil durante mucho tiempo. Al final, personas «bienintencionadas» aconsejaban a Ettore hacerse otra vida, pero él no cedió. Permaneció junto a su mujer hasta que la vida recomenzó y trajo al mundo otros siete hijos.

Cuando Ettore dejó la Rai se ocupó de una sociedad del Iri, pero su corazón quedó ligado a los temas de la comunicación. Sufría por los estragos espirituales y morales que la televisión ocasionaba en todo el mundo y la comparaba a esas armas de destrucción masiva que dejan intactas las cosas y matan a las personas. La carrera para ganar audiencia, que era la misma para la Rai que para las cadenas privadas, había propiciado una caída que terminaba en la «telebasura».

Hasta que a la edad de setenta años, Ettore tomó la iniciativa e invirtió la liquidación de su jubilación, junto a otros accionistas, para crear una empresa de producción televisiva, la Lux Vide. Desde entonces ha producido telefilms de gran éxito como *La Biblia* (más de cien horas de transmisión televisiva), *Guerra y paz*, *Padre Pío*, *Coco Chanel* hasta *Don Matteo*, con Terence Hill, la serie más popular en Italia, que llega ya al octavo capítulo. Acompañado solo por sus hijos, se ha enfrentado como un nuevo David al Goliath de la «telebasura», demostrando que se puede tener buena audiencia

con productos de calidad. Ha abierto así un camino y ha dado esperanza al universo de la ficción italiana e internacional, porque sus telefilms han dado la vuelta al mundo (ha sido el único productor italiano que logra ese objetivo), ganando incluso un Emmy Award, el Oscar americano de la televisión.

Estas son en resumen las empresas del hombre. Pero lo que me hace considerar a Ettore feliz es su estilo de vida. Tiene una confianza total en la oración y sabe perdonar. A la edad de noventa y un años no tiene un solo enemigo. Ha sufrido maldades e incluso traiciones, pero no ha guardado rencores: a su alrededor solo hay estima y afecto. Hoy vive en un bloque de la Via Flaminia, pasa los veranos en una casita en Castel Madama, junto al cementerio donde reposa su hija Paola, fallecida prematuramente, y estudia nuevas iniciativas para ayudar a los jóvenes a asumir responsabilidades.

Por eso a mí Ettore me parece un hombre feliz, un hombre que ha vivido una vida fecunda, sin pensar nunca en sí mismo.

A otro personaje feliz lo conocí en cambio desde la juventud, y ahora es padre de ocho hijos. Era un muchacho bueno y al mismo tiempo rebelde. A los dieciséis años escapó de casa y lo encontré cansado y hambriento. Él quizá esperaba que le echase una bronca: a sus ojos yo era uno de los «mayores», un serio estudiante de ingeniería. En lugar de eso, le hice comer y pasamos un rato simpático juntos.

Después de casi cincuenta años, todavía se acuerda de aquella acogida. Tras licenciarse se fue a Londres para estudiar inglés y conoció allí a varias muchachas hebreas. Ninguna de ellas salía el sábado, y menos con él que era un chico guapo. Comenzó entonces a interesarse por el mundo hebraico: en aquel periodo el estado de Israel estaba aún en fase naciente y él, de corazón generoso, decidió irse a vivir a un kibutz, donde trabajó duro y gratis durante un año. Estaba dándole vueltas a irse a Bangladesh, pero se enamoró de la hermana de un amigo, una seria muchacha de Venecia que sería después su mujer.

Para abreviar, ahora ha vuelto a Ischia y ha abierto una *trattoria* con sus ocho hijos, donde trabaja toda la familia, y le ha puesto un nombre significativo: *Il Focolare* (El Hogar). Los dos hijos varones, unos verdaderos gigantes, son unos *chefs* apreciadísimos, pero se prestan a trabajar en otros restaurantes solo algunas temporadas, y luego vuelven a Ischia. Las seis hermanas son todas muy guapas y parecen crear un clima de fiesta permanente. Algunas se han casado, pero vuelven apenas pueden. Él es ya un patriarca del *slow food*, mientras su mujer sorprende en el ambiente ischitano por su acento véneto y sus ojos azules: es la solidez personificada sobre la que se apoya toda la familia.

Ir a verles es un gozo para el paladar y el espíritu. El único inconveniente es que no me dejan pagar, quizá en memoria de aquella hospitalidad de hace cincuenta años. Y es inútil discutir.

Cada uno puede pensar en las personas felices que ha conocido, pero apuesto que todas se parecen a las que cuento en estas páginas. Porque quien hace de la trasgresión una regla parece feliz, pero en realidad no lo es. Es feliz quien tiene el corazón lleno.

### III

## MI EXPERIENCIA

Y hemos llegado a mi experiencia personal. Quizá corro aquí el riesgo de ser «personalista», de referirme solo a mí mismo, y espero que esto no resulte demasiado fastidioso. Mi intención es hablar de experiencias de vida y ¿qué experiencia es más directa que la personal? Por eso debo contar también mi vida...

De pequeño, como todos los niños, buscaba la felicidad de modo instintivo o, más sencillamente, lo que me gustaba. Lo primero eran los ojos y la sonrisa de mi madre, a los que, de vez en cuando, prefería la dulzura de una tía más descansada y acogedora. A la edad de tres años, tenía ya un gusto particular por las musiquillas de la orquestina de los soldados americanos, que sonaba justo a las puertas de casa, en la plaza Leonardo de Nápoles. Mi preferida era el «buki-buki» (que se escribe *boogie woogie*, pero para mí ha sido siempre «buki-buki») y *Lili Marlene*. Esta última era para mí una verdadera pasión: la cantaba con frecuencia e incluso me negaba a salir si la orquestina no la tocaba. La tercera canción de mi *hit parade* era *Rosamunda*, que interpretaba apasionadamente en el momento del estribillo: «Oh! Rosamunda, tú me haces sufrir. Oh! Rosamunda, tú me haces morir...». Todavía no conseguía pronunciar bien las palabras y resultaba un indistinto «osciamunna», pero tenía el mismo éxito con los amigos de la familia, los cuales se morían de risa cuando me exhibía descorriendo la cortina que separaba la sala de estar del despacho de mi padre. He descubierto mucho después que no he sido el único en conservar recuerdos de este género: un coetáneo me ha contado que de pequeño montaba también espectáculos parecidos, saliendo de debajo de la mesa cantando *Dove sta Zazà?* (¿Dónde está Zazá?).

Otra de mis aficiones era el chocolate. Recuerdo que un soldado americano me vio mientras tiraba de la mano de mi madre hacia el escaparate de la chocolatería Gay-Odin y me hizo señas con el dedo para que me acercase. Mi madre no podía verlo, porque el soldado estaba dentro de la tienda, pero mi mirada interesada había traspasado el reflejo en la luna, así que grité :«¡Mamá, está haciendo así con el dedo...». Recuerdo aún la alegría que me produjo aquel cartucho lleno de bombones y la sonrisa avergonzada de mi madre mientras daba las gracias. Tengo un amigo americano, un periodista, que se pone muy contento cuando me oye contar esta anécdota y creo que tiene razones...

Pero, ¿qué importancia tienen estos relatos infantiles, sepultados ya en mi memoria?

Pienso que cada uno de nosotros tiene un tesoro oculto donde se agarran las raíces de su personalidad. Ese fue para mí el periodo en que me di cuenta de que el amor de mi madre no tenía límites y, de modo distinto, tampoco los tenía el de mi padre. Hoy estoy un poco preocupado por la difusión de tantas familias «estiradas» en las que la mamá lo es hasta un cierto punto y lo mismo el papá. Por fortuna –como dice el proverbio medieval– «la Providencia provee» y cada uno tiene su historia, su bella historia, única y personal.

A mí me ha quedado el gusto del sentirme en casa. Me admiran esas relucientes cocinas futuristas que se instalan hoy en las nuevas viviendas, pero siento un no sé qué dulce y profundo cuando entro en esas cocinas grandes de otro tiempo, con muebles viejos e imponentes que saben de lo vivido. Como la cocina de la casa de mi abuelo en Calabria, donde mi tía pasaba tantas horas haciendo la comida para nosotros, sin preocuparse por el calor del verano.

La cocina es en verdad el corazón de una casa, quizá sería más correcto decir que es el estómago, pero para mí no puede ser más que el corazón. Os confieso que cuando alguien me invita a almorzar y me «admite» a comer en la cocina, me siento acogido como un verdadero amigo, me siento en casa.

Recuerdo que precisamente en la cocina, cuando mi madre trituraba la carne con uno de aquellos aparatos de manivela, fascinado por aquella magia rotatoria en la que la carne entraba a pedazos y salía triturada, a veces me ganaba un capón de ella. Entonces miraba a mi madre, como para preguntarle si debía dar importancia a ese gesto suyo. Y mi madre desdramatizaba la situación riendo y diciéndome : «*Capuzzié!*» (¡Embobao!). Y yo comprendía que era cosa de reírse.

Son pequeñeces pero son los primeros chispazos de felicidad que te quedan dentro.

Y llegó la época de los amores. Amores de niño, obvio, pero intensísimos. Tendría seis o siete años cuando me llevaron con ellos a casa de unos amigos, durante una tarde de juegos de cartas. Esos amigos tenían cuatro hijas, pero fue la mayor la que me «adoptó». Se llamaba Margherita. Creo que tendría diez años o poco más, cuanto bastaba para dedicarse a mí con amabilidad. Me tuvo ocupado, me hizo ver un libro ilustrado, me contó historias y así me tuvo embobado. Pensaba en ella continuamente con palpitations.

En aquellos años se cantaba mucho: mi hermana, ocho años mayor que yo, compraba «Il Canzoniere», un folleto periódico que traía las letras de las canciones en boga. Entre estas estaba *Anema e core*, entonces un éxito reciente. Bueno, pues como mi enamorada se llamaba Margherita, me iba al balcón, donde había una maceta de margaritas, y con la ayuda del «Canzoniere», dirigiéndome a aquellas flores cantaba *Anema e core*, sin que nadie lo supiese ni me oyera. Mi amor era un secreto absoluto. Quizá también otros han tenido experiencias parecidas y también sienten cierto pudor al contarlas... Es cierto que los niños tienen una capacidad de enamoramiento profunda y radical.

Otro serio episodio apasionado sucedió cuando tenía nueve años. La fecha es precisa porque dos niñas de entonces lograron localizarme y me enviaron tres fotografías en las

que pone el año: 1951. Son las fotos de una representación en la que se ponía en escena la famosa *Cantata dei pastori*, en la cual yo hacía el papel de san José, mientras esas niñas interpretaban a la Virgen y al arcángel san Gabriel.

Algunos detalles que recuerdo podrían dar lugar a interpretaciones curiosas e impías. La niña que hacía la parte de la Virgen tenía un carácter despectivo y me ponía en una situación embarazosa: ¡san José discutiendo con la Virgen!

Además –y esto hace el asunto más picante– yo estaba perdidamente enamorado de una de las pastorcillas. En la foto de la escena final he visto a la pastora de la cara regordeta que me había robado el corazón. Recuerdo que esa noche en la cama, rezaba para que ella correspondiese a mi amor, un amor tan intenso cuanto no declarado y, naturalmente, secretísimo. Creo que la niña, de nombre María Teresa, se daría cuenta de mi sentimiento, porque una tarde, detrás de las bambalinas del teatrillo –parece una comedia transgresiva, cuando en realidad es la representación de la inocencia– tomó mi mano izquierda y comenzó a acariciarla. Mi tremenda desgracia fue que justo por entonces tuviera una erupción en el dorso de la mano, un fastidio que no he vuelto a padecer ni antes ni después, por el cual mi piel estaba muy enrojecida. «¿Qué tienes en la mano?», me preguntó María Teresa, y yo, intimidado, respondí: «una erupción». Dejó ella de golpe la mano, que se llevó consigo toda mi felicidad. Allí acabó todo.

No recuerdo nada más del resto de la historia, sino la sensación de quedar totalmente absorto que la había acompañado en aquel periodo. Luego, como sucede a los niños, todo pasó.

Tuve también muchos amigos de mi misma edad. Me he preocupado de volver a verles, después de tantos años, y es increíble cómo el tiempo no había cambiado nada en nuestra relación. Seguimos siendo aquellos «hombrecitos», con nuestra propia personalidad y nuestro entender.

En aquel periodo floreció también otro amor. Mi madre no era una católica practicante y tampoco lo era mi padre. Pero los dos quisieron que tuviera una educación religiosa y me enviaron, de los siete a los trece años, a un colegio de jesuitas. De todo aquel periodo me ha quedado la devoción afectuosa por un cuadro de la Virgen que se encontraba a la izquierda del altar, en la iglesia del colegio. Aquella pintura, que no he vuelto a ver, me ha quedado dentro, o mejor, me ha dejado en el corazón un gran cariño por la Virgen.

Después de los trece años abandoné cualquier práctica religiosa y pasé a la vecina escuela estatal. Mi visión de la vida llegó a ser frívola y pagana, excepción hecha del estudio, que era una obligación indiscutible. En apariencia era en todo y por todo un muchacho superficial y mimado como tantos otros. Me gustaba bailar, también porque había estado en un crucero por el Caribe y había asimilado el sentido del ritmo: me gustaba el mambo y el calypso de Harry Belafonte. Me gustaba el tenis, esquiar en invierno y nadar en verano. No me planteaba problemas, ni nadie de mi entorno me invitaba a hacerlo. Vivía al día. Solo una vez, mientras volvía a toda velocidad de Cervinia, sentado en el asiento posterior de una Vespa, conducida por un peligroso insensato, me encontré rezando un Avemaría. En lo profundo de mi conciencia había

quedado la sensación de que la Virgen me guiaría y me defendería de los peligros. Por lo demás, oscuridad absoluta.

Más tarde, una vez iniciado el liceo, la historia de la filosofía, que había comenzado a estudiar con pasión, me transmitía el estilo de un mundo intelectual mutante, sin ninguna verdad sólida y definitiva.

Entre tanto, todavía en la enseñanza media, había madurado una amistad verdadera y profunda, nacida de un modo completamente casual. En cierta ocasión, a causa de alguna travesura que no recuerdo, el profesor de dibujo encargó al primero de la clase, Angelo Freda, que me acompañase a presentarme al director para un castigo ejemplar. El director no estaba en aquel momento, y volvimos los dos a nuestra aula. Cuando íbamos a entrar, nos dio a los dos un ataque de risa irrefrenable. La cosa, divertida al principio, se convirtió en preocupante: ¿cómo entrar en clase riendo de ese modo? La situación era tan embarazosa que nos hacía reír aún más... Hasta que, pasado un rato, antes de que acabase la clase, entramos. Yo, que estaba en el primer banco me apresuré a sentarme y hundí la cabeza entre los brazos, apoyados sobre el banco, de modo que los respingos de la risa pareciesen los sollozos de un llanto. Para mi amigo, la cosa no fue tan fácil. Apenas consiguió decir, entre risas sofocadas: «No estaba el director». El profesor se da cuenta y le dice imperativamente : «Sí, pero dime una cosa, Freda, ¿por qué te ríes?». Providencialmente sonó la campana y todo acabó ahí, pero ya había nacido nuestra amistad.

Angelo y yo comenzamos a frecuentarnos y a estudiar juntos, a hacer excursiones y jugar y, a medida que crecíamos, hablábamos de nuestro futuro y nuestros proyectos, que de hecho no correspondieron a los que la vida nos reservaba. Nos hablamos, todo lo más, una vez al año pero es como si nos hubiéramos despedido cinco minutos antes.

Así comenzó para mí la feliz experiencia de la amistad. Tuve otro verdadero amigo en Calabria, y con él compartí las aventuras y la libertad del mar y del campo: en el jardín construimos un horno de ladrillos y cerámica sin tener idea de qué íbamos a cocer allí, hacíamos pesca submarina, pensábamos que seríamos campeones de natación, escuchábamos las conversaciones de los mayores junto a la caseta familiar en la playa... Cuando fuimos algo mayores, nos comenzamos a preguntar cómo funcionaba la cabeza de las chicas, cosa que para nosotros era entonces un misterio y quizá lo es todavía.

Peppino –así se llamaba– murió prematuramente y a mí me quedó un vacío, un hueco del corazón dedicado a él. Ha dejado dos hijos espléndidos que se le parecen de un modo impresionante y que para mí son como sobrinos. Los pequeños milagros de la amistad.

A los quince años nació una simpatía con una muchacha mayor que yo. Ella era ya estudiante universitaria mientras yo estaba aún en el bachiller: una distancia enorme.

Aquel fue el primer impacto que tuve con el universo femenino. De hecho, hasta entonces, aparte de algunos conocimientos y amistades superficiales, las únicas mujeres de mi vida habían sido mi madre, mi hermana y mis primas calabresas. Todas me querían mucho, comenzando por mi madre que, como todas las madres, me idolatraba.

Aquella chica se mostró sorprendentemente exigente conmigo. Recuerdo su reproche:

«A ti te interesa el estudio, luego el tenis y luego vengo yo». Un reproche que me dejó estupefacto, porque las demás mujeres que me rodeaban no eran tan exigentes, querían mi bien y nada más.

Fue entonces cuando comencé a entender que una relación de amor no es solo instintiva: se necesita pensar, requería compromiso, capacidad de hacer proyectos. Pero mientras ella hablaba de matrimonio yo era un niño (quinceañero) de un metro ochenta, que veía el matrimonio en un futuro remoto, remotísimo. Recuerdo con claridad que, cuando ella pronunció la palabra «matrimonio», para mí fue un mazazo en la cabeza.

Esta experiencia me ha servido, muchos años después, para ayudar a los adolescentes a comprender que las chicas no son solo atractivas sino, antes que nada, personas. Parecerá una verdad de Perogrullo, pero no lo es. Pues, hoy más que ayer, los chicos son inmaduros y están poco preparados para la relación con el otro sexo. Creen ir al encuentro de una dulce fábula y se sorprenden de que puedan surgir problemas en las relaciones personales. Mi educación sentimental, por ejemplo, era la de películas de Marlon Brando, como *Sayonara*, *Ellos y ellas* u otras de este género, en las que se presenta el amor como un dulce encanto que consigue superar toda dificultad. Todo acababa ahí. En una relación amorosa hay encanto pero –y esto se descubre después– va acompañado de un deseo real de hacer feliz al otro, ocupándose de conseguirlo. La adolescencia que se prolonga varios años se presta al «mariposeo» y los hace incapaces realmente de «casarse» con una persona: de hecho, aún antes del matrimonio, el otro debe ser conocido y aceptado tal como es.

En fecha reciente he leído algunas cartas escritas por un teniente siciliano de veintiocho años a su novia... ¡de quince años! Las cartas están recogidas en un libro de título elocuente: «*Te prometo un viaje feliz*». Es admirable el garbo y el respeto con el que el joven teniente expone a su amada una vida juntos, incluso a través de simpáticos acuerdos sobre cómo corregirse el uno al otro cuando el momento sea oportuno. Las cartas comienzan en 1941 y su matrimonio ha durado felizmente más de sesenta años. Una verdadera lección de educación sentimental.

Transcribo la parte final de una de estas cartas que él, Guido, le escribe a ella, Maria Antonietta. Se hace referencia a una mala contestación que la muchacha ha dado a su madre, a la que siguió un ligero apretón de mano por parte de él, a modo de señal. Tanta finura de expresión puede parecer inusitada,

pero, hoy más que nunca, es necesario entre hombre y mujer el mismo acuerdo para hablarse sinceramente; se propicia un clima de confianza, lealtad recíproca y delicadeza en las relaciones.

«Salemi, 15 diciembre 1942

[...]

De vez en cuando me viene a la mente que te habrás podido enfadar por aquel ligero apretón de mano en el momento en que hablábamos un poco impetuosamente con tu

Madre. De hecho creo que ya ha pasado el tiempo para poder permitirme una cosa así, por otra parte hecha casi automáticamente y sin reflexión...

La verdadera comunión de vida, tal como nosotros queremos realizarla, exige, lo hemos comentado los dos tantas veces, la más absoluta rectitud y sinceridad de sentimientos. Pues si yo hubiese reprimido aquel movimiento instintivo que se dirigía a llamar tu atención, distraída por un impulso nervioso, sobre el hecho de que tu Madre se podría disgustar por tu modo de expresarte, me habría traicionado a mí mismo, a ti y a los dos.

A mí mismo porque habría frenado un impulso oportuno y sincero; a ti porque ciertamente no era tu intención dar un disgusto a tu Madre; a nosotros porque se habría interpuesto entre tú y yo el obstáculo de una pequeña hipocresía, por lo demás sin fundamento. Esto, sin embargo, no es más que una anécdota que, como te he dicho antes, me da pie para hacerte una pregunta, rogándote seriamente que me respondas con la misma sinceridad: ¿te disgusta que yo, cuando no apruebe por motivos a mi parecer razonables cualquier cosa, te lo diga, se entienda en la forma debida?

Por mi parte, desde ahora, acepto todas las sugerencias, consejos y recomendaciones que puedas hacerme según tu criterio y me considero feliz de darte razón desde ahora para entonces.

Esto que te digo en pocas palabras es, en el fondo, ¡el quicio de toda vida en común! La base de la felicidad...

Una vez establecido el principio de que los dos sujetos se quieren, y admitida por tanto la buena fe en cada caso, pienso que no deberíamos tener motivos para rechazar «a priori», por un malentendido orgullo o por otros sentimientos, las observaciones que en justa forma y con los debidos miramientos pueda hacer uno de los dos...

¿Eres de mi parecer? Cada uno de nosotros debe exigir del otro esta sinceridad y esta ayuda, dispuesto naturalmente a acogerla, no con ánimo sospechoso o prevenido, sino con el de quien piensa: si me dice que esto es mejor así, es que lo entiende así para nuestro provecho, nuestra conveniencia, para nuestra felicidad.

Querría que me escribieses sobre este asunto para saber cuáles son tus ideas al respecto. ¿Me perdonas por este «peñazo» de carta?

Te beso con infinita ternura y te abrazo.

Guido».

Y aquí está la respuesta de ella, poco más que una niña:

«Palermo, 17 diciembre 1942

Guido queridísimo,

tenía muy alto concepto de ti, pero ayer tarde creció desmesuradamente.

Ya noto con satisfacción que voy adquiriendo valor para decírtelo TODO, y también confianza...

Te quería mucho y ahora te quiero todavía más. ¡Tú serás valiente para quitarme este

vicio de la agresividad!

Estoy segura y convencidísima de esto que te digo, ninguna otra persona podrá nunca interesarme, porque nunca podrá ser Guido. Siento esto profunda y sinceramente.

Te he ofrecido toda mi vida, y no lo habría hecho si no estuviese convencida de que tú eres el amor para mí, y para una mujer el amor es su destino.

Te abrazo.

tu Maria Antonietta».

A veces pienso que los sicilianos tienen una sensibilidad superior. No es un juicio teórico sino un dato experimental, y este diálogo es para mí una enésima confirmación. ¿Dónde se encuentra en otra parte tanto calor y al mismo tiempo tanta inteligencia en el amor? ¿Y a los quince años?

Hay cuadros de escuela napolitana, hay música de escuela napolitana, y cocina napolitana. Hay tantos otros tipos de escuela napolitana. Mi felicidad de chico se nutría de aquel ambiente napolitano y, en particular, de su corazón, un corazón del que han florecido tantas canciones.

Hace unos años, a propósito de esto, recibí del gran don Luigi Giussani la invitación para escribir una introducción a un disco de canciones napolitanas, producido por una casa discográfica cercana a Comunión y Liberación. La obra estaba acompañada por otras dos introducciones: una de Renzo Arbore, napolitano de adopción por el que tengo estima y afecto, y otra del propio don Giussani. En esta última contaba él como una vez, en Japón, había hablado con algunos monjes budistas que le habían explicado cómo se desarrollaba su jornada de oración, precisando que cantaban también músicas occidentales. Don Giussani, interesado, les preguntó qué «músicas occidentales». *Torna a Surriento* fue la respuesta inmediata. La anécdota me gusta mucho. Pensar en los monjes con su vestimenta anaranjada, que cantan meciéndose : «*Vide 'o mare quant'è bello! Spira tantu sentimento...*», me hace considerar que Nápoles ha dado al mundo entero un tributo de humanidad.

Esta humanidad no se encuentra solo en las canciones sino, afortunadamente, también en las relaciones entre las personas. Mis compañeros de colegio eran chicos de corazón con los que tenía una relación leal y afectuosa, a pesar de nuestra inmadurez. Con todos los napolitanos se vivía y se vive un modo de ser sensible que es propio de la ciudad partenopea. He vivido diez años en Milán y más de treinta en Roma y he comprobado que las personas de corazón no faltan allí, aunque a veces hay que trabajar un poco para que salga fuera el corazón. En Nápoles, por el contrario, el corazón de cada uno es visible y tangible, y esto hace fascinante la ciudad para quien se pone en sintonía. Me he dado cuenta de que, también por esto, he vivido años de felicidad en Nápoles. Y además, los napolitanos saben festejar. Imagino la reacción que puede tener uno del norte: «¡Ya! ¡Saben festejar y no saben trabajar!». Es cierto que la ciudad vive hoy una crisis progresiva, comenzada cuando dejó de ser una capital y cuando se derrumbó la

economía meridional. Pero también es verdad que los napolitanos que trabajan, trabajan duro, bien, y consiguen el resultado. Además su sentido del humor es sorprendente y logra mitigar incluso las situaciones más trágicas.

La capacidad de hacer fiesta de los napolitanos se evidencia no solo en el estadio sino, una vez al año, bien precisa, en Año nuevo. No he asistido nunca a una manifestación tan coral, en la que se implica la ciudad entera, como el Año nuevo napolitano. Todos están de fiesta, incluso los «problematizados» y los parados. Se lanzan fuegos artificiales y petardos, dando pruebas de aprecio por los propios y por los ajenos: no hay competencia, hay admiración porque la fiesta es de todos. Me extiendo en esta descripción porque saber hacer fiesta es un índice de equilibrio y una condición de felicidad. Los aguafiestas, los «tristones» racionalistas, esos que no saben festejar, luego acaban necesitando un psicólogo.

En todo el mundo, en todos los tiempos, la fiesta tiene un carácter profundo, religioso: es la suspensión de las actividades cotidianas, la reflexión sobre el sentido de la vida y la liberación de las ansias del pasado. En Nápoles, el producto interior bruto estará también en caída, pero el «producto interior neto» (una definición mía muy opinable) es por supuesto elevado.

Mi búsqueda de la felicidad progresaba por etapas. Y llega la etapa de Inglaterra. Como tantos chicos italianos a los dieciséis años pasé dos meses en Londres para practicar mi inglés. Me alojaba con una divertida familia inglesa a la que recuerdo con cariño, y allí conocí a un chico suizo huésped de otra familia amiga. Era un año mayor que yo y estábamos los dos poseídos por una gran idea: dar la vuelta a Inglaterra en autostop. Afortunadamente mis padres estaban lejos y las comunicaciones se hacían por carta, así fue fácil superar su blanda oposición. Cogimos nuestras mochilas, sacos de dormir, el mapa de los albergues de juventud... ¡y en marcha!

Como todos los principiantes, tuvimos mucha suerte al principio: nos recogió una camioneta conducida por un inglés simpático y gordito, a quien no importó colorear con nuestra presencia un viaje gris de Londres a York. No sé qué le conté, pero se divirtió mucho, porque de vez en cuando, agitando el puño en señal de entusiasmo, gritaba: «¡Italiano!». Nos ofreció un té en uno de los pueblos del camino. Mi amigo suizo era un apasionado de las catedrales góticas y en York fuimos ampliamente satisfechos. Nos preparábamos nosotros la comida en el albergue; yo, napolitano, aprendí por supuesto a hacer *porridge*. Y nos gustaba: esa especie de pasta gris se convertía en comestible e incluso apetecible si se le añadía azúcar y leche caliente...

Pasamos después por Edimburgo, donde mi amigo adquirió un folleto con el texto y la música de *Scotland the Brave*, el más conocido himno escocés, que habíamos oído tocar a una banda de recias muchachas en atuendo local y gaitas. En la espera del alma caritativa que nos quisiese acoger en su coche, lo cantábamos junto al himno nacional italiano y al suizo. Un día que estábamos esperando para un trayecto más largo de lo acostumbrado, nos exhibimos también en un *Funiculì funiculà*, con diversas variaciones, llegando a conmover a una anciana señora que nos rogó que aceptásemos un té en su

casa.

Viajando conocimos muchos aspectos de la vida en la Gran Bretaña de 1958. Llegamos hasta Aberdeen y luego bajamos a Glasgow, pasando por el Lago Ness, sin que el famoso monstruo del lago saliese del agua. Ciertamente el ente de turismo inglés, mostraba ser más astuto que el italiano, valorizando con aquella leyenda del monstruo un lago que de otro modo no tenía nada de especial. La vuelta fue rápida, porque mi amigo debía estar en casa a fin de agosto. Pasamos junto a Oxford sin detenernos, con cierto disgusto por mi parte. Entonces Inglaterra conservaba intacto su secular prestigio y Oxford representaba una mítica excelencia, más aún que ahora.

Había conocido a los ingleses y me gustaba de ellos el sentido del humor y el cuidado que ponían en conservar las tradiciones. Un hecho, sin embargo, me había chocado: también ellos, como los napolitanos, se preguntaban qué sentido tenía nuestra vida en la tierra. Era un tema que no salía en las conversaciones en la oficina o en la familia (donde, por principio, no se hablaba de política ni de religión), pero, por ejemplo, se discutía animadamente en los corrillos de Hyde Park: una tradición muy inglesa, por cierto, por la que cualquiera podía subirse a una banqueta y arengar a la gente. Allí no faltaban nunca encendidos debates sobre estos temas de fondo. En sustancia, me estaba dando cuenta de que todos, ya fuesen británicos o napolitanos, se planteaban aquellas cuestiones que yo había desechado como irresolubles.

Así fue como volví de Inglaterra con la actitud del explorador del alma humana y no solo del aventurero en tierras lejanas. Ese interés me llevó a decir sí cuando un amigo me propuso asistir, junto a otros estudiantes universitarios, a la meditación que daría un sacerdote. ¿Universitarios que escuchan a un sacerdote? ¿Qué tenía que decir un sacerdote a los estudiantes universitarios, una categoría que yo –entonces en el penúltimo año del liceo– admiraba en extremo? Aquella tarde, en realidad, el sacerdote no estaba, pero encontré un ambiente acogedor, un grupo de jóvenes que se parecían a los amigos que siempre había querido tener: alegres, estudiosos, señoriales y que, además, acababan de organizar un campamento junto al mar, en Acquafredda, lugar de mítica belleza. Nació así una simpática relación con ellos, que se extendió después también al famoso sacerdote: este en particular no correspondía a la idea que yo tenía entonces de un cura, porque era un verdadero intelectual, dinámico y cordial. Poco a poco fui conociendo a estas personas que consideraban la fe en Dios no como el punto de llegada de una búsqueda de varios años, sino como un punto de partida: una fe que daba sentido y empuje a sus vidas, a su alegría y a su profesionalidad.

Pasé aquel verano en el mar en Calabria y luego en los Dolomitas, donde encontré buenos amigos con los que hacía largas excursiones e íbamos a bailar por las tardes. Entre tanto, sin embargo, comenzaba a madurar en mí el deseo de un amor serio. Ciertamente estaba cambiando. Hasta entonces, mi modelo de vida era un primo, diecisiete años mayor que yo, deportista, alto, guapo, un gran señor que hacía volver la cabeza a todas las mujeres que encontraba. Mi ideal –y me parecía un ideal honesto– era ir en un Spider (un MG verde), con la bolsa de tenis atrás y una chica rubia a mi lado. Un

sueño siempre por realizar y nunca realizado. No veía en ello nada malo, porque pensaba respetar el único valor sagrado que me habían inculcado: el estudio.

En cambio ahora estas aspiraciones me parecían superficiales. Qué hermoso sería vivir una verdadera comunión de intenciones con una muchacha a la que mirar a los ojos, compartir con ella los horizontes de vida, abrirle el propio corazón sin secretos... Así continuaba, consciente o inconscientemente, mi búsqueda de la felicidad.

Y la chica apareció. Al comenzar el último año del liceo, me invitaron a un baile en casa de una estudiante que había conocido, algunos años antes, en el círculo del tenis. Rubia, con el cabello en cola de caballo, como estaba de moda, y con una mirada intensa. Quedé muy impresionado por ella, también porque junto a su hermana, bailó aquella tarde un número de charlestón: el mismo charlestón del que mi hermana me había enseñado los pasos fundamentales y que aún sé bailar, aunque con riesgo de infarto. Aquel charlestón me hizo su esclavo.

Ella asistía a mi misma escuela, el glorioso liceo Sannazaro, y me pasaba la mañana a ritmo de carrera, acuciado por el constante retraso, achuchado por la inexorable campanilla de la escuela. Nuestros compañeros nos tomaban el pelo, porque yo tengo las piernas largas mientras ella era de pequeña estatura, y me decían que yo era cruel al someterla a aquellas marchas forzadas. En realidad ella era una gimnasta y no se quedaba para nada atrás, era solo que nuestros pasos tenían distinta zancada.

Vino por tanto el momento del sí y de los largos paseos juntos. Salir con ella, aun lloviendo, era para mí el colmo de la felicidad más alta que se pudiese alcanzar. Ella llevaba un impermeable rojo. No he olvidado aquel impermeable de nylon Rhodiatoce. Su padre dirigía la fábrica en la periferia de Nápoles. Durante *Carosello* (el espacio que el único canal de la Rai dedicaba entonces a la publicidad) había un personaje –Caio Gregorio– que defendía la calidad de aquel nylon. Cuando lo veía pensaba en ella. Esta vez era yo quien hablaba de matrimonio, de muchos hijos, y luego de arte, de filosofía, con la ingenuidad y la seguridad de mis dieciocho años.

Los dieciochoañeros. Despiertan mi simpatía los dieciochoañeros. Es la edad de la vida en que la nave sale del puerto y tiene ante sí la inmensidad del mar. Cualquier consejo que perfeccione la ruta es útil. En el fondo se está algo verde, pero ya maduro. En la mirada brilla toda la belleza de la espera de una vida. Cuando veo a un dieciochoañero, querría darle todo el bagaje de mis experiencias y charlar con él todo el tiempo necesario.

En aquel momento el dieciochoañero era yo y sentía todo el afán y el valor de surcar el mar. Luego se dio todo un conjunto de circunstancias convergentes: por Pascua los míos se fueron a Calabria, yo en cambio quise y obtuve quedarme en la residencia universitaria donde había conocido a aquellos jóvenes que se tomaban en serio la vida cristiana. Mi objetivo era estar cerca de ella, pues vivía en el último piso del mismo edificio. Dimos muchos paseos, pero en aquel periodo tuve también ocasión de estar más tiempo con mis amigos estudiantes, que tenían un buen humor y una alegría imparables. Nunca me había reído tanto. Junto a ellos participé por primera vez en los oficios de semana santa de un modo recogido y consciente. A cincuenta años de distancia recuerdo

la profunda impresión que me produjeron aquellos momentos empapados de fe. Poco a poco fui también consolidando las bases filosóficas que me permitían ver los contenidos de la fe como algo creíble.

Otra pieza la puso mi profesor de italiano, el mítico profesor Lanza, famoso porque no toleraba oropeles literarios y enseñaba a escribir las redacciones con frases breves, ricas de contenido, sin adjetivos o interjecciones inútiles. Incluso el libro de literatura italiana acababa subrayado, siguiendo sus indicaciones, en las frases esenciales, y no era necesario leer otra cosa. No conocíamos su orientación política ni cuáles fuesen sus opiniones en materia de religión.

Aquel personaje tan hermético, que no pronunciaba una palabra de más, nos habló un día de san Agustín, definiéndolo como «uno de esos genios que produce la humanidad cada tres o cuatro siglos». Despertó mi curiosidad. Además, durante aquellas vacaciones de Pascua en la residencia universitaria, coincidió que estuviese allí un soldado de permiso, dotado de una prodigiosa memoria, que citaba precisamente a san Agustín, con largas frases en latín llenas de interés.

En resumen, mi «encuentro» con el gran padre de la Iglesia surgió tras haber madurado. Mientras viajaba a Calabria en un tren atestado, sentado en mi maleta, leía las *Confesiones*. San Agustín hablaba con Dios de corazón a corazón, con un arrepentimiento sincero por sus propios pecados, con profunda inteligencia y amor apasionado. El tiempo, el espacio, la belleza, la intimidad: todo confluía en aquella prosa que llegaba al culmen en el relato de la conversión. Me conmovía la sinceridad con la que el gran filósofo y teólogo cristiano admitía que el verdadero obstáculo, para dar el paso final, no fue una duda de la razón sino la resistencia de las pasiones. «Y luego no podré hacer esto y esto otro... ¡Dios mío. Y qué eran esto y esto otro!», decía. Cosa bien distinta de mis prejuicios de adolescente sabiondo. Jesús era capaz de fascinar a lo mejor de la humanidad.

Después de agosto asistí a una convivencia de estudiantes en el lago de Como, organizada por estos amigos míos a los que tanto estimaba. Me encargaron del mantenimiento de las barcas, y para mí esto significaba estar como un ratón en el queso. Navegar siempre me ha gustado y el lago de Como era de una belleza sorprendente, tan distinta de la mediterránea: árboles centenarios, tanto verde, bellísimas «villas» que asomaban al lago, cada una con su embarcadero. Me lancé a la empresa de atravesarlo a nado de una orilla a la otra. En suma, estaba en mi elemento.

Las actividades culturales trataban los prometedores temas de una Europa en vías de unificación, pero durante aquella estancia de dos semanas también había actividades espirituales, dejadas a la libre iniciativa de los participantes. Así que ya no me perdía nunca la Santa Misa diaria, precedida a veces de una meditación predicada. Un simpático ingeniero me habló entonces de la posibilidad de vivir el cristianismo siendo célibe, como Jesús. La propuesta no me resultaba nueva porque algunos de estos amigos míos jóvenes habían elegido eso. Le agradecí la invitación, pero no me parecía que fuera ese mi camino. Hasta que una mañana, la meditación trató de la parábola del buen samaritano.

Ya me había convertido por entonces en un amigo y lector del Evangelio, y conocía bien aquella parábola. Ante el desgraciado herido pasan antes un sacerdote y luego un viajero de la tribu sacerdotal de Leví: dos personas que conocían bien los mandamientos y las sagradas escrituras; pero ninguno de estos se detiene. Probablemente tenían otras cosas buenas que hacer, asuntos urgentes, y no les pareció oportuno emplear su tiempo en socorrer a aquel pobrecito. Pero pasó un samaritano, una persona despreciada por los hebreos, un habitante de un país donde los mismos hebreos se habían mezclado con pueblos de otra procedencia y, lo más grave, habían contaminado sus cultos. El samaritano tiene corazón y se para. Y no solo tiene corazón, sino que sabe actuar: cura las heridas de aquel hombre, lo lleva a la posada y deja dinero para los gastos. Y si no bastase, pensando podrían darse ulteriores gastos imprevistos, promete volver para pagarlos. Precisamente aquel de quien no se esperaba nada bueno sabe conmoverse y asistir al prójimo de modo eficaz. Esta parábola de Jesús, de hecho, respondía a la pregunta sobre quién era el «prójimo» y estaba bien claro para quien quisiera entenderla.

En aquel momento, dentro de mí se rompió algo, como una gruesa cuerda tensa que cede inesperadamente. Surgió una oleada de amor que me empujaba a darme del todo. Quizá mi relación con Dios era todavía débil, pero yo le decía en todo caso que sí: «¡Aquí estoy porque me has llamado!», como responde Samuel en el Antiguo Testamento (*1 Sam 3, 6*). Traté de razonar con la cabeza fría y me puse a pasear a lo largo de los caminos de la «villa»; pero cuanto más lo pensaba, más crecía aquella oleada. Sí, sí, sí. Con inesperada seguridad.

¿Por qué cuento todo esto? Porque encontré la felicidad en el momento en que me entregué. Estaba lleno de alegría, aunque el pensamiento de decirle adiós a mi «ella» me hiciera sufrir. Sufrimiento sí, pero sin ninguna vacilación. Han pasado más de cincuenta años y tengo ganas de cantar como el primer día en que tomé aquella decisión.

Los santos suelen pasar por la prueba de una «noche oscura», un tiempo en el que no oyen ya la voz de Dios. Por lo que a mí respecta, el Señor ha continuado tratándome como hijo mimado, tal como lo fui en mi familia. Ha permitido que conociese el cansancio y el agotamiento, pero nunca el silencio de Dios. Llevo corriendo tantos años, pero no advierto el jadeo ni la falta de un sentido para lo que hago. Más bien experimento optimismo y tengo esperanza porque, aunque algunas cosas parezcan ir mal, estoy seguro de que «la Providencia provee» y que en el corazón de cada persona arden las brasas de la bondad.

Me sentía atraído por la infancia espiritual, la que describe tan bien santa Teresita del Niño Jesús. Una confianza en Dios llena de amor, como la que tiene un niño pequeño. Por otra parte había descubierto que los Evangelios eran el único texto clásico de la historia de la humanidad donde los niños no solo eran acogidos, sino que eran puestos como ejemplo. Jesús mismo lo repite y, cuando los apóstoles tardan en comprender, toma a un niño, lo pone en medio y afirma que es preciso hacerse como él. Es necesario nacer de nuevo –dice Jesús a Nicodemo– ¿y cómo se renace sino siendo niño?

Tengo en la imaginación esos iconos orientales que representan a Jesús niño abrazado

a su Madre, la mejilla apoyada en la mejilla y los labios de la Virgen, y el bracito que rodea su cuello: esa no es solo la imagen de Jesús niño, es la imagen de cada uno de nosotros que se abraza a María. Cuanto más pequeño se es, mejor. A los niños se les hace la vida fácil. Aunque haya problemas en casa, a ellos se les sonríe siempre.

Los cristianos son fuertes porque confían en Dios. Cualquier otra confianza es engañosa. Solo así se puede vivir, con la fuerza del amor, permaneciendo –y esto me gustaba tanto– en su propio lugar en la sociedad. Entonces tenía que entrar en la escuela de ingenieros y no veía la hora de comenzar a estudiar para graduarme y servir a través de mi profesión. Los estudios y los nuevos amigos que tendría entre los compañeros serían mi camino para vivir como Jesús. Esta es la cuestión, «como Jesús».

La visión del mundo y de la vida, en la que pensaba dudoso recorriendo las carreteras de Gran Bretaña, se volvía ahora clara: vivir sin apoyarse en Dios es como intentar clavar los clavos por la cabeza. Los clavos se clavan por la punta, y Dios está en el primer puesto en la vida. Es así de sencillo. Somos criaturas y es lógico que dependamos de nuestro Creador. En Occidente, y durante un breve lapso de tiempo –algún siglo– esta obvia verdad se ha puesto en duda. Pero siempre y en todas partes el hombre ha sabido que depende de Dios, y le ha dado culto de un modo u otro. Solo el ser humano que se reduce a ser un animal deja de comprender esto. No se puede tampoco dejar a Dios un rinconcito dominical o una esporádica devoción. Todo está en sus manos.

Me agradaba esta perspectiva que no llevaba a alejarse de la vida cotidiana; más aún era lo que había que abrazar *in primis*: el conjunto de los afectos, las pasiones, el arte, la música, el trabajo, el servicio... Todo, todo había que vivirlo con Jesús y por Jesús. Lo divino se había hecho familiar, lo divino con rostro humano. No un Dios escondido al que ofrecer sacrificios, sino el Dios *friendly* que nos llama «amigos». Solo los cristianos tienen este regalo. Un Dios que deja los cielos, que echa a un lado el papel del juez y del controlador y viene a lavarnos los pies, nos da de comer... Qué claro y sereno era todo. Cada cosa en su sitio. El mal, las enfermedades, las penurias, las guerras continuaban existiendo, pero teníamos su explicación. El hombre se había rebelado contra Dios y continuaba rebelándose: la consecuencia era la muerte y su triste séquito de dolor. Jesús, en cambio, había recorrido en camino inverso. Había adoptado otra lógica, la de la humildad y el servicio.

«Servicio», una palabra antes despreciada que se convertía ahora para mí en una senda luminosa. Darse al servicio de los demás, como Jesús. Era el camino de la vida, de la felicidad, para mí y para los demás. No la alegría de la buena salud, sino el gozo del que ama. No estaba dejando el amor, estaba escogiéndolo. Si renunciaba al matrimonio, era por amor y para que tantos otros pudieran vivirlo felizmente. Se trataba de recorrer un camino de fecundidad. Y lo bonito es que lo que intuía entonces se ha demostrado cierto en la prueba de cincuenta años. Ha pasado más de medio siglo desde aquel momento, y todo está cada vez más claro.

En mi estilo de vida, he adoptado algunas prácticas que se han convertido para mí como el alimento constante de un niño. La lectura de los Evangelios –pocos minutos al día– actualizaba la vida de Jesús; la Santa Misa me hacía vivir el regalo que me hacía

Jesús de su vida; la oración mental era el recogimiento de un tiempo dedicado todo a Él, para que el ajetreo de la jornada se convirtiese en una actividad realizada en su presencia; el rosario era un momento de intimidad con la Madre; la confesión semanal un renovado abrazo con Dios. Cada mañana me levantaba y decía: «*Serviam!*», te serviré –como dice el arcángel Miguel– mientras que al terminar la jornada recitaba un acto de contrición y de amor. La lectura de libros escritos por santos y el estudio de la teología era luego como la leña para encender un buen fuego interior. Y todo eso repartido entre tantas cosas que hacer.

Nunca me habría imaginado que aquel chaval despreocupado que era yo a los trece años trabajaría tanto, con el deseo de trabajar cada vez más, para hacer amable a los demás el trato con Jesús.

Por lo demás, ¿quién tenía una propuesta mejor? En los años setenta circulaba el cuento del «todo es político»; en los ochenta, el hedonismo reaganiano; en los noventa, la incertidumbre de la recesión y a partir del dos mil, el horizonte oscuro del capitalismo encasquillado. Nadie daba esperanza, nadie daba certezas. Solo Jesús: «No os preocupéis», nos dice textualmente en el Evangelio. No es la intimación napolitana: «*Signurì nun v'affannate*». Es más bien la sabiduría de quien considera que «la Providencia» sabe hacer su oficio, que «la Providencia provee». Por eso, adelante, sin cansarse, a sembrar en el corazón de los jóvenes. Los corazones son siempre jóvenes, porque siempre son capaces de latir por amor. Este, por tanto, era el secreto de la felicidad, este es el punto de llegada de la larga búsqueda.

Es claro entonces que transmitir amor no es un horizonte intimista, como algunos pudieran pensar, sino que mira a la entera sociedad: si la sociedad estuviese compuesta por personas que ponen al Creador en el primer lugar de sus vidas, todos saldríamos beneficiados. Lo que hoy nos hace sufrir es precisamente la sensación de que políticos, *managers*, comunicadores tangan solo en mente sus intereses personales. Nunca se conseguirá el Paraíso en la tierra, y sin embargo, la historia cristiana europea, con todos los errores y los horrores, ha dado vida a una civilización que es punto de referencia para todos.

Naturalmente es claro también que la elección del celibato es para pocos, pero por otra parte el camino del matrimonio no es menos arduo. Recorrerlo significa abandonarse a la Providencia con igual fe o mayor que los que se dedican completamente a Dios. La vocación cristiana es igual para todos, pero se adapta a cada uno según sus circunstancias: casado o célibe, sano o enfermo, y tantas otras...

Entonces, ¿ya se ha acabado este libro? ¿Hemos llegado al fin de nuestro viaje? Me parece que no, porque la vida es larga, y hay muchos modos de perder el camino. Hay ilusiones, desalientos, debilidades. De esto querría hablar ahora, porque ya imagino a quien considera esta propuesta de vida como inconsciente. Y no lo es. Inconsciente es más bien la tenacidad, digna de mejor causa, que podemos poner en perseguir objetivos vacíos enmascarados, dejando de lado lo que vale verdaderamente. También cuando ya pasó la juventud. Pero nunca es demasiado tarde. Los trabajadores de la última hora, nos

dice Jesús, recibieron lo mismo que los que trabajaron toda la jornada. Esta parábola le gustaba también a mi amigo Indro Montanelli y, como todas las parábolas de Jesús, es profundamente verdadera.

Me agrada pensar aquí en san Agustín. ¿Quién podía pensar que un hombre así, con un hijo natural, tenido con una mujer, despedida luego sin muchos miramientos; uno que pensaba casarse con una jovencita para hacer carrera; en suma, quién habría dicho que aquel «bueno para nada» se convertiría en un padre y doctor de la Iglesia, un verdadero y propio guía de la fe?

La vida es así: nunca es demasiado tarde ni demasiado pronto para responder a la llamada de Dios.

## IV

### EL CAMINO DE LA FELICIDAD

Si miro hacia atrás en mi vida, veo que los momentos de más intensa felicidad han sido los «momentos del corazón».

Recuerdo, por ejemplo, cuando los de mi familia jugaban conmigo de pequeño. Tengo en la memoria las ocasiones en que de joven volvía a ver con alegría a mis padres después de un periodo de ausencia, o cuando iba a Calabria, al pueblo de mi padre, y reencontraba a los tíos y parientes, todos cariñosísimos conmigo. Recuerdo cuando me declaré a la chica de mis dieciocho años, y ella dijo que sí: en aquel momento su mirada me pareció intensa y profunda como un torbellino. Recuerdo también cómo se me ensanchó el corazón cuando respondí que sí a la llamada de Dios, para dedicarme totalmente a su servicio. Había sufrimiento por romper el noviazgo, pero el corazón cantaba entonces de alegría. Siempre me ha impresionado el salmo que dice: «Mi fuerza y mi canto es el Señor». Es el deseo de cantar cuando se está enamorado. Recuerdo los encuentros con san Josemaría, llenos de risas y conmociones. Y los que he tenido con los antiguos compañeros de colegio después de tantos años, o la emoción de volver a ver a una persona con la que hay un verdadero entendimiento.

No es casualidad que permanezcan en nuestra memoria estos «momentos de corazón», son los picos de una alegría profunda. La memoria, en efecto, es una gran seleccionadora y no hace otra cosa que mostrarnos lo que efectivamente cuenta en la vida.

¿Qué es lo que aún nos distrae, haciéndonos perseguir sueños, quimeras que luego se revelan ilusorias?

Bien pensado, estamos condicionados por el modo común de ver las cosas mucho más de lo que creemos: la televisión, la *web*, la radio, los periódicos nos orientan. Nos equivocamos al pensar que estos medios son «ventanas» abiertas a la realidad, mientras que representan solo el escenario que nos quiere presentar quien los gestiona. No solo nos filtran las noticias según un criterio que no es el nuestro, sino sobre todo, nos viene propuesto como deseable lo que no merece nuestra atención ni es nuestro deseo. Ya he presentado antes un elenco de algunas de estas felicidades ilusorias. Pues bien, ¿quién y qué nos engaña?

Se podría responder, simplemente, que es el demonio, el gran engañador. Pero, dejando aparte los primeros principios, bastaría mirar a la historia de occidente de los

últimos siglos. Me refiero a la historia occidental porque en oriente es grande la estima de que goza nuestra cultura, que es absorbida e imitada en todo y para todo. Puede también ocurrir, como me ha sucedido a mí, que un chino culto venga a Europa y diga: «Estoy estupefacto. Admiramos mucho vuestra cultura, llegamos aquí a occidente y nos encontramos con que la estáis tirando a la basura».

A propósito de historia, me ha impresionado observar que Benito de Nursia naciera cuatro años después de que fuese depuesto el último emperador romano de occidente. En efecto, Benito nació en el 480 y Rómulo Augústulo fue depuesto en el 476. En el caos que siguió a la caída del Imperio romano, los monasterios de san Benito fueron verdaderas «islas» que emergían en el mar del desorden. En aquellos lugares se rezaba y se trabajaba, y el trabajo era también un modo de continuar la oración. De allí floreció el orden civil, la mejora de la agricultura, la técnica, la farmacia y la medicina, la recuperación de los manuscritos antiguos, testimonios de la cultura grecorromana y judeocristiana. En aquellas «islas» eran educados reyes y gobernantes. Así nace entonces una Europa culta, promotora de las artes –pintura, escultura, arquitectura, música, teatro– en la que se podía circular sin pasaporte. Ciertamente los gérmenes del desorden continuaban provocando guerras. La tradición feudal, que no es de origen cristiano, distinguía entre nobles y siervos de la gleba. Y además, no todos los cristianos eran hombres ejemplares. Pero es cosa de preguntarse cómo habría acabado Europa sin el cristianismo.

Saltando a través de los siglos –el florecimiento de la cultura medieval, el Renacimiento, la Reforma protestante, la Revolución francesa– llega el momento en que, sobre el terreno de la cultura cristiana, nacen modos de pensar que reivindican la autonomía de la razón frente a Dios. Un Dios visto más bien como el relojero lejano que ha construido el mundo y lo deja marchar por su cuenta. Poco a poco esta autonomía tiende a hacerse absoluta y surge así una forma de ateísmo que la humanidad no había conocido hasta entonces. Estamos al final del s. XIX cuando gran parte de los intelectuales están convencidos de que muy pronto la razón lo explicará todo, desde el origen del mundo al sentido de la vida. Y piensan que ya no necesitan a Dios.

También en los teatros domina una idea mágica: el progreso. El ballet *Excelsior*, popularísimo en Italia y en Europa, simboliza la afirmación de la razón contra el oscurantismo que intenta oprimirla: un bailarín negro, que representa el oscurantismo, trata en vano de obstaculizar a la bailarina blanca, que es figura de la luz del intelecto. El ballet termina con una apoteosis sobre la que se alza un rótulo luminoso: «Progreso». En aquella misma época Giosuè Carducci ensalza al tren, símbolo de una gran conquista de la humanidad. Parece que el género humano esté en el umbral de un periodo de prosperidad sin fin.

El XX será por el contrario el siglo más atroz de la historia de la humanidad y verá todas las consecuencias de esta ilusión, registrando guerras y tragedias nunca vistas. No solo se autodestruye Europa en dos guerras devastadoras, sino que se suceden masacres y exterminios masivos, como en Camboya, donde Pol Pot, que ha estudiado en París y se ha empapado de las ideas de la Revolución francesa y de Jean-Paul Sartre, elimina a un

tercio de la población de su país. Hoy los montones de calaveras son un macabra atracción turística.

Marxismo, capitalismo salvaje, fascismo, nazismo. Son todos hijos de la ilusión de autosuficiencia, de poder crear el Paraíso en la tierra. Una ilusión que pervive y que transforma cada deseo en un derecho.

Entre tanto el ateísmo, que se enraizaba solo en algunos ambientes intelectuales, se ha convertido en una filosofía práctica de masa: hoy la población que otrora era cristiana vive como si Dios no existiese. Adiós al matrimonio con el divorcio, adiós al hijo no deseado con el aborto, adiós al anciano sufriente con la eutanasia: un ejército de muerte parece victorioso, pero deja tras de sí la infelicidad más negra. Y los medios de comunicación difunden esta epidemia de egoísmo y superficialidad. La misma crisis económica actual de occidente nace de la exasperación de la avaricia: la especulación financiera que lleva al *crac* es el equivalente económico del hundimiento en los otros aspectos de la vida.

Me doy cuenta que se trata de argumentos merecedores de análisis más profundos pero viene bien un poco de síntesis para dar luz sobre lo que nos está ocurriendo. No se trata de verlo todo negro, pero es necesario darse cuenta de que el rey va desnudo y que aquella promesa de felicidad en el progreso del hombre es un engaño. Por tanto, es necesario recomenzar, pero ¿desde dónde?

Desde el corazón, es la respuesta. *Ve donde el corazón te lleve* es el título de una bella novela de Susanna Tamaro. ¿Y adónde lleva el corazón? Por «corazón» (*cuore*) no entiendo por cierto la palabra que, en una acepción superficial, rima en San Remo con «amor» (*amore*). Por «corazón» entiendo más bien el centro de la personalidad de cada uno. ¿Qué quiero de verdad de la vida? ¿Por qué existo? ¿Cuándo me sentiré satisfecho y podré decir: «¡esto es vida!»? Una vez un amigo mío condujo un Ferrari a toda velocidad y gritó: «¡Esto es vida!». También yo, cuando voy en canoa sobre un mar transparente y veo los colores centelleantes del fondo, me siento inclinado a gritar: «¡Esto es vida!». Pero está claro que se trata de un entusiasmo superficial. ¿Cuándo me realizo de verdad? Bueno, pues también lo digo con cierto pudor porque preveo alguna incomprensión, yo me siento realizado cuando amo, cuando doy mi vida a los demás, cuando veo la realidad que me rodea como el encargo concreto que debo atender.

Dicha así, es una afirmación un poco fuerte y un poquito teórica. También porque, para comenzar, ¿quiénes son los demás? ¿Y en qué modo se les ama? Aquí tenemos un arte poco practicado, pero que podría traer tantos beneficios: el arte de saber querer.

He conocido a una persona que era un «especialista» en este arte y que ha sido canonizado: san Josemaría Escrivá. Podría decir mucho de él, pero aquí me interesa subrayar sobre todo un aspecto fundamental: san Josemaría seguía a Jesús, se inspiraba en Jesús, leía la vida de Jesús, trataba de tener los mismos sentimientos que Jesús. ¿Y cómo lo hacía? Se dejaba ayudar por Él. También nosotros podemos valerlos de la ayuda de Jesús releyendo, en este caso, lo que el mismo Jesús respondió a la pregunta sobre quién es nuestro prójimo. Estamos de nuevo ante la famosa parábola del buen samaritano, de la que ya he hablado antes. Es una parábola clave porque refleja la

primera consecuencia de una correcta relación con Dios. Vale al pena reconsiderarla con mayor atención:

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que, después de despojarle y cubrirle de heridas, se marcharon, dejándolo apenas con vida. Bajaba por aquel camino un sacerdote que, viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, que pasaba por aquel sitio, lo vio y pasó de largo».

«Levita» era uno de la tribu de Leví, la tribu sacerdotal de Israel. Por eso el levita tendría que haber sentido más el deber de ser misericordioso, pero también el pasó de largo. Volvamos a la parábola:

«Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verle se llenó de compasión».

Como he dicho ya, el samaritano era para los hebreos una persona de la que no se esperaba nada bueno: habitaba en Samaría, una región en la que los hebreos se habían mezclado con los demás pueblos y habían adoptado sus usos y costumbres, empezando por la idolatría, un verdadero oprobio para los judíos.

«Se acercó, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, lo condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente, tomando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: “Cuida de él y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta”. ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él le contestó: “El que tuvo misericordia de él”. Y Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”» (*Lc 10, 30-37*).

Jesús es un gran comunicador, se nota en los detalles. Bastaba que dijese: «Pasó un samaritano y se hizo cargo del herido», y ya se hubiese percibido en esas palabras un cierto contraste. Los dos, el sacerdote y el levita, de los que se esperaba una actitud misericordiosa y noble, no hacen nada. El samaritano, por el contrario, de quien no se espera nada bueno, demuestra misericordia. De este detalle se desprende un gran mensaje, un mensaje conmovedor que me ha tocado de cerca: de mí mismo, que como el samaritano no prometía nada bueno, el Señor ha obtenido un hombre a su servicio, un cristiano que intenta serlo de verdad.

Pero Jesús no es un pintor impresionista, no olvida los detalles, que siempre son significativos. El samaritano se acerca, entra en el mundo del desgraciado. Y eso ya es mucho. Los otros dos no serían hombres malos, pero tendrían que hacer otras cosas «buenas». No podían perder tiempo con el que se había visto envuelto en aquel incidente, uno de tantos como suceden. Ambos ven una escena de telediario y se quedan en su propio mundo, impermeables. En cambio es precioso entrar en el mundo de otro. Es propio de Dios entrar en nuestro mundo personal, como un padre. Y es propio de los cristianos saber comprender a los demás, aventurarse en el territorio del alma de otro.

Pues el samaritano se acerca y vena las heridas del desgraciado, echando en ellas aceite y vino. ¡Qué sabor de antiguo y eterno tienen estas dos sustancias! Aceite y vino. Productos mediterráneos que retienen el sabor de lo que siempre ha sido y siempre será. Productos primitivos que, con el pan, simbolizan nuestra subsistencia y que Jesús adopta como símbolo de su amor.

En este caso, sin embargo, son los apropiados: el vino para desinfectar y el aceite para calmar el dolor.

Luego, el samaritano monta al herido en su propia cabalgadura, se hace cargo de él. Entonces ¿es que no tenía nada que hacer el samaritano? ¿Quizá estaba merodeando por allí para ver si los ladrones habían hecho alguna de las suyas? No parece que sea así: se estaba ciertamente dirigiendo con su cabalgadura (un asno o un caballo) a cualquier parte, pero ante aquel hombre en dificultades sabe «perder el tiempo»: incluso, ese tiempo, que es el tesoro más precioso, sabe invertirlo en lo que verdaderamente vale la pena.

El samaritano, en definitiva, sabe querer. Lleva al herido al mesón, lo cuida, pasa la noche a su lado y solo al día siguiente reemprende el camino que ha interrumpido, pero antes demuestra que sabe hacer el bien hasta el final. Toma dinero y se lo da al mesonero: puede suceder que no sea suficiente, y entonces se compromete a pagarle lo que sea necesario.

Espíritu práctico, inteligencia pronta. A través de estos detalles Jesús me enseña de manera incisiva que no basta tener buen corazón: esto es esencial, pero es necesario también saber hacer el bien, estar despierto y afrontar las consecuencias de nuestras buenas acciones.

¡Qué gran río de bienes han brotado de esta parábola! ¿Quién ha fundado el primer hospital donde los enfermos no eran simplemente recogidos sino verdaderamente curados? ¿Quizá los romanos? ¿Atila o Barbarroja y los suyos? ¿Voltaire? ¿Hegel? ¿Nietzsche? Ninguno de estos. Han sido los santos. ¿Quién dijo que en el hospital hay que tratar a los enfermos como a parientes a los que se quiere? Lo decía san Camilo de Lellis en el siglo xv y luego san Vicente de Paúl, y después san José Moscati, y todavía después la Madre Teresa de Calcuta y tantos otros... No es casualidad que, incluso hoy, los *jeques* cargados de petrodólares quieran monjas católicas para cuidar a sus enfermos. Se podría continuar aún, pero tardaríamos demasiado en acabar.

Jesús nos ha enseñado que el prójimo no es solo una persona a la que estamos ligados por algún vínculo, sino que es toda persona, comenzando por la que está más cerca de nosotros. Esta es una primera explicación de lo que significa querer, una explicación que señala el camino de la felicidad y también el punto de partida para un renacer en occidente.

## V

### OTRAS PERSONAS FELICES

Un hombre feliz al que todos hemos conocido era Juan Pablo II. Karol Wojtyla no ha sido solo un papa, un obispo, un sacerdote ejemplar. Era antes que nada un hombre ejemplar; en él vibraban todas las cuerdas de la humanidad. Sediento de verdad, poeta, filósofo, teólogo, deportista, aficionado a la canoa y la montaña (cómo no recordarlo mientras saboreaba el aire de las cimas nevadas con la sonrisa de quien da gracias a Dios), estimador del genio femenino, capaz de estar con los jóvenes y con millones de personas sin el mínimo embarazo, cultivador del teatro y de la palabra pronunciada con participación de todos: Karol Wojtyla ha robado el corazón de sus contemporáneos.

Su «secreto» se reveló en uno de sus últimos libros: *¡Levantaos, vamos!*

Allí, entre otras cosas, explicando cómo entiende el ministerio del buen obispo, confiesa su propia constante costumbre de rezar por cualquier persona que encuentra. En las conversaciones con él, en efecto, cada uno se sentía afortunado por poderle hablar, mientras que por su parte, el más contento parecía él, feliz de poder acercar otra alma a Dios con su afecto.

Cuando Wojtyla fue elegido papa me encontraba en Milán. Me quedé perplejo, como los demás, cuando oímos nombrar: «¡uotiu!». Un amigo mío milanés entró un momento en la habitación y exclamó: «¡Tenemos un papa negro! ¡Óptimo!» y se volvió a trabajar. Después vinieron las primeras apariciones televisivas: apareció un papa ágil con la sotana blanca que le caía tan bien que parecía el albornoz de un atleta. Y luego la famosa frase: «¡No tengáis miedo!». Hasta entonces se tenía la impresión de que la Iglesia del posconcilio estaba asediada por fuerzas que la querían conducir quién sabe donde. Y en cambio, de golpe, el sitiado decía a los sitiadores que no tuviesen miedo. Parecía que la Iglesia estuviera asustada por las tempestades que la rodeaban y en cambio, como quien calma las aguas, el papa invitaba a los demás a no asustarse de Jesús sino abrirle las puertas.

Para quien los ha vivido, aquellos momentos resultan inolvidables. Tuvimos la sensación precisa de que la Historia, con mayúscula, estuviera dando un vuelco, y eso era en verdad lo que estaba sucediendo.

Un año después de su elección tuve el primer encuentro personal con Wojtyla en Castel Gandolfo. Llevaba conmigo un grupo de jóvenes y los jefes de grupo tuvimos la

posibilidad de saludar personalmente al papa. Antes que yo, un niño lo acababa de abrazar. Cuando llegó mi turno, le dije: «Santidad, le pido abrazarle como este niño». Lo hice, y desde entonces ya no he buscado volver a hablar a solas con él: no quería distraerlo de sus obligaciones, me bastaba aquel abrazo. En cambio, después, tuve ocasión de verlo tantas otras veces, sobre todo con ocasión de los encuentros con universitarios durante la semana santa.

Cuento estas anécdotas porque añaden otra pincelada al cuadro de los recuerdos que todos tenemos de él. En 1979 tuvo el primer encuentro con cincuenta mil universitarios, procedentes de centros del Opus Dei de todo el mundo. Casi se hunde el Aula Nervi a causa del entusiasmo que aquellos muchachos demostraron por Juan Pablo II. El papa «se prestaba» a dejarse involucrar y casi provocaba la reacción de los estudiantes. Pronunció un discurso interrumpido por los aplausos. El primero se produjo cuando los invitó a recibir el sacramento de la confesión: el Santo Padre quedó sorprendido, grandemente sorprendido por el aplauso de los jóvenes al oír hablar de la confesión. Aquel era en efecto un periodo en que se ponían en discusión las prácticas religiosas más comunes, entre otras la confesión. El papa, apenas oyó el aplauso, dejó de hablar un momento y con su mímica les hizo comprender inequívocamente que le alegraba mucho que los estudiantes apreciaran la confesión; siguieron entonces más aplausos. Al final, el discurso, que se había escrito para que no durase más de diez minutos, duró media hora, tantos fueron los aplausos. Llegaron al máximo cuando Juan Pablo II concluyó con un pensamiento dirigido a la Santísima Virgen. Durante ese encuentro, el papa había estrechado una amistad permanente con aquellos cincuenta mil jóvenes.

Sucedió también que el siguiente domingo de Pascua, terminadas las ceremonias religiosas, los chicos se encontrasen, por un tácito acuerdo, en la Plaza de san Pedro, con la idea de felicitar al Santo Padre bajo su ventana. El jaleo era indescriptible. En cierto momento apareció un comisario de policía buscando al responsable de toda aquella confusión. Los estudiantes extranjeros fingieron no entender, pero lo remitieron a mí, que hacía cabeza en la delegación italiana. Me esperaba una reprimenda oficial, pero el comisario, más preocupado que yo, me dijo que el papa quería recibir a los jóvenes dentro del Vaticano. Cuando la oleada de los cincuenta mil se enteró de esto, se abatió sobre el *Portone* de bronce que se encuentra a la entrada de los palacios. Los guardias suizos intentaron controlar la riada y pidieron ayuda para que no se infiltrasen desconocidos. Los chicos y chicas devoraron velozmente los amplios escalones de cuatro en cuatro, y se encontraron en el patio interior, llamado de San Dámaso. Allí bajó el papa y estuvo en medio de nosotros que, improvisando una cadena humana, tratábamos de que no lo apretasen, aunque el nuestro fuese un intento ridículo. Había estudiantes filipinas que aprovechaban su pequeña estatura para pasar por debajo. Juan Pablo II no dio la menor señal de fastidio, sino que se divertía mucho interpellando a unos y otros.

Este encuentro en el patio de San Dámaso se repitió al año siguiente con una mejor organización. Los estudiantes alternaban representaciones, bailes y música con relatos de vida cristiana vivida. El Santo Padre intervenía y pedía que cantasen lo que le gustaba, sobre todo las sevillanas. Fue entonces cuando descubrimos que el papa se divertía

particularmente con el número de los payasos. Un estudiante catalán, junto a otro que le daba la réplica, inventaron en años sucesivos nuevos números que lo hicieron reír hasta las lágrimas. Esa es la imagen de Wojtyla que llevo en el corazón: el papa que ríe a gusto, como se ríe en familia cuando uno se divierte en un clima de afecto recíproco. Era un padre en medio de sus hijos, que lo querían todos con locura. ¿Qué duda podía haber sobre su santidad? Para nosotros ya era santo.

Los años que estuvimos con él pasaron volando. Cada vez que aparecía una novedad, se reconocía en ella la creatividad del Espíritu Santo. Tantas ideas, tantas aventuras. Todos los rincones de la tierra explorados, tantas manos estrechadas y tantos ojos bañados por las lágrimas de la emoción. Y su valentía. Hoy quizá se recuerda poco esto. Cuando surgió la amenaza de guerra en Iraq –que luego se materializaría, a pesar de todo– aquel papa anciano y cansado, con la mano enyesada, apuntó con el dedo diciendo: «¡No a la guerra!». No fue escuchado, las cosas sucedieron como ya sabemos y como él había previsto. Tanto sufrimiento para la pobre gente, tantos muertos y tanto dolor. El papa era bueno con todos, pero sabía decir que no cuando era necesario.

Y luego el valor de no esconder la propia enfermedad. Como una persona anciana no oculta a su familia sus debilidades, así mostró él al mundo sus temblores, sus decaimientos, el esfuerzo para hablar sin conseguirlo. Gracias, Santo Padre. Nos ha enseñado a vivir y a morir.

¿No es quizá esta la vida de un hombre feliz? ¿Qué buscaba? ¿Comodidades, riquezas, placeres? No, ha buscado servir, se ha entregado por completo. «Todo tuyo», *totus tuus*, como había dicho a la Virgen a la que tanto amaba.

Bien sabemos que la de Karol Wojtyla ha sido una vida fecunda y feliz. Creyentes y no creyentes han comprendido que la de Juan Pablo II era el camino, la verdad y la vida. Como Jesús.

No puedo hablar de un Papa tan querido como Juan Pablo II sin recordar que la Providencia ha seguido haciéndonos esplendidos regalos. Quien escribe de un modo tan maravilloso y profundo como el Papa Ratzinger es un hombre cercano a Dios, y por eso feliz. ¿Y no nos da cada día el Papa Francisco alguna receta para ser feliz? Mientras el mundo circundante parece huir en pavorosa desbandada, estos grandes pastores nos señalan el camino justo a la felicidad.

Otro hombre feliz al que he conocido personalmente es san Josemaría Escrivá. «Buscad un hombre de setenta años que os hable de amor como os hablo yo», dijo a un grupo de estudiantes que habían ido a verle. Y en efecto, la suya ha sido una vida de enamorado: un amor, de esos que no se olvidan en toda la vida, que comenzó a los dieciséis años al ver en la nieve las huellas de los pies descalzos de un fraile carmelita. «Se puede amar hasta este punto», pensó, y siguió las huellas en la nieve hasta encontrar al fraile. Pero la suya no era una vocación de fraile. San Josemaría comprendió que Dios quería todo su corazón, pero para abrir un camino distinto, el de la santidad en medio de la vida ordinaria. Para llevar a los cristianos al entusiasmo y a la fe de los primeros tiempos del cristianismo. Por eso se hizo sacerdote y, a la edad de veintiséis años, Dios

le hizo comprender que este era el encargo, el magnífico encargo, que le confiaba.

Cuando le conocí tenía cincuenta y nueve años y me impresionó enseguida su cariño. Conocerlo provocó en mí algunas revoluciones. Hasta entonces creía que ser cristiano significaba adherirse a un sistema de pensamiento, y no es así. De él aprendí que un cristiano es una persona que sabe querer. Fue una sorpresa. Él comenzaba por dar ejemplo: comprendía a las personas, se dedicaba a cada uno como si no tuviera otra cosa que hacer. Era en verdad un padre, y no es casualidad que los primeros que le siguieron lo llamasen así, «el Padre». Hacía notar que Jesús había dado un «distintivo» a sus seguidores : «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros» (Jn 13, 35). Los cristianos, por tanto, debían reconocerse por cómo se querían. No porque fuesen sobrios, castos, educados o cultos, sino porque sabían amar, como Jesús. Naturalmente la doctrina , el catecismo, la teología eran (y son) necesarios, incluso indispensables, pero como ayuda para amar mejor. Fue la primera revolución para mí.

Otra revolución para mí consistió en el modo de dirigirse a Dios. Antes creía que la actitud debía ser considerada y atenta, al modo de lo que prescribían los devocionarios decimonónicos, en los que se trataba a Dios de «Vos» y donde la oración se encuadraba en exclamaciones de súplica del tipo: «Oh, Vuestra clemencia...». San Josemaría, por el contrario, enseñaba a dirigirse a Dios como un niño pequeño acude a su padre. Por otra parte, si hay una idea que Jesús aclara en más de una ocasión, es precisamente que si no se es pequeño no se puede entrar en el reino de los cielos. Hijos, por tanto, e hijos pequeños. En su libro *Camino*, hay dos capítulos dedicados a la infancia espiritual, y allí puede leerse, entre otras cosas: «Sé pequeño, muy pequeño. –No tengas más que dos años de edad, tres a lo sumo» (n. 868).

La elección de semejante inmediatez y espontaneidad no supone rebajar la importancia de la lectura espiritual, de profundizar en el significado de la Santa Misa, del sacramento de la Confesión, del rezo del rosario y de las demás prácticas religiosas de un buen cristiano. Es más bien una invitación a redescubrir estas prácticas en su verdadero significado. Porque, siendo verdad que el Espíritu Santo sopla donde quiere, también lo es que si no se dejan abiertas las ventanas, ¿cómo va ese soplo a penetrar en nuestro corazón? La inmediatez y la espontaneidad en el trato con Dios garantizan una frescura siempre nueva, capaz de salvar a cada uno de la rutina, que priva de significado incluso a las prácticas religiosas más profundas.

Una vez, para tomar el pelo a los democristianos, se decía que eran «Piccoli, Storti y Malfatti» (Pequeños, Torcidos y Malhechos), refiriéndose a los apellidos de algunos notables del partido. Podemos decir que también nosotros nos sentimos así ante Dios: pequeños, torcidos y mal hechos. Pero esto es lo bonito de sentirse hijos pequeños. Aunque yo sea así como soy, Dios me acepta.

André Frossard decía que Dios solo sabe contar hasta uno, por eso somos todos hijos únicos. Según los napolitanos, como es sabido, *ogne scarrafone è bell' a mamma soja*, todo escarabajo es guapo para su madre. Aunque nos parezca imposible, para Dios somos amables, basta refugiarse en Él como hacen los niños con su madre... Y esto fue otra revolución para mí.

Una ulterior sorpresa fue la santificación del trabajo. Entendámonos, yo ya tenía pasión por el estudio y por la profesión, como todos. Pero la idea de santificarse en el trabajo es otra cosa: santificar el trabajo, santificar a los demás con el trabajo. Gracias a san Josemaría abandoné la conocida normativa kantiana que reza: «El cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí». Una máxima que me ha resultado siempre indigesta: bueno va por lo del cielo estrellado –aunque me va mejor a mí que a Kant, que del cielo estrellado debía ver poco, ya que no vivía en las cercanías de Sorrento–, pero es fácil imaginar lo significativa que pueda ser la ley moral para un napolitano, así sin fundamento. San Josemaría en cambio hacía partir la intención de un trabajo bien hecho del amor: «Señor, trato de hacer las cosas bien por tu amor».

Hace años el escritor Vittorio Messori publicó un libro encuesta sobre san Josemaría y sobre la institución fundada por él, el Opus Dei. Encontró entre otros a una empleada del hogar que llevaba un régimen de vida más bien intenso. «Pero ¿usted por qué hace todo esto», le preguntó. La chica respondió con sencillez: «Por amor de Dios». Messori se conmovió y comenzó a repetir: «Por amor de Dios, por amor de Dios... ¿Quién dice esto hoy?». Efectivamente trabajar «por amor de Dios» nos parece una novedad.

Pero si se está de verdad en ello, todo cambia. Entonces la vida se convierte en un proyecto divino, se convierte en un *opus Dei*, una obra de Dios, porque si trabajamos «por amor de Dios» le pediremos a Él que nos ayude, visto que nosotros no somos capaces de hacer más que garabatos de niño. Mi padre Dios, por el contrario, agarrando mi mano me lleva a dibujar formas perfectas, con esa alegría en el corazón que se hace contagiosa y produce a su vez efectos gozosos.

Me vienen a la cabeza dos personajes, Wolfgang Amadeus Mozart y el director de cine Steven Spielberg, que han producido obras maestras en las que se aprecia de lleno la nota infantil, la creatividad del niño. Los dos comenzaron a crear desde pequeños, casi como un juego: Spielberg recibió su primera cámara a los seis años; Mozart a los tres años golpeaba ya las teclas del clavicémbalo, a los cuatro tocaba piezas cortas, a los cinco componía. Vale lo mismo en mi caso: si trabajo con corazón de niño, de un hijo pequeño de Dios, corro el riesgo de producir sinfonías y películas de aventuras...

Podrá parecer una afirmación excesivamente optimista, pero basta probar para creerlo. Esta es otra revolución: el trabajo que antes era un deber costoso, se convirtió para mí en una ocasión luminosa.

Todavía otra revolución fue descubrir que la relación cordial con los demás derivaba de la que san Josemaría mantenía con Dios, una relación de hijo con su padre. San Josemaría veía en los demás almas, personas a las que amar, y atraía a todos con un afecto sorprendente y fascinante. Era imposible mantener una relación formal con él. Rompía todos los esquemas e iba derecho al corazón. Ponía el ejemplo del médico que, cuando va por la calle, advierte el mal de hígado de la persona que acaba de cruzarse. Y lo mismo el zapatero, que ve zapatos por todas partes, o el sastre, que mira cómo han cortado los trajes. Del mismo modo, san Josemaría enseñaba a ver almas, a mirar a las personas de la misma manera que las miraba su madre.

En una ocasión, durante una reunión al aire libre con algunos miles de personas, se

levantó un joven barbudo para hacerle una pregunta: «Padre, con todo el respeto...», comenzó. «Con todo el respeto y con barba», lo interrumpió el Padre alzando la voz. «Una barba que pienso afeitarme...» «Te sienta muy bien, hijo mío». «Padre, yo soy hebreo...» San Josemaría lo interrumpe de nuevo y, de un modo apasionado, le dice: «Yo amo mucho a los hebreos porque amo con locura a Jesucristo que es hebreo, no digo “era” sino “es”, Jesucristo vive y es hebreo como tú. Y el segundo amor de mi vida es una hebrea, María Santísima, madre de Jesús, así que te miro con afecto...». «Padre, ya me ha contestado a la pregunta que quería hacerle...», respondió aquel joven y se sentó en medio de un aplauso general. Una pequeña anécdota, pero bastante significativa, porque san Josemaría era así con todos: captaba lo que los demás tenían en el corazón.

Quienes estaban con él aprendían de un modo natural a tratar con delicadeza al prójimo, a cuidar esos detalles de la vida cotidiana que pueden ser mensajeros de delicadeza y afecto.

Durante otro encuentro en Brasil, una señora se levantó y le dijo: «Padre, soy casada. Tengo veintitrés años y cinco hijos...». «Oye, tú no dices la verdad... ¡Veintitrés años! ¡Tan joven y tan guapa!», la interrumpe rápido san Josemaría. «Gracias, Padre... estoy muy conmovida. He oído muchas veces que el Padre recomienda a los matrimonios que se quieran bien, como si siempre fuesen novios. ¿Cómo podría conservar y aumentar en mi matrimonio... el entusiasmo... de los primeros tiempos?», preguntó la señora. Pronunció estas últimas palabras casi sollozando por la emoción.

«¡Calma! ¡Calma, hija mía! Te estoy escuchando con mucho gusto, y todos también están pendientes de tus labios... Tú serás...». En ese momento san Josemaría se vuelve y pregunta en voz baja: «¿Cómo se dice novia en portugués?». *Namorada*, le apuntan. Y entonces prosigue:

«Tú serás una enamorada perenne, constante. Cada día debes ir a conquistar a tu marido, y él a ti. Por eso el Señor te conserva así de guapa, y de atrayente. Hija mía, lograrás esto si miras a tu marido como lo que es: una gran parte de tu corazón, ¡todo tu corazón!; si sabes que él es tuyo y tú eres de él; si recuerdas que tienes la obligación de hacerlo feliz, de participar de sus dichas y de sus penas, de su salud y de su enfermedad...

»Sabéis más que nadie en el mundo, porque el amor es sapientísimo. Cuando viene el marido del trabajo, de su labor, de su tarea profesional, que no te encuentre a ti rabiando. Arréglate, ponte guapa, y cuando pasen los años, arregla un poquito más *la fachada*, como se hace con las casas. ¡Él te lo agradece tanto! Muchas veces, en los momentos de contradicción que habrá tenido en la labor, ha pensado en Dios y ha pensado en ti, y ha dicho: “voy a ir a casa y ... ¡qué bien! allí encontraré un remanso de paz, de alegría, de cariño y de belleza”; porque para él no hay nada en el mundo más bello que tú. Pero que sea verdad. No lo mortifiques [...]. Tú te lo has ganado por el corazón y lo tienes muy cogido. Tú lo enamorarás cada día un poco, y él a ti.

»Y además, te lo ganarás un poco por el estómago. ¡No descuidéis la cocina las mamás! La casa agradable, pero además la cocina..., ¡la comidita...!

»No es cuestión de ponerse gordo. ¡No señor! Porque tú no quieres tampoco que se ponga así. Sino que lo cuidas con cariño, con ese primor tuyo. El día que viene cansado –y tú lo sabes, tú lo prevés–, te acuerdas de aquel plato que le gusta: esto se lo hago yo. Y no se lo dices, para no hacérselo pesar; lo sorprendes, y él te mira con una mirada... ¡y ya está! ¡Ya está! [...]. ¡Que tenéis la culpa vosotras, cuando las cosas no van bien! Ellos son unos niños pequeños. El hijo más pequeño que tenéis todas es vuestro marido... ¡Pero, claro, lo tratáis como a un hombre...! Tratadlo con afecto, comprendedlo, disculpadlo, perdonadlo: ¡mimadlo! Y seréis mimadas y disculpadas y comprendidas. No hagáis tragedias».

Una lección magistral de amor conyugal que toca aspectos verdaderos y humanos. La mujer es la depositaria de la felicidad de la pareja y está mucho más preparada que el marido, al que, sin piedad, ha llamado «el niño más pequeño». La consecuencia es que a las mujeres compete el gobierno de la felicidad, porque es de ellas la fuente del amor.

San Josemaría recuerda los compromisos matrimoniales y los llena de contenido y de poesía: ponerse guapa, acogedora, comprensiva; poner al marido en condiciones de desear la vuelta a casa y no de temerla. Luego, con finura, pone en guardia ante un cuidado excesivo de la casa, que puede responder a una tentación egoísta. La preparación de la comida, en cambio, es un acto de amor gratuito, un gesto en el que los beneficios desaparecen rápidamente, pero que se refiere al otro, a sus gustos. Porque cocinar es ante todo trabajar para los demás. ¡Cuánta psicología práctica! Una psicología a menudo poco valorada.

También el consejo de considerar al marido como «el hijo más pequeño» invita a la mujer a no descuidarlo cuando llegan los hijos, a procurar que no se sienta olvidado. El Padre no lo dice explícitamente, pero es evidente que los problemas en el matrimonio nacen de buscar el afecto en otra parte, cuando en casa ya no se lo encuentra.

La importancia atribuida a los gestos cotidianos en la vida de relación con los demás fue otro descubrimiento para mí. A decir verdad, mi madre estaba atenta a estos detalles, y también mi padre «tenía el corazón en casa»; en Nápoles, además, la relación con los amigos y con las demás personas era cordial, pero hasta entonces no había descubierto el fundamento cristiano de todo esto, un fundamento que daba solidez a mi actitud de atención a los demás, independientemente de los cambios de humor.

Hubo también otro descubrimiento sorprendente: la capacidad de amar a la Iglesia. A causa de mi escasa formación religiosa, para mí la Iglesia eran solo «los curas». Siempre tuve respeto por la figura del papa y de los sacerdotes, pero no me gustaba el ambiente clerical. Un ambiente que en los años cincuenta olía con frecuencia a cerrado y político. Luego presencié cómo san Josemaría sufría por la Iglesia en los años turbulentos del posconcilio y comprendí qué significaba el amor a la Iglesia fundada por Jesús sobre la roca firme de Pedro, es decir al conjunto de personas que se nutren del cuerpo de Jesús, a la esposa de Cristo, siempre santa aunque los hombres sean siempre pecadores. Gracias a la Iglesia yo había sido bautizado y había recuperado la fe. Con el paso de los años la sentía cada vez más como madre, como figura de la Virgen, porque es ella, la Iglesia,

quien nos ofrece a Jesús. Y cuanto más veía que la atacaban, más la amaba. Hoy, cuando rezo, el primer pensamiento es para el papa y la Iglesia.

Me detengo aquí, porque san Josemaría recibió innumerables gracias y su vida es en verdad un pozo sin fondo. En conclusión, puedo decir con seguridad que en él he conocido a una persona feliz. En medio de tantas incomprensiones, calumnias y obstáculos de todo género, se veía que era feliz, y el termómetro de su felicidad era un buen humor desbordante que hacía atractiva su vida de fe.

Una de las críticas que le hicieron, cuando, joven sacerdote, predicaba ejercicios espirituales a otros sacerdotes, fue que la suya era una predicación «de vida», mientras entonces lo habitual era una predicación «de muerte». Pero él era así, hablaba de modo agradable incluso de la muerte:

«Dios no actúa como un cazador, que espera el menor descuido de la pieza para asestarle un tiro. Dios es como un jardinero que cuida las flores, las riega, las protege; y solo las corta cuando están más bellas, llenas de lozanía. Dios se lleva a las almas cuando están maduras». Es un pensamiento muy reconfortante. Así como cuando decía: «¡Si no nos morimos!: cambiamos de casa y nada más. Con la fe y el amor, los cristianos tenemos esta esperanza; una esperanza cierta. No es más que un “hasta luego”. Nos debíamos morir despidiéndonos así: ¡hasta luego!»

San Josemaría me ha enseñado a vivir (y tengo todavía tanto que aprender) sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte.

## VI

### EL SUFRIMIENTO

Llegados a este punto se podría objetar: todo lo dicho hasta ahora es aceptable mientras las cosas van bien, pero ¿y cuando van mal? En efecto hay situaciones en las que parece que llueve sobre mojado, y a un problema se junta otro. Es fácil formular bellos pensamientos sobre el sentido de la vida cuando no hay problemas económicos, estás bien de salud y la vida te sonríe. Pero ¿qué pasa cuando tienes un pariente enfermo o tú mismo estás mal, cuando no llegas a fin de mes con el dinero y cuando los problemas vienen todos juntos?

En la historia de los monjes del desierto se cuenta que san Antonio el eremita se dirige al Señor y le dice: «Señor, ¿cómo es que hay personas buenas que sufren tanto y padecen toda suerte de problemas, mientras hay sinvergüenzas a los que todo les va bien?». Y oyó la voz de Dios que le respondía: «Antonio, piensa en lo que haces tú... Porque estos son los juicios de Dios y no te corresponde a ti conocerlos».

Sin entrar en el terreno de los milagros y las visiones, para quien sufre hay normalmente siempre un punto de referencia. Cuando sufrimos tenemos quien nos ha precedido: Jesús en la cruz es el modelo único en esos casos.

Están además los santos, los canonizados y los que no lo han sido, que han sufrido mucho, con todo tipo de penas, físicas y morales. Y sin embargo, han mantenido la serenidad en medio de la tribulación. San Alfonso vivió largos años; cuando a los noventa le leían los libros que él mismo había escrito, solía decir: «Pero qué cosas tan bellas, ¿quién lo ha escrito?». Santa Catalina de Siena murió a los treintatrés años y en su breve vida nunca se interrumpió la unión mística con Jesús. San Francisco de Asís pidió que le llevaran a su lugar preferido, la Porciúncula, donde murió con solo cuarenta y cuatro años. Todos nosotros hemos seguido en directo los sufrimientos de Juan Pablo II, al que ya he definido como «el papa que nos ha enseñado a vivir y a morir». También por esto debemos darle las gracias, por la sencillez de no ocultar nada de lo que le estaba sucediendo. Nos ha permitido asistir a su enfermedad, comunicándonos incluso lo que pensaba: la veía a la luz del designio de la Providencia, que hacía sufrir al pastor para llevar al rebaño felizmente al tercer milenio. Gracias Santo Padre, también ha sido grande en esto. Todos tenemos presente su último esfuerzo para impartir la bendición, esforzándose para hablar sin conseguirlo.

El sufrimiento, por tanto, para un cristiano forma parte de su propia misión. ¿Y cuál es esta misión? La de ser sembrador de fe y de afecto para los demás, de paz y de alegría. Por eso la felicidad sabe hablar también el lenguaje del sufrimiento, incluso encuentra quizá en el sufrimiento su más alta expresión.

Conozco a una joven, madre de cinco hijos, que está luchando con un tumor, mientras su marido se encuentra en una situación laboral precaria. Pues bien, cuando hablo con ella me quedo siempre estupefacto, contagiado de su buen humor y de su confianza en la Providencia. Recientemente le he escrito vía Facebook para saber cómo estaba, y esta ha sido su respuesta:

«A pesar de una semana santa con fiebre y sinusitis, un día pasado en exterminar animalillos fastidiosos que habían decidido proliferar en las cabezas de todos mis hijos, dos días de lavados para desinfectarlo todo, y digo todo, una jornada de intenso trabajo que solo una mujer puede soportar, puedo decir que ESTOY BIEEEN!!! Hemos ido a Medjugorje con la peregrinación de familias que habíamos organizado y ha sido precioso, tanto desde el punto de vista humano como espiritual... y tengo ya algunas ideas en la cabeza... es de verdad grande el Señor, ¡cómo se puede no amarlo, no darnos del todo, no entregarle completamente nuestra vida! ¡Un gran abrazoooo!

Lela».

Me parece que no es necesario añadir comentarios...

Una persona por quien tengo un respeto particular es un muchacho al que conocí hace unos diez años. Había sufrido siete operaciones de cerebro, pero vivía con la certeza de que Jesús lo había salvado. Estaba visiblemente marcado en su físico: se notaba enseguida la frente maltratada y una cierta dificultad en el habla. Estaba terminando con esfuerzo los estudios de derecho, pero irradiaba un clima de gran serenidad. En un cierto momento me dijo: «Pero fíjese, ingeniero, ¡ahora hago *body building*! ¡Es demasiado, es demasiado!». A mí me quedó indeleble en la memoria ese «¡es demasiado!». Aquel chico podría haberse lamentado y considerar que los jóvenes de su edad tenían la posibilidad de hacer tantas cosas y divertirse, y en cambio agradecía a la Providencia con el más simpático de los agradecimientos, diciendo simplemente :«¡Es demasiado!».

¡Qué cierto es que la valoración de las vivencias de nuestra vida depende del estado de nuestro corazón! Si el corazón es humilde y contento, todo parece más soportable.

Un amigo mío de Ischia me ha contado cómo ha muerto un conocido suyo, una persona serena que, no siendo rico, hacía el bien a todos, gracias a su constante disponibilidad para ayudar. A sus funerales acudió una gran multitud, sorprendiendo a todos los presentes, que no esperaban que hubiera tanta gente que le quería. Su nombre, como buen ischitano, era Ciro.

El día antes de morir quiso que un amigo suyo, que interpretaba muy bien las

canciones clásicas napolitanas, viniese a su casa para cantarlas. Al terminar cada canción, Ciro aplaudía con las pocas fuerzas que le quedaban y, a los que estaban a su alrededor, apenados por su estado, les decía: «¡Pero cómo! ¿No aplaudís? ¿No véis lo bonitas que son?».

¡Bendito carácter napolitano que te acompaña hasta en la hora de la muerte!

Mi madre era una persona muy alegre y consiguió decir algunas cosas ingeniosas incluso durante sus últimos días vida. En aquellas horas sufrí, y cada vez que recuerdo aquellos momentos me siento rebelde: ver sufrir a una persona querida es un peso casi insostenible. Tengo impresos en la memoria sus pies marcados por dos regueros de sangre, a causa de la fragilidad de los capilares. Parecían los pies de un crucifijo. Me parecía como si el Señor quisiese advertirme de que todos deberemos subir al Calvario de un modo u otro. No podré olvidar nunca aquellas noches en vela y aquellos rosarios que le susurraba al oído. ¡Qué lección la del sufrimiento! Se sale de allí siempre mejor, más profundo y más comprensivo con los demás.

Y pienso que incluso esas pequeñas contrariedades –un golpe de mala suerte o un molesto resfriado– que duran una semana y desaparecen sin demasiado fastidio, en realidad dejan una especie de depósito saludable en nuestra alma: gracias a estas pequeñas enfermedades nos damos cuenta de lo poco que somos. El dolor, en suma, nos hace reflexionar, nos vuelve más humanos.

Esta visión positiva del sufrimiento es propia del cristianismo. En oriente el dolor viene atemperado por el nirvana, la disolución en el cosmos. Solo los cristianos tienen en Jesús a quien nos ha precedido a todos en el dolor: nadie, en efecto, puede decir que ha sufrido más que él. Por otra parte, el valor del sufrimiento de Jesús no está en el sufrimiento en sí, sino en su amor por nosotros, en el darse voluntariamente por nosotros. Jesús ha dado un sentido al sufrimiento; si no tuviéramos a Jesús, nuestra vida sería como ese cuadro de Munch, *El grito*: un hombre desesperado que se aprieta la cabeza entre las manos y grita, representando toda la angustia humana privada de sentido. Es solo gracias a Jesús por lo que Pablo de Tarso puede afirmar: «Todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm 8, 28*).

No se trata de pensar positivo «a la americana»: soy optimista porque he decidido ser optimista. Muy al contrario: soy optimista porque existe una Providencia que provee a todo, que enjuga y da un significado a cada lágrima. Todo quedará resuelto, todo será perdonado, también nuestros pecados.

Siempre me ha conmovido esa dulcísima escena, contada por el evangelista Lucas, en la que una pecadora se acerca a Jesús, se echa a tierra, le lava los pies con sus lágrimas y derrama sobre ellos un perfume de gran precio. En aquel momento Jesús está en casa de Simón, un fariseo que lo ha invitado. Este piensa para sus adentros: «Si este fuese profeta sabría qué clase de mujer es la que le toca». Jesús se da cuenta de los pensamientos del fariseo y le hace una pregunta. He aquí el pasaje evangélico:

«—Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro

cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más?

–Supongo que aquel a quien perdonó más –contestó Simón.  
Entonces Jesús le dijo: –Has juzgado con rectitud.»

Una vez aclarado el supuesto, Jesús continúa:

«–¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso. Pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama» (Lc 7, 41-47).

El fariseo ha tenido la cortesía de invitar a Jesús, pero no se ha dado cuenta de quién era en verdad. Así como tampoco se ha dado cuenta de que él, Simón el fariseo, es un pecador como los demás. En cambio la mujer sabe que esta en deuda con Dios, llora su propia condición y se abre al amor confiado que la lleva a esos gestos: secar con sus cabellos los pies que ha bañado con sus lágrimas, besarlos y perfumarlos. Dios quiere que le tratemos por quien es, y entonces nos trata con misericordia. Tampoco nuestras deficiencias nos alejan de Dios cuando las reconocemos. La psicología cristiana es una psicología de la serenidad, de la felicidad.

El sufrimiento físico y moral tiene sentido para un cristiano, un sentido de amor, porque puede unirse al de Cristo, convirtiéndose así en sufrimiento redentor, purificador, fuente de bien para los demás y para sí mismo. Cuando se sufre, el dolor mismo es oración. Si se puede rezar conscientemente, tanto mejor, pero si no, no es necesario formular pensamientos.

La primera tarde de su pontificado la pasó Juan Pablo II visitando enfermos. Fue a un hospital para ver a un amigo. Dirigió algunas palabras a los pacientes y les dijo que tenían la «fuerza de Jesús en la cruz», una expresión que explica bien el significado más profundo del sufrimiento cristiano.

La eficacia de la presencia de Jesús sufriente es descrita poéticamente en un libro que me gusta mucho. Trata de los recuerdos de una simpática señora siciliana; entre otros episodios, está el que describe sus impresiones de niña ante la imagen de un Ecce Homo, mientras va a la compra con su tía en Palermo. El libro se titula *Il vestito di Arlecchino* y la autora se llama Giusi Sorci. Copio aquí un fragmento:

«La segunda fase de la aventura incluía el trayecto para llegar a la Vucciria; en un cierto punto de la vía Roma se debía bajar allí por una escalera pavimentada de lustrosas piedras, pero antes nos deteníamos siempre en el Ecce Homo, una capillita que existe todavía, en la que se encuentra una imagen de madera de Cristo coronado de espinas, de medio busto y casi de tamaño natural; le han arrojado un manto rojo y sucio por los

hombros, después de la flagelación, en el patio del pretorio; tiene las manos cruzadas y atadas, pero sin forzarlas, y sostiene una caña como un cetro de burla; todavía parece, de modo inexplicable, extraordinariamente regio; es como un preso que se hubiera encadenado voluntariamente, uno que incluso no se rebela ante la condena, más bien predomina en esta, más allá de las apariencias, sobre todo su propio querer; el rostro está lleno de moratones y de sangre y los ojos tienen una expresión desolada, por un dolor intenso pero no solo físico; es una desolación del corazón y esos ojos parece que te miran precisamente a ti.

»Yo ya conocía la secuencia de los gestos, sabía que nos detendríamos allí durante unos minutos... la tía echaría una moneda en el cepillo de las limosnas, acto seguido encendería una vela roja y la pondría en un lucernario negro, de hierro forjado; luego se detendría para rezar un momento.

»Mucha gente pasaba y tiraba besos al Ecce Homo como hacen los niños, algunos se llevaban antes la mano a la boca y luego tocaban el cristal que protegía la escultura; la tía Anna en cambio solo miraba, absorta en medio de aquella confusión. No me decía nada... yo me santiguaba cuando ella lo hacía, y la miraba para averiguar sus sentimientos, curiosa como lo son todos los niños, pero también deseando comprender las razones de los gestos de los adultos.

»Un día, viéndola silenciosa más tiempo de lo que solía, me decidí a preguntarle:

–Tía, ¿en qué piensas cuando lo miras? –Y ella me respondió:

–No pienso, le digo algo, pero Él ya lo sabe...

–¿Él lo sabe? –repetí señalando la imagen–... Pero entonces...

–No te lo puedo explicar... míralo bien... verás que también tú, antes o después, tendrás algo que decirle.

»Nada más; tenía siempre un cierto pudor en exteriorizar lo que pasaba en el fondo de su corazón, y por eso no me dijo nada más, pero aquella frase unida a la concentración de toda su persona era de las que echan raíces...

»Después de muchos años, he vuelto para ver esa representación del Ecce Homo, no por curiosidad sino empujada por un recuerdo que, en su simplicidad, permanecía significativo e intenso dentro de mí. Pasaba a menudo por aquella calle, la vía Roma, pero por el tráfico no me detenía nunca; aquella mañana quise ir.

»El día antes alguien a quien yo amaba me había dado un disgusto, una triste decepción, una especie de educado, voluntario desprecio, y eso me había herido profundamente.

»Hoy no me habría disgustado tanto; he aprendido a dejar a los demás la bendita libertad de decepcionarme y procuro, en estos casos, simplemente no perder la serenidad, incluso cuando el corazón, afligido, llora; pero en aquella ocasión me sentía herida.

»Mirando atentamente, en la vía Roma muchas cosas estaban cambiadas, ya no existían los mismos negocios de antes, como la célebre y surtidísima mercería

Mancinelli, donde comprábamos siempre el hilo para bordar, y la Vucciria había caído en desgracia, en beneficio de otros mercados más fácilmente accesibles; por otra parte, también yo había abandonado aquel barrio porque no era cómodo llegar allí.

»La reja negra tras la que se encontraba el Ecce Homo estaba en su sitio y la imagen intacta, como si no hubiese pasado el tiempo. Tenía en mis oídos aún la invitación de tía Anna, sentía el timbre de su voz al decirme: “¡Míralo bien!”; pero en realidad, precisamente en aquel momento en que me sentía profundamente despreciada, más que mirarlo tuve la clara sensación de ser mirada.

»No había pasado en verdad ningún tiempo, todavía era aquella niña llevada de la mano, acompañada, animada, amada, perdonada; y todo eso comprendí que ya lo estaba haciendo Él, más aún, que nunca había dejado de hacerlo durante mi larga ausencia».

Un bellissimo relato lleno de poesía y de vida. Entre otras cosas me recuerda que Jesús ha sufrido primero, desde el momento en que ha tomado sobre sí el pecado del mundo, como se repite en la Santa Misa, citando el evangelio de san Juan (1, 29): «Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». «Quitar» quiere decir «tomar sobre sí», y ese es el motivo del sufrimiento de Jesús.

Él nos precede y nos ayuda en el sufrimiento, que adquiere así un significado también de amor y de bien para los demás. Cuando el cristiano sufre, tiene quien le ha precedido y quien da un sentido a su pena. El dolor no es un accidente casual para nosotros, es nuestro modo de subir al Calvario con Jesús. Ya lo he dicho, pero no me canso de repetirlo: la profundidad de esa verdad solo llegamos a comprenderla hasta un cierto punto, pero forma parte de lo que Dios ha querido comunicarnos, y debemos aceptarla aunque no sepamos entender las razones.

Los santos nos han enseñado a amar la cruz, a llevarla sobre los hombros sintiendo que Jesús nos sostiene. Así han sido los últimos días de Juan Pablo II. Lo recordamos mientras hace el Via Crucis abrazado a la cruz, enseñándonos cómo muere un cristiano: abrazando la cruz, sí, sabiendo que Jesús viene a nuestro encuentro.

Hay sufrimientos ante los cuales uno no puede dejar de conmoverse. Como el de unos padres y su hijo pequeño, que por un accidente, apenas nacido, cae de las manos del personal médico, se golpea en la cabeza y queda casi inconsciente durante algunos años. Cinco años y medio después, por desgracia el niño no sobrevive y estas son las palabras de su padre el día del funeral:

«...Era un bebé dulce y guapísimo, pero desde su nacimiento no conoció más que el sufrimiento y el dolor.

»Sin embargo, a pesar de todos sus hándicaps, conseguía transmitirnos su amor y hacernos comprender que éramos importantes para él.

»Cuando de noche tenía sus crisis epilépticas y le sostenía su cabecita, una vez que se tranquilizaba, me bastaba solo pensar en posarla sobre la almohada para que emitiese un lamentito, como si quisiera decir: “Quédate conmigo, papá”».

»Cuando su madre volvía del trabajo y él oía su voz, con frecuencia se agitaba y solo con un besito volvía a calmarse y a veces parecía esbozar una sonrisa.

»Era muy sensible a los rumores y al tacto, pero cuando su hermanito hacía ruido o lo abrazaba enérgicamente, él estaba siempre tranquilo como si dijese: “Eres mi hermanito querido y te perdono cualquier broma”.

»Tal vez para muchos estas impresiones mías son solo el fruto de la desesperación de un padre. Pero yo creo que la desesperación no está en el dolor de un padre, sino en el corazón de los que no llegan a ver el amor que nos rodea.

»A menudo, durante la noche, cuando las crisis y el dolor del niño no se aplacaban, por la incomodidad y el cansancio, se me ocurría decir: “Señor, ¿no lo has atormentado ya bastante?”, pero luego lo abrazaba entre mis brazos y repetía el comienzo de un salmo: “El Señor es mi pastor, nada me falta”, y todo tenía de nuevo sentido.

»Porque nuestra vida no tiene sentido según estemos sanos o enfermos, seamos afortunados o desgraciados. Nuestra vida solo tiene sentido si vivimos siguiendo la palabra de Dios. Y él lo ha hecho durante toda su breve vida con la dignidad y la fuerza con que ha enfrentado el dolor y con el amor que ha sabido infundir en todos nosotros.

»Gracias Señor por haberme dado un hijo del que no he sido digno, pero que lo he amado, con todas mis limitaciones y defectos, más que a mi propia vida.

»No necesito pedirte que lo acojas, porque sé que ya está contigo, pero te ruego que no hagas sufrir a otros hijos y a otros padres.

»Niño mío, te quiero y te echo en falta, pero estoy sereno porque el Señor ha cortado las cadenas que ataban tus alas de ángel.

»Estoy seguro que desde allí sabrás siempre proteger y confortar a tu mamá y a tu querido hermanito».

Son palabras que sobrecogen mi corazón. Los padres me han pedido quitar toda referencia personal y así lo he hecho. No he querido parafrasear las palabras del padre: he dejado el texto original con toda la fuerza que corresponde a quien ha sabido sufrir con grandeza de ánimo.

Me parece justo que el bien sea fecundo, y creo que este testimonio me hará bien a mí y a vosotros los lectores.

Un amigo mío senador (un senador que trabaja bien: conviene precisarlo en estos tiempos de antipolítica) me ha llamado siempre la atención por su espíritu alegre y positivo, su capacidad de escucha, su profunda preparación teológica, aparte de la civil. Cuando he tenido ocasión de conocer también a su mujer, he comprendido el motivo de tanta serenidad. Los dos han vivido el sufrimiento de un hijo con un grave hándicap pero, gracias también a la ayuda de los demás hijos, han aceptado esta enfermedad con espíritu cristiano, es decir, con amor.

El vínculo de afecto entre ellos se ha fortalecido, y ahora pueden mirar los avatares de la vida –éxitos, fracasos, afanes– con el desprendimiento de quien tiene otro tesoro en el corazón. Son conmovedores, alegres, simpáticos y comprensivos.

¿Y qué decir de Chiara Corbella, una joven y guapa esposa, cuya fe se mantiene viva y gozosa después de dos partos problemáticos y dos hijos muertos al nacer? Tras saber que tenía un tumor, durante un tercer embarazo –este llegó felizmente a término– se marchó recientemente al Paraíso, a velar por su hijo y su querido esposo.

Su historia pulula por la *web* y ha conmovido a millares de internautas.

Gracias a un sitio dedicado a ella ([www.chiaracorbellapetrillo.it](http://www.chiaracorbellapetrillo.it)) se puede oír la voz de esta bellísima mujer que cuenta su propia historia.

Podría continuar aún, pero quisiera referirme para terminar a unos sufrimientos que agitan el alma humana y que se podrían evitar con una pizca de fe y una brizna de sabiduría.

Entendámonos, en la vida laboral muy a menudo se reciben heridas objetivas –injusticias, humillaciones y lo demás– y también en la vida familiar se tienen decepciones y traiciones pequeñas o grandes. Tales hechos son fuente de dolor pero, si lo pensamos bien, este dolor podría mitigarse mediante una perspectiva más alta, como la de un vuelo que se alza sobre la copa de los árboles y sube hasta superar las cimas de las montañas. Así sucede cuando ponemos nuestra esperanza en Jesús y nuestro amor en María, José y en todos nuestros «amigos del Cielo», aparte de los amigos que tengamos en la tierra.

Ya lo he dicho, pero querría repetirlo aún: entre las personas que admiro está Ettore Bernabei que, en el curso de su vida, ha sufrido tantos reveses, ha sido objeto de intrigas y maledicencias, y no guarda ningún rencor. Mantiene su puerta abierta para cualquiera que quiera encontrarlo y está siempre dispuesto a creer en la buena voluntad de su interlocutor. Personas así tienen mucho que enseñarme.

¡Qué hubiera pasado si la fiel Penélope –perseverante en la espera de Ulises, a pesar de las propuestas de los príncipes de Ítaca– se hubiese dejado influir por las murmuraciones a cuenta de su marido! Podría torturarse por las aventuras de Ulises con Nausicaa, con Calipso, con la maga Circe, por la sensibilidad del marido ante el canto de las sirenas... y en cambio Penélope espera a Ulises y se convierte en la protagonista del más bello relato de una vuelta a casa que nos ha dejado el mito.

Grande es la felicidad que un corazón contento puede provocar, un corazón que sepa superar una susceptibilidad inútil. El contento es un don de Dios para quien escucha la invitación de Jesús: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29). Quien es orgulloso cultiva siempre tormentas en su corazón, se siente siempre traicionado e insatisfecho. Pensemos en cambio en la Virgen: se la puede imaginar dolorosa, pero nunca enfadada. ¿Podríamos imaginar una imagen de la Virgen enfadada, expuesta a la devoción de los fieles? María es maestra del sacrificio escondido y silencioso, del servicio eficaz. ¡Cuánta felicidad hay en esta sabiduría llena de confianza en la Providencia!

Cuando intenta asaltarme un pensamiento inquietante, me acuerdo de una frase de san Juan María Vianney, el santo Cura de Ars: «Debemos estar en Dios como los peces en el

agua». Es una afirmación que refleja bien la realidad: nosotros «estamos en Dios» tal como los peces están en el agua. Aunque no logro explicarlo bien, ver las cosas de este modo me da serenidad.

## VII

### RECORRER EL CAMINO DE LA FELICIDAD

Este libro pretende ser útil. Por eso, en este punto quisiera hacer una pregunta directa al lector, pidiéndole excusas si me tomo la confianza de tratarlo de «tú»: ¿has entrado en el camino de la felicidad?

Puede parecer una pregunta genérica, pero en verdad no lo es. De hecho, se puede vivir sin tomar decisiones, dejando que la vida decida por nosotros, como si fuésemos leños arrastrados por el río, que recorren tramos tranquilos o agitados y terminan al fin en la mar. Existe en cambio la posibilidad de tomar la propia existencia entre las manos, decidiendo vivir una buena vida.

Cuando admiro los Farallones de Capri de punta Tragara o de Marina Piccola, cuando veo el mar transparente del Estrecho de Messina, cuando escucho mis piezas preferidas de Mozart o de Vivaldi, cuando siento que soy útil a un amigo, cuando recuerdo la mirada de aquella muchacha enamorada, cuando leo el Evangelio, cuando el corazón dice: «Siiií ¡Esto es vida!»... En todos esos momentos hay algo divino que me llama. Yo he sentido esta llamada, pero es una llamada para todos. Antes o después no importa, es también para ti. Es una llamada «de una vez por todas», aunque llega renovada cada día. Es la llamada al amor, ese amor que nos reconduce al Creador –a quien me ha hecho a mí, criatura– y que proviene de Jesús como amor fecundo, amor fiel hasta la muerte.

He aquí por qué es necesario elegir. En la vida, aunque no se hagan elecciones explícitas, se hacen de modo implícito. Es una elección implícita, por ejemplo, esa de imitar al leño arrastrado por la corriente o, dejándonos de metáforas, la de limitarse a sobrevivir y a cuidarse de los propios intereses materiales, sin hacer daño a nadie. Puede parecer una opción equilibrada y razonable, pero en realidad conduce a una vida mediocre que crea a su vez un mundo mediocre. Tú estás llamado a una vida bella, que haga bella la vida de los demás y que continúe en la felicidad de la eternidad, cuando estemos todos en la casa del Padre, en ese banquete de la vida eterna del que habla Jesús y donde disfrutaremos juntos.

Con frecuencia la costumbre y la cultura dominante me empujan a vivir tumbado boca abajo en la playa, con la punta de la nariz tocando la arena y con la ilusión de que esas dunas que veo son mi única perspectiva, con algún animalito que de vez en cuando asoma de su madriguera. Y por el contrario, puedo levantar la mirada y ver el sol, la

luna, las estrellas y el mar que recuerda lo eterno y el infinito.

San Francisco ha dejado pocos escritos, pero entre ellos está ese canto tan conocido y que conviene releer de vez en cuando, sin prisas. Lo escribió en un italiano del siglo trece, pero una versión castellana aceptable puede sonar así:

Altísimo y omnipotente buen Señor,  
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, te convienen  
y ningún hombre es digno de nombrarte.

Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas,  
especialmente en el señor hermano sol,  
por quien nos das el día y nos iluminas.  
Y es bello y radiante con gran esplendor,  
de ti, Altísimo, lleva significación.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas:  
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento  
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo,  
por todos ellos a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,  
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,  
por el cual iluminas la noche:  
y es bello y jocundo y robusto y fuerte.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra,  
la cual nos sostiene y gobierna  
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor  
y padecen enfermedad y tribulación:  
bienaventurados los que las sufran en paz,  
porque de ti, Altísimo, coronados serán.

Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal,  
de la cual ningún hombre viviente puede escapar:  
ay de aquellos que mueran en pecado mortal;

bienaventurados los que encuentre en tu santísima voluntad,  
porque la muerte segunda no les hará mal.

Alabad y bendecid a mi Señor  
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

La sugerencia de esta loa contiene las semillas de toda la vida cristiana: descubrir al Creador detrás de las criaturas; alabarlo, darle gracias y desear servirle; aceptar la muerte, los sufrimientos y la enfermedad «por tu amor», y por el mismo amor saber perdonar. Este cántico me hace «ver» lo que suelo mirar pero no «veo». Y en cambio puedo decidir «ver», admirar la realidad con los ojos de san Francisco y de los amigos de Dios.

He crecido en un mundo en el que se respiraba bondad, pero hasta un cierto punto. Los horizontes, de hecho, eran limitados. Está bien ser bueno, pero sin afectar a los propios intereses. Por el contrario, he descubierto que se puede (intentar) vivir como María, diciendo sí a todo lo que Dios quiera.

Cuando me levanto por la mañana, todavía nublado por el sueño, me veré empujado por instinto a pensar en las cosas que tengo que hacer, en lo que me conviene, en lo que me gustaría. Pero luego me inclino a decir: «*Serviam!*», te serviré, Señor, y la perspectiva cambia. No es el animal más o menos inteligente, sino el hijo de Dios que se despierta en mí y dice: «¡Sí!». Igual que María que dice: «*Fiat!*», que se haga de mí lo que tú quieres. Durante el día tiendo a «volver a ser animalito» y por eso necesito de continuos reclamos: la oración mental, la lectura del Evangelio... Son estas citas las que dan sal y consistencia a mi vida.

Conozco a personas que creen que nunca hacen referencia a Dios, y se están refiriendo a Él constantemente. Por lo demás, todos lo hacemos, de modo más o menos consciente: al decidir unas vacaciones, cuando elegimos un trabajo que puede gustarnos o no, en cada caso, tomamos una decisión u otra porque tenemos una referencia. Mi vida sigue la línea que tengo en mente, sea más o menos noble; habrá imprevistos, pero esa línea está ahí siempre, y representa mi opción ante Dios. Porque Dios está dentro de mí, no en los libros de teología en las prédicas y en el catecismo. Ahí «se habla» de Dios, pero a Dios lo llevo yo «dentro». Y a Él me refiero incluso cuando no lo tengo en cuenta. Si este diálogo llega a ser claro y consciente, entonces estoy haciendo amistad con Dios.

A este propósito me viene a la memoria una película divertida y surrealista con destellos de realismo. Hablo de *The Blues Brothers* (*Granujas a todo ritmo*, en España): dos hermanos del hampa quieren ayudar a la monja que dirige el orfanato en que crecieron, que corre el riesgo de desaparecer; y tienen «la iluminación». En una iglesia protestante llena de fieles de color, en medio de un agitado baile, ven la luz —«¿Has visto la luz?», «¡Siiií, he visto la luz!»— y se lanzan también ellos a rezar bailando. Es una representación todo lo «ridícula» que se quiera de la vocación. Dios, en efecto, llama a hacer el bien e indica el camino. En toda la película, los dos hermanos repiten: «*We are on a misión from God*», estamos en misión por cuenta de Dios. Al final la misión se

cumplirá y la monja («la Pingüina») reabrirá su orfanato.

La película es obviamente cómica, pero ofrece sin embargo la idea de la vocación. También nosotros, en un modo quizá más formal, pero tampoco tan serio, estamos «en misión por cuenta de Dios».

Ha llegado el momento de aclarar cuál es el secreto de la felicidad. Hay dos itinerarios que van en direcciones opuestas: uno es el de Adán y otro el de Jesús.

Para entenderlo debemos hacer un poco de teología. Una teología en verdad muy sencilla, porque la descripción del pecado original es una historia que la entienden incluso los niños. Alude a algo profundo que, sin embargo, la Sagrada Escritura nos presenta en forma de relato, un relato que ha quedado en la memoria colectiva de todos los cristianos, incluso de los no practicantes. Vale la pena volver a verlo brevemente:

«El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara. El Señor Dios dio este mandato al hombre: “Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día que comas de él tendrás que morir”.

»[...] La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho. Y dijo a la mujer: “¿Con que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?”. La mujer contestó a la serpiente: “Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis”. La serpiente replicó a la mujer: “No, no moriréis; es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal”».

Es la cultura de la sospecha. Esa que está de moda tanto respecto a Dios o a la religión como en lo que se refiere a los demás, con quienes estamos prontos a indignarnos por cualquier cosa.

«Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que también comió. Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín.

»El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: “¿Dónde estás?”. Él contestó: “Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí”. El Señor Dios le replicó: “¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?”. Adán respondió: “La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí”. El Señor Dios dijo a la mujer: “¿Qué has hecho?”. La mujer respondió: “La serpiente me sedujo y comí”.

»El Señor Dios dijo a la serpiente:

“Por haber hecho eso,  
maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo;  
te arrastrarás sobre el vientre  
y comerás polvo toda tu vida;  
pongo hostilidad entre ti y la mujer  
entre tu descendencia y su descendencia;  
esta te aplastará la cabeza,  
cuando tú la hieras en el talón”.

»A la mujer le dijo:

“Mucho te haré sufrir en tu preñez,  
parirás hijos con dolor,  
tendrás ansia de tu marido,  
y él te dominará”.

»A Adán le dijo:

“Por haber hecho caso a tu mujer  
y haber comido del árbol del que te prohibí,  
maldito el suelo por tu culpa:  
comerás de él con fatiga mientras vivas;  
brotará para ti cardos y espinas,  
y comerás hierba del campo.  
Comerás el pan con sudor de tu frente,  
hasta que vuelvas a la tierra,  
porque de ella fuiste sacado;  
pues eres polvo y al polvo volverás”» (*Gen 2, 15-3, 19*).

Este es el destino de Adán, que sospecha de Dios y escoge su propio criterio. Es la lógica mundana. Un itinerario que conduce a la muerte y, antes de la muerte, al sufrimiento, simbolizado en la fatiga del trabajo y de los dolores del parto.

El camino inverso es el de Jesús, que sigue en cambio el criterio de Dios. Es la lógica del servicio y del amor. Últimamente me parece haber profundizado mejor lo que ya está dicho de un modo tan claro en el Evangelio: Dios tiene una lógica opuesta a la mundana.

La lógica mundana es la del demonio, que tienta a Jesús: le sugiere usar su poder para fines personales, le promete el dominio político del mundo. Una tentación en la que no cae Jesús, pero que para nosotros sigue estando bien presente y activa.

La lógica de Dios, en cambio, es la de la humildad y del servicio. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt 11, 29*), dice Jesús. Durante la última cena, cuando se va a dar en alimento con su cuerpo y con su sangre, le viene en mente a Jesús incluso lavar los pies a los apóstoles. Una decisión que desde siempre he dado por descontada y que solo ahora me deja estupefacto. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenía de

lavar los pies a los discípulos? Hasta el final Jesús enseña que el servicio es su camino. Una vez hecha propia esta lógica, parece natural también comprender que Jesús nazca en un establo, en una situación humilde, y que paso a paso nos transmita un estilo de vida manso, hasta demostrar el gran amor de quien da la vida por sus amigos.

Nietzsche se burlaba de los cristianos porque no tenían cara de «salvados». ¿Qué salvación os ha traído Jesús si tenéis esa cara? En parte tenía razón: a veces la cara de los que se llaman cristianos no es muy alentadora. Quizá si los cristianos siguiesen más de cerca de Jesús tendrían una cara más alegre. Con todo, es necesario aclarar qué clase de salvación nos ha traído Él: es la salvación de quien ha entendido que la vida es una moneda de oro que se pierde si no se da. Necesitamos la ayuda de Dios para seguir un camino semejante, pero ese es precisamente el secreto de la felicidad. Ser mansos, sembradores de paz, desprendidos lo justo de los bienes materiales, capaces de amar... como Jesús. El verdadero secreto es vivir como Jesús, y entonces también nuestro rostro será luminoso, con el respeto debido a Nietzsche.

Pero, ¿en qué modo se puede vivir como Jesús? Creo que basta atenerse a la verdad de los hechos: yo soy una criatura ante el Creador. Puedo vivir en Él «como un pez en el agua», según lo que afirmaba el santo Cura de Ars. Jesús no actúa por cuenta propia, está dedicado a cumplir la misión que el Padre le ha confiado. Cada uno de nosotros tiene una misión que llevar a término. No somos santos, pero en esto Jesús nos ayuda. Es importante, sin embargo, orientar mi vida al cumplimiento de lo que Dios Padre espera de mí.

Estamos de veras «en misión por cuenta de Dios», como decían esos. ¡Cómo se simplifica todo entonces! Porque mientras me busque a mí mismo seré siempre como una hoja arrastrada por el viento, pero si me doy cuenta de que soy una criatura que encuentra la felicidad en la armonía con su Creador, seré feliz en esta tierra y en la otra vida. No por casualidad la oración de Jesús, el *Padre Nuestro*, reza: «¡Hágase tu voluntad!». Pero que se haga ¿por quién? ¡Por mí, naturalmente! Cuando decido que estoy en la tierra solo para cumplir la voluntad de Dios, todo se vuelve sencillo y alegre. Desaparecen las complicaciones, las tensiones, las decepciones. Y también el sufrimiento. Por tanto, que se haga tu voluntad. Punto.

Yo soy hijo. Jesús, por primera vez en la historia de Israel, llama al Padre «papá», *abbá* en arameo. Los evangelistas quedan sorprendidos hasta el punto de que dejan en el texto original la palabra tal como la han oído pronunciar: *abbá*.

Yo soy una criatura, pero soy también hijo de Dios. Y eso me da gran confianza. San Pablo dice: «Todo lo puedo en aquel que me da la fuerza» (*Fil 4, 13*). Tengo un Padre omnipotente que está de mi parte. Como un niño que sabe que él no puede, pero su padre sí.

Si pienso solo en mis intereses personales, entonces la vida se vuelve complicada, angustiada: cuántos amigos, en las relaciones de trabajo y también en familia, viven la preocupación de llegar a una cierta posición, o el deseo dominante de conseguir un cierto resultado, o incluso la ansiedad de descubrir las tramas de presuntos enemigos... Son cosas de la vida que, sin embargo, no deben quitar la serenidad. Porque yo debo volar

alto, como un pajarillo agarrado por un águila que lo lleva alto, alto, en el aire: si estuviera solo no conseguiría afrontar las complicaciones de la vida, pero desde el momento que mi Padre Dios me levanta hacia lo alto, aprendo a perdonar, a comprender, a no dar mayor importancia a lo que no la tiene. Y así entiendo también que los dolores inesperados y los fracasos decepcionantes son portadores de sabiduría, mientras que el bienestar y los éxitos pueden volvernos frívolos y superficiales.

Además Jesús me ha dado otro consejo precioso: me ha enseñado a ser niño, hijo pequeño de Dios. En el Evangelio, como ya he dicho, Jesús no solo acoge a los niños sino que los presenta como ejemplo. Cuando los apóstoles discuten sobre quién es de ellos el mayor, Jesús toma a un niño, lo pone en medio y declara que quien no se haga como ese niño no entrará en el reino de los cielos. ¿Qué más puedo desear ante mis incumplimientos, mis distracciones y mis olvidos? Volver como un niño a los brazos del padre o de la madre. En esto la figura de María Santísima es providencial, porque una madre comprende y perdona. María representa el rostro materno de Dios. Y no por casualidad san Josemaría afirmaba que «a Jesús siempre se va y se vuelve por María».

Para decirlo todo, en la «receta» de la felicidad no es suficiente tomar una vez una decisión y basta. Necesito por supuesto del soplo del Espíritu Santo, del alimento de la amistad con Dios. Y entonces debo tener siempre abiertas las puertas, porque el Espíritu Santo sopla donde quiere, dice Jesús en el Evangelio de san Juan (3, 5-8), pero si tengo cerradas las ventanas, no podrá entrar en mí ningún vientecillo de buen aire.

Según mi experiencia son tres las «ventanas» principales que conviene tener siempre abiertas.

La primera es redescubrir la Santa Misa. Tengo una pequeña anécdota a este propósito. Un cristiano explica a un musulmán lo que es la Santa Misa; el musulmán escucha atentamente, piensa un poco y dice: «No entiendo». «Ya», responde el cristiano, «es un concepto nuevo para ti y te resulta difícil comprenderlo». «No, no», replica el musulmán, «lo que no comprendo es que teniendo la Misa no vayáis todos los días los cristianos...».

Para mí siempre es impresionante leer el relato, del evangelista Lucas, de Jesús que desea ardientemente aquella última cena con los apóstoles, para ofrecer su cuerpo y su sangre en alimento para ellos y para mí. Me doy cuenta del fuego que hay dentro, un fuego que no consigo penetrar hasta el fondo, pero que advierto. También santa Catalina de Siena deseaba de un modo tan ardiente la comunión (en aquel tiempo solo se administraba de vez en cuando) que la hostia consagrada voló hasta ella, mientras estaba en oración al fondo de la iglesia. Me doy cuenta que mi fe es débil respecto a la fuerza de esta invención divina, capaz de entrar dentro de mí y de quedarse incluso con nosotros en el sagrario de cada iglesia. Mucho más que un soplo de buen aire. Aquí se trata de un rico alimento que deberé asimilar. Menos mal que soy pequeño y la Virgen me ayuda...

Una vez hablé de la Santa Misa en un encuentro en Cortina, y una señora, muy conocida en los niveles «altos» de la sociedad, intervino diciendo que las homilias son con frecuencia aburridas y por eso no iba a la iglesia el domingo. Le he dado la razón en

lo que respecta, a veces, a la homilía, pero le he recordado que la Santa Misa es la renovación del sacrificio de Cristo por amor nuestro, que es la réplica de la última cena, y por eso debemos participar. Es una verdad obvia, pero ya no podemos dar nada por sabido: hay que partir de cero. (Mi amigo Indro Montanelli, por ejemplo, era cultísimo, pero de religión de hecho sabía muy poco. Durante años tuvo, como tantos otros, un prejuicio negativo que le impedía profundizar en las verdades de la fe. Es verdad que hay que partir de cero).

La otra ventana que hay que tener abierta es la confesión. Confesarse y confesarse bien. El espíritu de este sacramento lo describe Jesús muy bien en la parábola del hijo pródigo: el muchacho que ha malgastado su parte del patrimonio paterno vuelve hambriento y arrepentido al padre y le dice: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo» (Lc 15, 18-19). Como es conocido, el padre, que lo estaba esperando, lo ve de lejos, corre a su encuentro, lo abraza y lo besa; luego manda que le pongan el anillo en el dedo, el vestido mejor (no solo «un» buen vestido) y que se haga fiesta matando el ternero cebado (no «un» ternero cebado).

La fe cristiana está llena de buenas noticias. La mejor es que Jesús no permanece en la muerte sino que ha resucitado. Una noticia revolucionaria, el milagro por excelencia, el fundamento de nuestra fe. Otra estupenda noticia es que «Dios es más grande que nuestro corazón», como afirma san Juan en su primera carta (1 Jo 3, 20), y está dispuesto a perdonarnos aunque nuestro corazón nos condene. Es precisamente el caso del hijo pródigo: él piensa que será tratado como un siervo, mientras que el padre hace que lo reciban como a un señor. Dios me supera en mis expectativas, basta volver a Él. El Padre Pío decía que nos maravillaremos al encontrar en el Paraíso a personas que no esperábamos ver allí. ¡Menos mal! Sería terrible si lo hubiese dicho del infierno... ¡Pero, no! El cariño de Dios por nosotros es mayor que nuestras estrechas previsiones.

Este es el espíritu de la confesión. Es necesario el deseo de volver al Padre y la conciencia dolorida por haberme portado mal con Él. Ciertamente, hay que confesar los propios pecados, pero no es que deba presentar una nota de las compras, sino más bien ofrecer mi corazón arrepentido y humilde. Yo me confieso una vez a la semana y el alivio que encuentro es diferente del que siento al desahogarme con un amigo. Hay algo más. Es la mirada cariñosa de Dios, lo que los teólogos llaman gracia.

La tercera ventana, en fin, que conviene tener siempre abierta, es la lectura del Evangelio. Tengo un amigo periodista que tiene la sinceridad de decirme que está dispuesto a leerlo todo excepto el Evangelio; hasta ese punto lo inquieta. Es una buena persona, de gran inteligencia, y dice también la verdad en este caso. No puedo leer el Evangelio como si fuesen *Las aventuras de Tom Sawyer*, algo que divierte y ya está. El Evangelio me revela la verdad de mi vida, obligándome a pensar y hacer examen de conciencia. Por eso mi amigo tiene razón: el Evangelio me pone en cuestión. Pero precisamente por eso lo leo.

La Providencia quiso que los cuatro evangelistas escribiesen esas obras maestras de

comunicación que reflejan a su vez la capacidad comunicativa de Jesús. Las parábolas y los episodios de su vida son lo más claro que puede haber. Ejemplos e imágenes sacados de la vida del campo y de la pesca: la higuera, la oveja extraviada, la red que captura todo género de peces, la perla preciosa, el tesoro encontrado en el campo, la viña, los talentos... Se comprende el Evangelio a los ocho años y no se acaba de entenderlo incluso a los ochenta. Siempre hay algo nuevo. Esa es la «vitamina Ev» que hay que tomar «una vez al día» –como decían hace tiempo los médicos– dejando una señal en la página, para leer los cuatro Evangelios uno tras otro hasta el final, y pasar luego a los Hechos de los Apóstoles y al resto del Nuevo Testamento. Y después recomenzar por el Evangelio de san Mateo y seguir adelante por el mismo camino durante toda la vida. Es sorprendente cómo el Evangelio me parece nuevo cada vez, cómo me dice cosas que me sirven para el hoy y el ahora.

Así el Espíritu Santo puede entrar en mi casa, aunque esté llena de polvo, titubeante y pequeña, volviéndola luminosa, sonriente y serena, con una eficacia que no viene de los talentos humanos, pero que los usa para empresas inimaginables.

De niño oí más de una vez el cuento de «las botas de siete leguas»: no lo recuerdo bien, pero me ha quedado la sensación milagrosa de que, gracias a esas botas, con un paso se pudiese hacer un gran recorrido sin ningún cansancio. La gracia de Dios puede hacer de mí una persona fecunda, un sembrador de paz y de alegría. Vale la pena entonces no cerrar las ventanas. Si lo hiciera, respiraría solo el aire viciado del propio yo.

Todo esto podría parecer individualista, un cultivo de la propia alma volviendo la espalda al mundo. Lo cierto es más bien lo contrario: si me hago amigo de Jesús, todos me interesan. Además, quizá haya que recordarlo aún, eso que llamamos «progreso» (civil, científico, técnico) nació gracias a los monjes que recuperaron y unificaron la cultura, las artes y las ciencias. De ahí venimos nosotros, de cuantos buscaban a Dios en la oración, su ocupación principal, y en el trabajo, visto como continuación de la obra creadora de Dios. No se habían propuesto crear una nueva civilización, pero la crearon, porque buscaban a Dios. Un concepto que ha reiterado también Benedicto XVI discutiendo con los intelectuales franceses.

Del mismo modo, el porvenir de nuestra civilización depende hoy de la capacidad de cada uno para dejar espacio a la oración, y ver en el trabajo cotidiano la ocasión del encuentro con Dios. Decir esto no está en la línea de la cultura dominante, pero es precisamente la cultura dominante la que ha provocado la crisis que estamos viviendo. Por eso voy adelante esperanzado, porque sé que hay alguien que sabe hacer «su oficio»; ese es mi Padre Dios, que ve y provee.

Aunque el Espíritu Santo se convierte en mi «piloto automático», encuentra mucha resistencia por parte de mi yo. Sin embargo, suele conseguir que cambie mis puntos de vista, y en vez del simpático egoísta que sería yo, hace que despunte una persona que sabe ser amigo. «Amigo» es una palabra «mágica», como suele decirse hoy con valor de superlativo. El mismo Jesús se presenta como amigo y, en la última cena, advierte a los

apóstoles que les ha llamado «amigos». «Quien encuentra un amigo, encuentra un tesoro», reza el dicho popular, con mucha razón. Un amigo es quien te acepta como eres, quien te quiere aunque cometas errores, y más bien te dice a la cara que te has equivocado pero te ayuda a rectificar. Un amigo no te deja encerrarte en tu privacidad, en la que corres el riesgo de aislarte: sabe que él puede entrar en tu mundo, y lo hace porque hay un presupuesto de comprensión recíproca que lo autoriza.

A veces en la palabra «amistad» se encierra un sentimiento que va más allá del amor. «Amor», en efecto, es sinónimo de Dios, pero puede también significar un vínculo, como el que existe entre marido y mujer, del que se derivan expectativas. Y cuando estas expectativas quedan decepcionadas, se resfría el amor y se pone en cuestión. Por eso los enamorados discuten con frecuencia, porque no aceptan las decepciones que el uno puede ocasionar al otro. Un amigo, por el contrario, está siempre de tu parte, sabe justificarte. Sin demasiados análisis finos, la amistad remite al amor materno y paterno, pues parte de la persona real, tal como es. Quizá por eso Jesús da tanto valor a la palabra «amistad» y afirma que en la amistad del uno por el otro se reconocerán como tales sus discípulos. Porque sabrán ser amigos como Jesús, que ha dado la vida por sus amigos.

Ya lo he dicho, pero en este punto querría repetirlo de nuevo: es de san Josemaría de quien he aprendido qué significa de verdad ser «amigo» y que el amor de Dios se transmite solo a través de la amistad. No es casual que todos los santos estén siempre rodeados de amigos, mientras que los egoístas, los dictadores, los vividores, los avaros viven en la soledad...

Así pues, cuando conocí a los hijos espirituales de san Josemaría, mi perspectiva cambió. Todos son amigos potenciales, desde el encargado de la limpieza al consejero delegado; con todos tengo una deuda de amistad y no quiero decepcionar a nadie. Debo comenzar por quienes viven conmigo, por los más cercanos. Es ahí donde el Espíritu Santo me ayuda. Las virtudes de las personas cercanas se vuelven obvias con el tiempo, mientras que sus defectos se ven y se agigantan enseguida. Pero si esa persona es mi amigo, sus defectos me divierten y podemos «trabajar en ellos» sin dramatizar demasiado.

¿Conozco de veras a las personas que tengo cerca? ¿Estoy interesado en conocer los detalles de su vida? ¿Leo con interés lo que escriben, escucho lo que dicen? He aquí un óptimo ejercicio que conviene hacer de vez en cuando: pararse a reflexionar sobre las cualidades de una persona y sobre la capacidad que ha demostrado para sacar adelante tantas responsabilidades. Esto, de vez en cuando, es como si necesitase rehacer la imagen de la persona que tengo cerca y volver a mirar lo buena que es.

## VIII

### LAS PEQUEÑAS FELICIDADES

Solo cuando estoy abierto a la gran felicidad soy capaz de apreciar de lleno las pequeñas felicidades, esas pequeñas alegrías que están al alcance de todos, y que tienen distinto valor. Para aclararlo: la cereza sobre la tarta es en realidad solo una cereza, pero precisamente ahí, puesta en la tarta, tiene un sabor y un valor particular. Del mismo modo, no consigo apreciar la pequeña felicidad (la cereza, en este caso) si no tengo una buena relación con Dios (la tarta).

«Estoy contento solo cuando sé que Dios está contento». La máxima de Pina Cannas, de la que hemos hablado en la introducción del libro, tiene aplicación también en este caso.

¿Cuáles son, por tanto, las pequeñas felicidades? Son múltiples, y crecen en número cuando aumenta la felicidad grande. Ya he hablado de la felicidad de estar con los amigos, así como de la fuerza sobrenatural que se obtiene al aceptar eso que llaman desgracias.

Para mi padre, por ejemplo, cuando ya estaba jubilado, una pequeña felicidad era estar en su despacho sin que le molestasen, sabiendo que todos los de la familia estábamos en casa. En la cima de esta pequeña felicidad estaba la cena, muy sobria, y al terminarla decía: «Esta noche he cenado bien». Mi madre fingía entonces asombro, porque habíamos tomado poco más que la consabida sopa, pero todos comprendíamos que ese «bien» no se refería solo a la comida.

Para mí una pequeña felicidad, en cambio, es oír cantar una canción clásica napolitana con un hilo de voz pero con tanta pasión, como solía hacerlo mi madre. La única vez que vi emocionarse a mi padre fue durante una velada, del todo informal, en la que mi madre había cantado algunas canciones napolitanas. Ya he comentado esta pasión mía, pero debo añadir que si fuese por mí, todas las canciones clásicas napolitanas deberían ser declaradas patrimonio de la humanidad.

Otra pequeña, gran felicidad, es ver lo feliz que se encuentra un amigo mío después de confesarse. Es el Espíritu Santo quien convierte los corazones, pero colaborar con Él hace que te sientas útil y feliz. Cada uno de nosotros desea percibir que su vida «no es una vida estéril», como decía san Josemaría.

Remar con calma es para mí otra pequeña felicidad, mirando el mar y los montes, con

todos los reflejos de colores posible. Ni una foto ni un cuadro son capaces de transmitir esa sensación: es un anticipo del Paraíso. Un poco como las chocolatinas de Gay-Odin que, como ya conté, han marcado mi infancia.

Debo admitir además que una pequeña felicidad para mí es tomar helado sin límites de cantidad. Soy consciente de que antes, al hablar de la comida como falsa fuente de alegría, he dicho lo contrario, pero aquí estamos hablando de pequeñas felicidades; y además hay que añadir que el helado cuanto más se derrite más bueno está, por eso la progresión tiende a crecer...

Ya se ve que a este paso podría seguir adelante hasta e infinito, dando pie a la sospecha sobre mi templanza. Prefiero pasar entonces a las pequeñas felicidades que conviene evitar.

Como la que provocho en mí y en los demás cuando comienzo diciendo: «En esta casa...». Ningún discurso que comienza así es agradable, pero sobre todo, todos los discursos que comienzan así son inútiles. Es solo un modo de gritar a las estrellas el propio malestar, transfiriéndolo a todos los demás de la casa. Cuando estoy a punto de comenzar así, pienso que es mejor reflexionar un poco y entonces se me ocurren soluciones mejores.

Tengo un amigo farmacéutico que me resulta muy simpático, sobre todo por su sentido del humor. ¿Por qué son simpáticas las personas que tienen esta característica? La respuesta podría ser larga y compleja. En pocas palabras, yo lo explico así: el sentido del humor va unido al sentido del límite, propio de la condición humana; cuando el hombre reconoce este límite, o el límite de la situación externa, y lo acepta, entonces puede reírse de eso. Se ha hecho humilde, porque ha aceptado la verdad de las cosas.

¿Qué pensamos de una chica que sabe reírse de sí misma porque es un poco llenita? ¡Qué bien! Dan ganas de felicitarla. Una vez un amigo mío encontró en Nápoles a una chica de muy mal aspecto que bajaba la escalera de la *calata* San Francisco. Tenía un ojo estrábico, iba mal vestida y tenía algún otro achaque que no recuerdo, pero cantaba... ¡Mi amigo quedó extasiado!

Los ingleses tienen en su historia algo de siniestro: la sombra del pirata Drake perdura en los siglos. Tienen también cierta severidad protestante que les autoriza a despreciar a los que no son ingleses, o «no tan ingleses» como ellos. Y aún así, tienen sentido del humor, y eso ha contribuido no poco a mejorarles a ellos y al resto de la humanidad. Saben reír y sonreír, y eso es un gran mérito. No sonrío por cierto el paranoico, el que tiene el bien en sí mismo y el mal fuera de sí: Hitler ciertamente no sonreía y si lo hacía era como para salir corriendo...

No sé si he dado la idea, pero pienso que el sentido del humor es el mayor alivio para el hombre después de la oración.

Volviendo a mi amigo farmacéutico, ha tenido la idea de imprimir en las bolsas en que despacha los medicamentos un «decálogo para una sana vida familiar». En la bolsa, entre el olor de las medicinas, se puede leer:

## LAS DIEZ REGLAS DE ORO PARA UNA SANA VIDA FAMILIAR

1. HORARIOS: respetar los horarios de las comidas, esperando que lleguen todos los que están previstos para comer y avisando a casa cuando un contratiempo impide ser puntual.
2. COMIDAS: prohibir encender la televisión, la lectura de periódicos y el uso del teléfono durante las comidas.
3. DISCUSIONES: entablar discusiones sobre problemas sociales o culturales, permitiendo a cada uno expresar su propia opinión y evitando polémicas negativas.
4. HUÉSPEDES: la familia debe ser acogedora y abrir la casa a los amigos de los padres y de los hijos.
5. ENTRETENIMIENTO: proponer exposiciones, conciertos, cine y teatro culturalmente significativos y pasar juntos alguna tarde con juegos de equipo y sociedad.
6. TRADICIONES: transmitir las tradiciones familiares y sociales, pasando juntos las fiestas, cumpleaños y celebraciones.
7. DECISIONES: no tener miedo de implicar a los hijos en las decisiones importantes que haya que tomar.
8. TRABAJOS: que desde pequeños participen los hijos en la marcha de la casa y en los trabajos domésticos cotidianos.
9. PRIVACIDAD: no ser invasivo y respetar la búsqueda de intimidad dentro de la casa.
10. DIÁLOGO: hablar durante las comidas con el cónyuge y los hijos de cómo ha ido la jornada.

Como se ve, mi amigo «da en el blanco» y es de veras exigente. Me parece que tiene razón y que sus consejos deben tomarse en serio, siempre con medida y con sentido del humor.

Siguiendo con el tema del humor, creo que también el libro de Costanza Miriano del que ya he hablado, *Sposati e sii sottomessa*, entra con todo derecho en el género humorístico, no porque no hable en serio sino porque la realidad es tanto más verdadera cuanto con más buen humor la veamos. Este libro es una ayuda formidable para la felicidad matrimonial. Entre tantas páginas a las que querría referirme aquí, llegados ya al fin de nuestro viaje en busca del secreto de la felicidad, elijo solo una breve máxima, dirigida a una amiga que quiere tener abiertas todas las posibles aventuras del corazón: «Vivir todos los amores no te enseñará tanto sobre el amor como vivir uno solo en profundidad». No está mal...

No es humorístico, sino poético, *Il vestito di Arlecchino*, el libro de Giusi Sorci, publicado en la editorial Ares, del que he citado un amplio pasaje en el capítulo sobre el sufrimiento. La verdadera poesía es fuente de felicidad. A decir verdad, la poesía que requiere cuatro relecturas para comprenderla me parece que puede ser fuente de felicidad solo si después te queda dentro un descubrimiento esencial para tu vida (es el caso, en lo que a mí respecta, de un poeta esencial como Montale). De otro modo, queridos herméticos, como se dice en estos casos, vosotros por vuestro camino y yo por el mío... El libro de Sorci, sin embargo, es un compañero que te ayuda a mirar la realidad con una

mirada amable más que funcional. Digamos que ese libro es para mí como la *grappa* para el alpinista, me vuelve a poner en forma.

¿Hasta cuando podremos seguir? El gusto por la vida se expande cuanto más veo las cosas con los ojos de Dios. No podré hacer las cosas perfectamente mientras esté acá, pero doy gracias por lo que se me ha dado. «La Providencia provee» dice el proverbio medieval que nos ha acompañado hasta aquí, y esto es lo esencial que me da serenidad.

El recuerdo de Juan Pablo II y de su capacidad de sonreír, de reír y de hacer reír, es además para mí una de las pruebas de la existencia de Dios.

## CONCLUSIÓN

He conocido a un hombre que llegó a ser feliz y murió feliz: Leonardo Mondadori.

Cuando nos vimos por primera vez, en 1992, Leonardo se presentaba como un hombre amable y emprendedor. Tenía el deseo de difundir una cultura sana, que no se adaptase al gusto radical *chic* dominante. La editorial Mondadori, de la que era presidente, acababa de publicar la versión italiana de *Camino*, de san Josemaría Escrivá, el apóstol de la santificación del trabajo ordinario, y Leonardo quería hablar en público, en su Milán, de la ética del trabajo. Así pues, organizamos una serie de encuentros sobre la ética y la política, la ética y la justicia, la ética y los negocios, la ética y la comunicación. Los ponentes fueron, entre otros, Francesco Cossiga, Gianmario Roverano, Joaquín Navarro-Valls, Franco Tatò, Ettore Bernabei... Leonardo quedó contento porque participó mucha gente y los encuentros fueron interesantes.

A partir de ahí nuestro conocimiento se convirtió en verdadera amistad, tanto que, en una comida, le propuse presentarle a un sacerdote que –aun siendo de Capri– era riguroso y no hacía descuentos. «Si no te viene bien, te presento a otro», añadí. Pero Leonardo se entendió bien con él. Gracias a la ayuda de aquel sacerdote, puso orden en su propia existencia y comenzó a vivir una vida de fe sencilla y profunda. Se hizo transparente y sincero y aún más emprendedor: organizó exposiciones de arte sobre Caravaggio y sobre los impresionistas franceses, estrechó lazos de colaboración con el museo del Ermitage de San Petersburgo y se comprometió en tantas otras iniciativas.

Era entusiasta de Juan Pablo II y se prodigó cuando Navarro-Valls le ofreció la posibilidad de publicar «el primer libro de un papa»: *Cruzando el umbral de la esperanza*. Promovió aquel proyecto en los Estados Unidos y fue el artífice de un verdadero *boom* editorial internacional.

Se esforzó luego en publicar libros que ayudasen a vivir bien el matrimonio (él, que había sufrido a causa de dos divorcios) y en fin publicó un libro entrevista con Vittorio Messori en el que contaba la historia de su conversión.

Leonardo deseaba acercar a la fe a las personas que estimaba y me las presentaba para que yo colaborase en ese propósito. Sus intervenciones públicas convencían por la autenticidad de su testimonio. Llevaba una vida de soltero y, a quien se lo preguntaba, le respondía que vivía la castidad gracias a la ayuda de la Virgen. Pocas horas antes de morir, su hija Martina le leyó una intervención de Juan Pablo II y él murmuró: «Tiene razón el papa». Fueron sus últimas palabras.

«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti», escribía san Agustín en el primer capítulo de sus *Confesiones*. No importan los errores y los pecados de cada uno de nosotros, de Agustín o de Leonardo, importa que tú y yo nos hagamos amigos de Dios y que nuestro corazón descanse en Él.



Título original: *Quando Dio è contento*

Primera edición italiana de ARNOLDO MONDADORI Editore S.p.A., Milano

© 2013 by PIPPO CORIGLIANO

© 2013 de la versión castellana, realizada por MIGUEL MARTÍN, by EDICIONES RIALP, S.A.,

Alcalá, 290. 28027 Madrid.

[www.rialp.com](http://www.rialp.com)

Conversión ebook: [MT Color & Diseño, S. L.](#)

ISBN: 978-84-321-4331-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Portadilla	2
Índice	3
Cita	4
Introducción	5
I. La felicidad tal como suele entenderse	9
II. Las personas felices	21
III. Mi experiencia	28
IV. El camino de la felicidad	43
V. Otras personas felices	48
VI. El sufrimiento	56
VII. Recorrer el camino de la felicidad	65
VIII. Las pequeñas felicidades	75
Conclusión	79
Créditos	81